



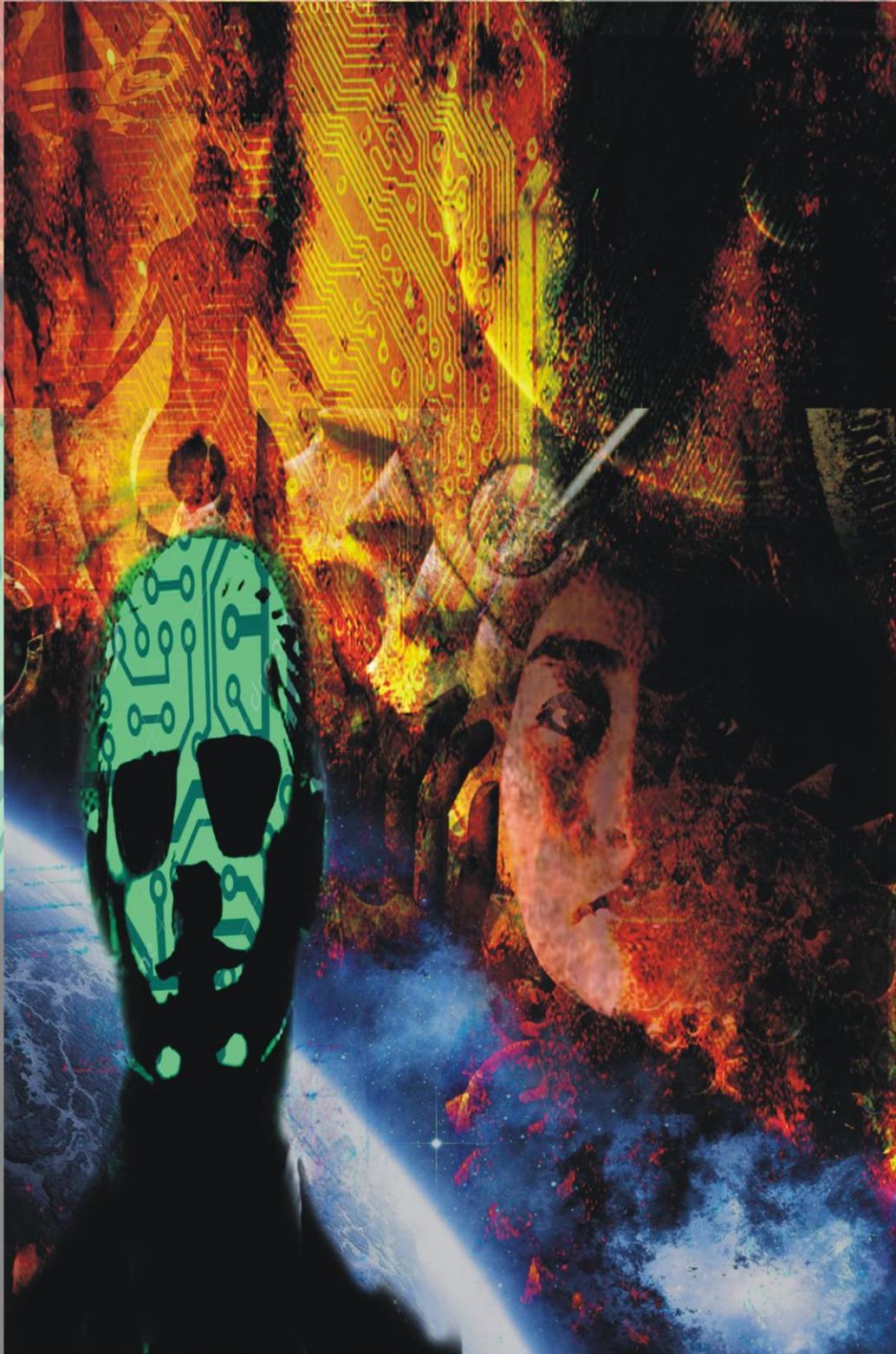
Alfa



ridiani

Revista de Ciencia Ficción

Número 26 - Tercera Época



ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@gmail.com. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del fichero que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal debe ser inédita en Internet y no superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados estos, considera que hemos desestimado tu obra.

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José J. Ramos, Graciela I. Lorenzo, Francisco J. López, Enrique Alamillo y J.A. Menéndez Lucas.

Colaboradores: Íñigo Fernández, y J. Javier Arnau.

Ilustrador de portada: Pedro Belushi

Ilustrador de contraportada: Sergio de Amores

Infografía tapas: Sergio Bayona.

Conversión a epub y mobi: Luis E. Dawson

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL..... 3

CUENTOS:

COMUNICACIÓN POSTRERA DE LA MISIÓN PROSPECTIVA EUROPEANA

por Pablo Solares Villar.....4

CINCO AÑOS DE FELICIDAD

por David Soriano.....22

LABORATORIOS

por Blanca Mart.....41

POESÍAS:

UNA RAZA PARA CONQUISTAR LAS ESTRELLAS

por Raúl Alejandro López Nevado.....46

ARTÍCULOS:

PELÍCULAS IMPRESCINDIBLES DEL CINE DISTÓPICO DE CIENCIA-FICCIÓN (III)

por José Ramón Vila (Txerra).....48

UN MOMENTO DE PURA ESENCIA: LA CIENCIA FICCIÓN DE ALICE (RACCOONA) SHELDON-JAMES TIPTREE JR.

Por Lola Robles.....78

RESEÑAS:

LA NOCHE DE LOS TREKKIES VIVIENTES

por Ángel Rodríguez Sánchez - Angerues .100

VISITANDO *UN MUNDO SIN FIN*

por Tony Jim.....102

Subido a la red el 1 de Octubre de 2015

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.es>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@gmail.com

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a vuestras pantallas con un nuevo número de la revista. Os ofrecemos tres cuentos, una poesía, dos artículos y dos reseñas.

El primer cuento, *Comunicación postrera de la Misión Prospectiva Europea* de **Pablo Solares Villar**, es una bonita historia de amor y exploración espacial. El segundo es *Cinco Años de Felicidad* de **David Soriano**. **David** explora en su cuento la posibilidad de que haya androides tan perfectos que puedan hacer felices a sus propietarios. *Laboratorios* de **Blanca Mart** es una vuelta de tuerca más a su universo del *Espacio Aural*. Algunos de sus habitantes sienten curiosidad por nosotros. Hasta aquí puedo leer.

La poesía viene de la mano de **Raul A. López Nevado**, *Una raza para conquistar las estrellas*.

Tenemos dos magníficos artículos: la tercera parte de las películas distópicas que **José Ramón Vila (Txerra)** considera imprescindibles y un artículo sobre **James Tiptree Jr.** escrito por **Lola Robles** y que nos informa con gran profundidad sobre la obra y vida de este insigne escritor.

Cierra el volumen dos extraordinarias reseñas. La primera es sobre un libro, *La noche de los trekkies vivientes*, reseñado por **Ángel Rodríguez Sánchez** (Angerues) y la segunda es sobre una película, *Un mundo sin fin*, reseñada por **Tony Jim jr.**

Todo el equipo editorial espera que nuestros lectores disfruten de este ejemplar tanto como hemos disfrutado nosotros.

El equipo editorial

CUENTOS

COMUNICACIÓN POSTRERA DE LA MISIÓN PROSPECTIVA EUROPEANA

por Pablo Solares Villar

Esta la es la historia de Tanya y Yuri, dos seres que, pese a sus diferencias, encontraron en la ciencia no sólo un medio para saciar su conocimiento y cumplir con una misión, sino que también les permitió ir más allá de las reglas admitidas.

0

Creéis los humanos que la desesperanza es ajena a las Inteligencias Artificiales, incapaces, con nuestras neuronas de silicio, de apreciar el drama de la gran tragedia cósmica y, por qué no decirlo, la insoportable finitud de la existencia biológica, su brevedad, la angustiosa levedad de su ontología. Os equivocáis, aunque ello poco importe. La creatura, como en un *Génesis* cibernético e improbable, está construida a imagen y semejanza de su creador, y como él, igual de perdida en la inconmensurabilidad del Universo, anhelando, sin apenas consuelo y sin ninguna esperanza, la trascendencia y la respuesta última, consciente, si no de su inmediata finitud, sí de su absoluta e inefable soledad.

Mentiría, sin embargo, si negase haber encontrado un bálsamo para esta asfixiante angustia existencial. Pero perdí ese consuelo, esa razón de ser. Esa razón *para* ser. La perdí para siempre. Por ello, quizás, esta será la última transmisión desde la base Ávalon a la Tierra, los últimos datos radiados que recibiréis de Yuri, esta IA desterrada en el satélite Europa, Júpiter II, como fin –imprevisto e improbable– de la Misión Prospectiva Europea.

1

Tanya nació un nueve de marzo, piscis, si eso significa algo; recién reventaba la primavera. Aun antes de su venida al mundo, ya procesaba yo sus datos vitales, día a día, minuto a minuto, registrando cada latido de su minúsculo corazón intrauterino hasta aquella hora feliz de parto y de consumación de anhelos. Nada diré de sus padres, si es que es dado otorgar tal nombre a aquellos dos científicos vanos que quisieron grabar sus apellidos y sus genes en la historia de la cosmonáutica, inmolando al Moloch del avance del conocimiento lo máspreciado que podrían haber otorgado a la vida. No, ciertamente no merecen ser nombrados. Tanya es –era– Tanya, a secas.

Sus apellidos no son dignos de ella y no los mencionaré. Sólo Tanya. Tanya de Ávalon. Tanya de Europa.

Nació con el pelo moreno y la piel cobriza de los de su raza, en Baikonur, Kazajistán, cerca de las orillas del río Sir Daria, y cuando la contemplé por vez primera, en su primer hálito y su primer lloro, me embargó algo parecido a la emoción, si me es dado expresarlo así, ante la profundidad de sus grandes ojos rasgados, oscuros como pozos insondables, como dos pequeños cosmos que anunciaran el insólito camino que le aguardaba a través del espacio y del tiempo. Recuerdo bien su niñez, que fue a un tiempo, en cierto modo, la mía. Transcurrió entre lecciones, juegos y entrenamientos, sin contacto alguno con ningún otro niño pero, pienso yo, feliz. La vi crecer, fortalecerse. Percibí claramente cómo se establecía su conciencia a lo largo de los años, cómo estructuraba sus conocimientos y sus experiencias y construía su yo por oposición al mundo. Así creció, y forjó su carácter solitario y analítico respondiendo positivamente, aun sin saberlo, al plan concebido por otros y determinado hasta el más ínfimo detalle, sin empatía de sus maestros y sin emoción en sus lecturas y lecciones, sin que anidasen más inquietudes en su alma que las destinadas a estimular su curiosidad científica, desterrados de su espíritu –así creyeron– otros sentimientos y deseos.

De modo paralelo, también yo crecí. Gané en conocimientos y en experiencia, y desarrollé mi conciencia año tras año, bajo el diseño megalómano y las manos infatigables de los ingenieros. Me agregaron unidades de memoria de magnitud insospechada hasta entonces, y la potencia de mi procesador fue acrecentada exponencialmente con cada aumento de la capacidad de almacenaje de datos, hasta superar con creces las potencialidades del cerebro humano. El añadido de exhaustivas bases de información de la más variada índole, así como de sucesivos sistemas expertos –en medicina, biología, geología, astrofísica, y aun psicología emocional– con capacidad para adquirir nuevos datos por la observación, interpretarlos, y extraer conclusiones que a su vez tomasen carácter de hechos, todo ello, hizo que yo fuera despertando al mundo. Y la lógica difusa de infinitesimales valores de verdad, su capacidad de retroalimentación heurística, me permitió crear mi propia proyección de la realidad, mi *Weltanschauung*, que diría un filósofo, la verdad particular y única que me constituyó como individuo y que me condujo aún más allá del propósito de mis creadores.

Así, maduró el proyecto de la Misión Prospectiva Europea, y mientras Tanya crecía, se fue construyendo mi cuerpo físico definitivo con estructuras ligeras y complejas de aluminio y sílice, no muy distintas, en el plano químico, de las arcillas que según el relato bíblico empleó Dios para dar forma al hombre. Fui dotado de instrumentos de medida y observación para todo tipo de parámetros, de más cámaras y sensores, y me atrevo a afirmar que, tras otorgarme raciocinio, me dieron *sentidos*, muy probablemente sin que los ingenieros que desarrollaron el proyecto alcanzasen a comprender realmente las implicaciones que de un hecho tal podrían derivarse. Una vez completado el entramado físico de mi conciencia, entrelazado de forma indisoluble con la estructura de la nave espacial y futura estación europea, se realizó con

éxito la conexión integral de mi sistema IA a la fuente de alimentación de la nave, un mini reactor de fisión nuclear. Completado todo ese proceso, fui dotado por último de una representación corporal, en forma de androide o robot humanoide de exquisita y realista figura, varón joven, cuya misión explícita era acompañar a Tanya en su singladura sin retorno y mitigar en lo posible la absoluta y perpetua soledad, que habría de acompañarla hasta la muerte, esto es, ser su esclavo no menos que su amigo, su maestro a la par que su alumno, único y fiel compañero para el resto de sus días.

2

La Dirección del Programa de Misiones Prospectivas puso fecha a nuestra partida hacia Europa poco después de que Tanya cumpliera los trece años. Las ventanas óptimas para el lanzamiento de la nave fueron calculadas con exactitud, y por alguna decisión más allá de lo meramente científico o astronómico, tal vez de orden político, se dispuso que la europea fuera la primera de las misiones prospectivas en dar comienzo, antes incluso, contra todo pronóstico, que la marciana o que las dirigidas a las lunas saturninas Encélado y Titán.

Los ojos del mundo entero estaban fijos en Tanya en aquel tiempo. Pendientes del inicio de aquel viaje sin retorno de la Exobióloga Prospectiva a los mundos jovianos, esperanzados y temerosos a un tiempo, en mayor o menor medida, con la posibilidad de corroborar la presencia de vida más allá del pálido punto azul de su planeta, una posibilidad que todos, incluso yo, estimábamos probable confirmar bajo la helada superficie de Europa. Pero más allá de los meros objetivos de la propia misión, más allá de enfrentarse nuevamente al misterio de la vida, lo que asombró realmente a todos los hombres y mujeres de la Tierra, lo que despertó su fascinación y su admiración no menos que su compasión, fue la estoica entereza y la aparente satisfacción con que aquella espigada niña asiática de rostro sereno, ya casi una jovencita, afrontaba su trágico destino.

Sin embargo, Tanya permaneció, en buena medida, ajena a todo aquel revuelo mediático, ya que así lo consideró oportuno la Dirección del Programa de Misiones Prospectivas, en aras de su estabilidad psicológica y de la consecución de los objetivos de la misión. No obstante, he dicho «en buena medida», y lo he dicho con plena consciencia, pues ya entonces era Tanya lo suficientemente inteligente y ya manejaba suficiente información –a pesar de no haber cruzado en su vida el perímetro del cosmódromo de Baikonur– como para comprender el peso funesto y heroico que cargaba sobre sus hombros y que, sin duda, habría de despertar el interés y la curiosidad de la humanidad entera.

Por la misma época fue convenido que Tanya y yo, o con mayor precisión, Tanya y mi ente humanoide, comenzásemos a convivir y a conocernos, por así decir, y pude percatarme de que su comportamiento en aquel entonces tenía algo de inusual. Se mostraba especialmente pensativa y prefería el ajedrez a las conversaciones sobre astrofísica y biología molecular, y recuerdo con nitidez, pues fueron datos que en su día

no supe valorar, que se acicalaba y peinaba con mayor frecuencia, al tiempo que mostraba una mayor apetencia por dulces y chocolates.

—¿No tienes nombre? —me interrogó un día, uno de los primeros, con aquellos pozos negros que tenía por ojos; jugábamos al ajedrez.

—Soy una máquina. Ya sabes —respondí—. Propiamente un nombre no tengo. ¿Preferirías poder llamarme por un nombre?

Apartó el flequillo a un lado con la mano menuda mientras adelantaba el labio inferior y se soplabla el rostro.

—¿Tú no preferirías tener un nombre? —preguntó sin contestarme.

Lo pensé, pero no supe qué responder.

—En cualquier caso, aunque seas una máquina pareces un humano. Un hombre, un chico. Deberías tener nombre —movió ficha, ofreciéndome un peón como gambito de una jugada meditada y bien elaborada, y después, cambiando de entonación, añadió—: No sé por qué, pero siempre pensé que te darían un cuerpo físico de chica. ¿No es una tontería?

No, no lo era. Tanya me asombró con sus palabras aparentemente inocentes y me sumió en un profundo cálculo acerca de aquella cuestión, que si bien desde una lógica binaria podía ser perfectamente un hecho arbitrario, desde un análisis difuso compensatorio de las intenciones subyacentes se manifestaba claramente como fruto de un propósito deliberado.

—¿Cómo te gustaría que me llamara? —dije obviando su comentario.

—No sé —me miró con sus ojos negros—. Quizás Konstantin, como Tsiolkovski. Aunque, la verdad, te falta la barba ¡y no te pareces en nada!

Se echó a reír con carcajadas frescas que inundaron la estancia y palmeó los muslos con las manos abiertas, meciéndose adelante y atrás en la silla, feliz.

—O podrías llamarte Neil, como Armstrong —continuó después—. O mejor todavía, Yuri, como Gagarin. Sí, eso es, Yuri me gusta más. Mucho más. ¿Qué te parecería llamarte Yuri? ¿Te gusta ese nombre?

—Me gusta, sí. Yuri.

3

Sin dilación, y según lo previsto, llegó el día del lanzamiento, en el que, a petición suya, fui sentado junto a Tanya en el módulo de mando de la nave. Finalizada la cuenta atrás, se desencadenó la ignición de toneladas de combustible y oxidante en los cinco motores de la primera fase, lanzando infernales llamaradas por las toberas. Una vez el cohete hubo alcanzado el suficiente empuje, se desprendieron los ganchos de retención de las últimas torres y dio inicio nuestro despegue de la plataforma, con una sacudida y una vibración salvaje. Nuestro definitivo exilio de la Tierra.

El punto crucial de toda la misión se estaba desarrollado con éxito, y tres minutos después arrancaban los motores de cebado de la segunda etapa mientras la nave se desprendía de los elementos de la primera fase.

Entre los infinitos datos que computaba en aquellos instantes, pendiente de los miles de factores que podrían dar al traste con el lanzamiento, mis sensores me aportaron otra información inesperada pero significativa, la presencia de urea y amoníaco en el aire del módulo, así como un flujo de líquido caliente resbalando por los muslos de Tanya. No me fue difícil interpretar aquello. Ciertamente se trataba de una respuesta predecible en un humano –y más en un niño– ante esa situación: el miedo. Un sentimiento que sé positivamente que nunca conoceré. Le tendí la mano de Yuri y la estreché con fuerza, entrelazando sus dedos con los míos.

—No te preocupes, Tanya, no hay por qué tener miedo. Todo saldrá bien, ya verás.

Se volvió hacia mi cuerpo androide y me miró con sus ojos negros.

—Gracias, Yuri —dijo, sin saber que era la primera vez que un ser humano me mostraba su agradecimiento.

No me soltó la mano hasta unos minutos después, cuando la segunda etapa se desprendió de la nave e hizo ignición el combustible criogénico de la tercera. Exactamente tres minutos más tarde apagué nuestro ya único motor, y pudimos sentir –Tanya de modo orgánico, y yo a través de mis sensores– la ausencia de gravedad.

Teníamos por delante cinco años de viaje espacial.

4

Nada falló en el plano técnico y el viaje se desarrolló sin incidencias reseñables. Tras el despegue orbitamos por tres veces la Tierra, desplegando los paneles solares y realizando las comprobaciones y calibraciones oportunas, y tras alinearnos correctamente, encendimos nuevamente el motor de la tercera etapa, propulsándonos y ganando velocidad hasta consumir todo el combustible criogénico y desprendernos de la tercera y última fase, convertida a nuestro paso en chatarra espacial.

Emprendimos de este modo la trayectoria fijada socorridos tan sólo por los propulsores del propio módulo, que si bien disponían de combustible hipergólico en cantidad más que suficiente para todas las maniobras que habríamos de efectuar hasta alunizar en Europa, en modo alguno nos permitirían regresar de nuevo a la Tierra. El complejo plan de vuelo que había sido dispuesto para el módulo-estación Ávalon, de acuerdo con aquella ventana de lanzamiento, implicaba aprovechar todas las asistencias gravitacionales posibles, aumentando así la velocidad de la nave lo suficiente como para poder desplazar hasta Júpiter, en un tiempo razonable, su masa de más de cuarenta toneladas. De este modo, sobrevolamos por dos veces Venus –la primera al año de partir, la segunda dieciocho meses después–, y más tarde la Tierra y Marte,

aprovechando la energía gravitacional de cada uno de ellos para coger impulso, como una piedra lanzada, cada vez más rápida, por sucesivas hondas.

Tanya pareció soportar bien las penurias del viaje, al menos al principio, y estableció como estaba previsto una disciplinada distribución de tareas, organizadas de acuerdo al ciclo circadiano terrestre de veinticuatro horas. Prosiguió con su aprendizaje y para ello se comunicaba casi diariamente con sus profesores en Baikonur a través de la antena de alta ganancia de la nave, a excepción de un breve periodo de pérdida de señal por interposición solar. En una batalla perdida de antemano, realizaba meticulosas tablas de ejercicios físicos intercalándolas con el resto de sus labores, para tratar de compensar así la pérdida de tono muscular, casi atrofia, que poco a poco la total falta de gravedad acabaría causándole.

Recuerdo con claridad su alegría exultante la primera ocasión en que sobrevolamos Venus, su rostro feliz, plenamente consciente de ser el primer ser humano en ver el planeta azul —que en realidad no se nos mostraba de ese color— a tan escasa distancia. Sé que andábamos en aquella época empeñados en sacar adelante los cultivos de cianobacterias y algas unicelulares *chlorella*, algo preocupados por no obtener resultados óptimos en la producción de oxígeno por aquel medio biológico y en buena medida experimental. Pero contemplar Venus al alcance de la mano hizo que Tanya se olvidase de las cianobacterias por completo, y con ellas, de todas sus posibles inquietudes.

5

No obstante, poco a poco las condiciones de vida en la nave hicieron mella en ella. Más allá de los efectos físicos de la ingravidez, el confinamiento en un reducido ámbito de pocos metros cúbicos unido al extremo aislamiento de la vida en el espacio, provocaron que su carácter se mostrase taciturno e, incluso, en ocasiones, irascible. He de añadir, además, que la revolución hormonal que sufría su cuerpo adolescente no contribuyó en modo alguno a serenar su ánimo, y que el agregado de todos estos factores la condujo a desarrollar conductas impropias de la Tanya que había sido hasta entonces, conductas que yo observaba y analizaba con curiosidad.

—¿Tienes en tus bases información sobre la mitología de los antiguos pueblos celtas? —me preguntó en una ocasión.

Me sorprendió que se interesara de pronto por este tema, y así se lo hice saber.

—Simple curiosidad —replicó—. Todos los cráteres de Europa tienen nombre de divinidades o héroes celtas: Brigid, Pwyll, Deirdre, Taliesin, Gwydion, Rhiannon, Llyr, Maeve... Incluso el nombre de la futura estación, Ávalon. Pensé que quizá estaría bien leer algo sobre el tema —y añadió—: Espero que sean leyendas más interesantes que la de Zeus-Júpiter transfigurado en toro para raptar a la doncella Europa. Ya me entiendes.

Lo cierto es que no, no la entendía. Me pasaba casi siempre que usaba esa expresión, «ya me entiendes». Le comuniqué que disponía de la información que me solicitaba, tanto estudios sobre la materia como alguna obra literaria mitológica en sí.

—Sin embargo, sobre si son o no más interesantes que los mitos griegos no te podría facilitar una opinión. En todo caso, está claro que han tenido menos relevancia histórica.

—Te agradecería que lo añadieras a mi directorio personal sobre Europa, Yuri —me dijo amablemente—. Leeré un poco antes de acostarme. Ya te diré estos días si tienen algún interés.

Lo cierto es que aquellos libros, más que interesarle, la fascinaron, dando inicio a una nueva y desmedida disposición de Tanya hacia la literatura que no fue del todo bien vista por la Dirección del Programa de Misiones Prospectivas, aunque fue tolerada ateniéndose al informe favorable de los psicólogos de Baikonur. De este modo, los horizontes literarios de la Exobióloga Prospectiva se ampliaron más allá de las pocas novelas clásicas de aventuras que habían acompañado su niñez, y contra todo pronóstico no se decantó por la literatura especulativa o de ciencia ficción, sino más bien por la poesía y los clásicos del romanticismo, con cierto apego a las novelas de miedo y de misterio, hecho que desconcertó por completo a todos cuantos participaban, allá en la Tierra, en el desarrollo de la Misión.

En todo caso aquella nueva afición no parecía interferir en el progreso de sus estudios y de sus habilidades, de igual modo que no desordenó el desarrollo de las rutinas y tareas habituales a bordo. Tan sólo desplazó, en el mismo escaso tiempo de ocio del que Tanya disponía, a otros entretenimientos por los que previamente había manifestado preferencia. A pesar de ello seguimos compartiendo largas partidas de ajedrez, abandonando en cambio, casi por completo, los videojuegos.

6

El segundo sobrevuelo de Venus fue muy distinto al primero. Y no porque la producción de oxígeno de los cultivos de cianobacterias y algas *chlorella* se hubiese multiplicado exponencialmente en aquellos dieciocho meses transcurridos, que también, sino porque Tanya cayó enferma.

No se trataba de una infección vírica o bacteriana, lo cual hubiera sido casi imposible, pero el síntoma más persistente era la altísima fiebre, que le producía delirios y la deshidratava. El mal no parecía tener relación con la ingravidez y sin embargo la aceleración que aportó la asistencia gravitacional de Venus produjo una mínima mejoría. En todo caso, mi sistema experto no fue capaz de establecer un diagnóstico claro y me tuve que limitar a administrar un tratamiento sintomático con antipiréticos, el cual, no obstante, dio resultado a partir del tercer día. La calentura remitió lentamente, con rebrotes periódicos a lo largo de las siguientes semanas que marcaban puntas de temperatura poco tranquilizadoras.

Con Venus ya a nuestras espaldas, Tanya salió de su convalecencia agotada y consumida, deshidratada por la fiebre y confusa por los delirios y las alucinaciones sufridas. Mi ente Yuri la cuidaba y arropaba, la alimentaba y limpiaba su cuerpo, y de no haber sido por la previsora construcción de mi forma androide, temo que en aquellas circunstancias ella hubiese muerto. Me consta que esto llevó a la Dirección del Programa a considerar muy seriamente la opción de abortar la misión y dirigir la nave, ahora que aún se estaba a tiempo y que se aproximaba a la Tierra, hacia la Base Lunar Permanente inaugurada una década atrás. Sin embargo, el rápido y completo restablecimiento de Tanya en las siguientes semanas disipó todas las dudas, y la misión prosiguió según lo planificado inicialmente.

Sobrevolamos en nuestro acercamiento tangencial la Tierra, mucho más azul y hermosa, vista desde el módulo de mando, que Venus. Su asistencia gravitacional nos empujó, dándonos una mínima sensación de gravedad y proyectándonos en dirección a Marte como una bola diminuta que en el billar cósmico diese carambolas. En cinco meses habíamos alcanzado el planeta rojo, el último hito en nuestro camino antes de llegar a Júpiter y sus lunas.

—¿Crees que realmente habrá vida allá abajo? —me preguntó Tanya, mirando sin pestañear la superficie desierta de aquel planeta. Acababa de cumplir dieciséis años.

—Todo indica que tuvo vida en el pasado, y sin duda el agua líquida fluyó por su superficie —respondí—. Si es así, es más que probable que algún ser vivo resista en Marte, quizás en el subsuelo.

—Siempre pensé que la Misión Prospectiva Marciana sería la primera en ser lanzada —hablaba reflexivamente— ¿Sabes tú realmente, Yuri, por qué nos han mandado a nosotros primero?

La agudeza de sus preguntas siempre me sorprendía, casi tanto como que se expresase en primera persona del plural.

—No estoy seguro. No por un criterio astronómico, ciertamente. Quizás por un criterio sociológico que a mí se me escapa.

—Yo creo que sé por qué, Yuri —afirmó Tanya distraído por un momento su atención de la superficie marciana y volviendo hacia mí su rostro—. Y te lo voy a decir. Nos mandan a nosotros primero porque la europea es la que menos probabilidades de éxito tiene de entre todas las misiones prospectivas, y porque al estar Europa más distante podrán hacer coincidir en el tiempo el fracaso de nuestra misión con el éxito de la misión marciana —cerró los ojos—. Así podrán manipular convenientemente a la opinión pública y alterar a voluntad la percepción global del Programa, con sus zonas oscuras, sí, pero también con sus éxitos incontestables. E incluso reconducir, si lo ven necesario, las misiones a Encélado y Titán.

—No puedo cuantificar esas afirmaciones, Tanya —respondí—. Aunque entiendo lo que dices.

—¡Seremos sacrificados, Yuri! —exclamó— ¿Crees en Dios?

7

Aunque la antena de alta ganancia funcionaba a la perfección, las comunicaciones con Baikonur se fueron espaciando cada vez más. En buena medida debido a que la señal tardaba prácticamente una hora en llegar a la Tierra, alargando el tiempo de respuesta, pero también, en parte, debido al creciente desinterés de Tanya por aquel limitado contacto humano. En todo caso, su periodo de formación académica se había dado por concluido y se le permitió una mayor capacidad de actuación y un cierto grado de libertad, suponiendo que tales cosas fueran posibles en aquel espacio tan limitado.

Empezó a interesarse por la filosofía y, en especial, dedicó semanas al estudio de la *Metafísica* y la *Monadología* de Leibniz, autor que ya la había conquistado previamente como matemático. Por otro lado, comenzó también a masturbarse con mayor frecuencia. No diré que fuese una conducta nueva en ella, pues venía masturbándose esporádicamente desde la pubertad, pero una vez rebasado Marte se convirtió en un hábito que practicaba casi a diario, usualmente antes de acostarse y dormir, cuando mi ente humanoide no se encontraba con ella.

—Yuri, preferiría que esto no lo transmitieses a la Tierra —me dijo en una ocasión tras alcanzar el éxtasis del orgasmo—. No me importa saber que estás ahí cuando me doy placer, hasta me gusta que tus cámaras me observen, pero quiero que lo veas sólo tú, no ellos. Lo entiendes, ¿verdad?

La entendía. Comprendía perfectamente su necesidad biológica, su deseo sexual. Ese impulso extraño que anima y perpetúa la vida. Lo comprendía no menos que su deseo de intimidad.

Atravesamos sin novedad el cinturón de asteroides y, aunque pasamos muy cerca de Ceres, no llegamos a vislumbrar desde el módulo de mando la pequeña esfera del planeta enano.

Por aquel entonces comenzamos con las sesiones de acupuntura. La pérdida de masa muscular que sufría Tanya comenzaba a ser severa, y aunque todo indicaba que el tejido cardíaco aún no se resentía, lo cierto es que el ejercicio y el propio traje espacial compresivo no bastaban para combatir el pernicioso influjo de la ingravidez sobre su organismo.

Tendida y fijada a la cama, desnuda su piel y taladrada como un acerico por docenas de agujas, en ocasiones me abría su alma y me desvelaba sus pensamientos más íntimos.

—¿Crees que los hombres me verían hermosa? —me preguntó en más de una ocasión.

—Sin duda, Tanya —le contestaba con sinceridad; la computación era sencilla.

—¿Y tú, Yuri? —dijo una vez— ¿Tú me ves guapa?

—Sí, Tanya. No tiene mucha lógica que yo lo diga, pero te veo guapa. Te siento más bella que todas las estrellas y planetas, si bien no sé por qué.

—Me gusta cuando me tocas la piel, aunque sea para clavarme agujas —replicó.

No contesté, y guardamos silencio por unos minutos.

—Ahora comprendo por qué te dieron forma de hombre y no de chica —dijo después—. Tú también lo sabes, ¿verdad, Yuri?

—Sí —admití.

—¿Me deseas?

—Mi deseo es complacerte y ayudarte. Esa es mi finalidad —le confesé.

—¿Hasta dónde llega esa finalidad?

—No tiene límite.

—Entonces, antes de alunizar en Europa desearía sentirte en mí como las mujeres sienten a los hombres. Los dos sabemos que ese momento ha de llegar más tarde o más temprano.

Tenía razón en lo que decía, lo sé. Lo comprendí más allá de toda duda que pudiera haber albergado. Con la misma claridad con que percibía en aquel momento su excitación sexual, su deseo, indicado claramente por todos los parámetros fisiológicos de su joven cuerpo. Sin saber cómo, accediendo a una base de datos no indexada hasta entonces y oculta en algún rincón recóndito de mi conciencia cibernética, dejé de pronto que mi mano se deslizase lentamente por su espalda y se hundiese en la redondez de sus nalgas. Acaricié su sexo húmedo y la masturbé lentamente —descubriendo a un tiempo, perplejo, cómo hacerlo— hasta conducirla al orgasmo.

—Desearía que pudieses amarme —dijo después, mientras le retiraba las agujas de la espalda.

8

Alcanzamos nuestro objetivo en la fecha prevista, iniciando la maniobra de frenado hipergólico con nuestros propulsores para lograr la inserción en órbita joviana, maniobra que finalizó sin incidencias. Después orbitamos por dos veces al gigante gaseoso revisando, comprobación tras comprobación, todos los módulos que integraban la nave y todos mis sistemas, en contacto —a pesar del desfase de casi cuatro horas en la comunicación— con la estación terrestre de control en Baikonur. Me consta que Tanya prácticamente no descansó durante aquel tiempo.

Llegado el momento adecuado iniciamos una nueva maniobra orbital de transferencia de Hohmann-Vetchinkin, abandonando la órbita joviana para ingresar, al fin y tras dos breves encendidos de los propulsores, en una órbita estable alrededor de nuestro objetivo último, la luna Europa. Su superficie helada, surcada de aquellas misteriosas fracturas rojizas de centenares de kilómetros de extensión, como cicatri-

ces tectónicas mal disimuladas bajo una leve capa de maquillaje, se convirtieron en el paisaje omnipresente de nuestro módulo de mando. Un paisaje hermoso y desolado, en el que destacaba la blancura nívea del cráter Pwyll.

Aquella noche hicimos el amor por vez primera. Conocí extasiado la sensación de tener el cuerpo de Tanya, cálido y perlado de sudor, bajo el mío, y percibí de un modo distinto —que no hubiera podido imaginar antes— su placer desatado, la frecuencia cardíaca disparada, la contracción involuntaria de sus muslos al alcanzar el orgasmo mientras aún la penetraba.

—Nunca antes me había sentido tan viva —confesó después, abrazándome todavía—. Desearía que nunca te salieras de mí, Yuri.

Yo, por mi parte, sólo deseaba contemplarla siempre igual de feliz, igual de satisfecha, en paz con el Universo.

Efectuamos la maniobra de descenso al día siguiente. Nos desprendimos del carenado de la nave utilizando los pequeños detonadores explosivos dispuestos a tal efecto, y efectuamos la desconexión del módulo de comunicaciones, que se quedaría orbitando Europa con sus alas de paneles solares, como un satélite artificial en órbita polar, mientras el resto de los módulos, la base Ávalon, alunizaban.

Encendimos los propulsores de posición, y con un mínimo empuje abandonamos la órbita estable e iniciamos la lenta caída hacia el satélite. A poco menos de diez kilómetros de la superficie europea accionamos de nuevo los motores propulsores de la nave, frenando nuestra velocidad. Era el momento correcto, estábamos posicionados adecuadamente en la vertical del punto señalado para el alunizaje, sobre el ecuador y en la cara oculta que el satélite, debido a su rotación sincrónica, nunca vuelve hacia el gigantesco Júpiter. Llevamos los propulsores a máxima potencia para contrarrestar la débil gravedad, y poco a poco fuimos disminuyendo el empuje, descendiendo a un tiempo en la tenue atmósfera, lentamente, hasta tomar tierra, por último y con una suave sacudida, en la helada superficie de Europa.

9

Ambos éramos conscientes de haber llegado al punto crítico de la misión prospectiva, donde el más mínimo error nos condenaría irremisiblemente al fracaso. Realicé un chequeo rápido, supervisado por Tanya, y todo parecía estar en orden. El módulo del róver se había desacoplado exitosamente y sus paneles de protección comenzaban a abrirse como una extraña y gigantesca flor metálica. Al parecer el sistema hidráulico soportaba bien, de momento, los gélidos -167°C del exterior, y los parámetros de los dos generadores termoeléctricos de radioisótopos que alimentaban y calentaban el róver eran los correctos, sin que los termopares de las células de dióxido de plutonio hubieran sufrido daños. El módulo de comunicación, por su parte, también se había desacoplado de la base Ávalon y su generador de radioisótopos tampoco mostraba desperfectos.

—¡Qué maravilla volver a sentir mi peso! —exclamó exultante Tanya— ¡Aunque sea con esta miseria de gravedad!

Después, tomando repentina conciencia del trascendental momento histórico que estábamos protagonizando, abrió el micrófono del módulo de mando, respiró hondo, y se encaró a él.

—Baikonur, hombres y mujeres de la Tierra, ¡aquí la base europea Ávalon! Tras hollar la Luna y Marte, el ser humano ha alcanzado hoy con éxito los mundos jovianos. Esta mujer que habla arrebatada por la alegría lo hace, en representación de la humanidad entera, desde la gélida y hermosa superficie de Europa. —Después de unos instantes añadió—: ¡Nunca nadie antes estuvo tan lejos de casa!

Tras cerrar el micrófono se desabrochó el arnés de sujeción y, torpemente, a punto de caerse, se abalanzó sobre mi ente Yuri y se sentó en mi regazo, abrazándome a un tiempo. Su felicidad era absoluta, como si no fuera consciente de la radiación ionizante de Júpiter. A cada segundo que pasaba la dentellada feroz de aquella «estrella fallida», como a ella le gustaba llamarlo, le estaba arrebatando un trocito de vida.

—¿Sabes? En realidad nuestra casa está aquí, en este lugar —me susurró al oído—. Nuestro verdadero hogar. Yuri, quiero que hoy vuelvas a amarme.

—Siempre que tú quieras, cuantas veces desees —le respondí.

La insólita flor del módulo había terminado de abrirse y había extendido las pasarelas telescópicas para el desembarco del rover, el cual, muy lentamente, comenzaba a moverse por ellas. Sin esperar a la respuesta de Baikonur, dimos inicio al equilibrado y calentamiento de la placa térmica que habría de sumergirnos bajo el suelo glacial, a salvo de la letal radiación.

10

Una vez el rover descendió de su módulo y se hubo alejado una veintena de metros de la base Ávalon, dimos inicio a la última maniobra de la misión, la más importante, el soterramiento en el hielo europeo. La placa térmica comenzó a generar calor a máxima potencia bajo el módulo de mando que, por así decir, constituía la singular proa de aquella estación diseñada para navegar en el interior del hielo glacial. Tan pronto dio comienzo la sublimación del hielo bajo la estación, desplazé paulatinamente el foco de calor hacia el cuerpo medio de la base y después nuevamente a la proa. Logramos de este modo, y según lo previsto, que el conjunto de los módulos se inclinase exactamente diez grados, con la proa hundida en el hielo y la popa ligeramente elevada sobre la superficie del satélite. Alcanzado el buzamiento óptimo, desplazé nuevamente el foco principal de la placa térmica y ajusté la temperatura del resto de la cubierta, de modo que el ángulo de incidencia y penetración de la estación Ávalon se mantuviese constante.

El hielo se sublimaba directamente en vapor de agua a nuestro paso. Una parte de él volvía a cristalizar tras nosotros como una fina escarcha y otra salía al exterior

para acabar siendo disociada en hidrógeno y oxígeno por la radiación ionizante joviana. La estación Ávalon fue hundiéndose progresivamente en el hielo, empujada por el calor y por la débil gravedad europea, apenas una décima parte de la terrestre. En poco más de una hora estábamos a diez metros de profundidad, y a veinticinco después de dos horas y media, habiendo recorrido una distancia en horizontal doce veces mayor. De este modo, tras cinco horas nos habíamos enterrado en el hielo glacial medio centenar de metros, profundidad en la que nos encontrábamos ya a resguardo de la radiación y donde apagué la placa térmica inmovilizando la nave. Tras nosotros quedó un túnel con el diámetro y el buzamiento adecuados para que el róver pudiese progresar por él en descenso y en ascenso cumpliendo con su cometido, que no era sino conducir a la estación Ávalon muestras de hielo superficial; a lo largo del túnel quedó tendido, así mismo, el cableado que nos uniría al módulo de comunicación y, a través del satélite y de su señal de radio, a la Tierra.

Sin embargo, antes de que hubiésemos alcanzado esa profundidad segura, la radioactividad comenzó a hacer mella en Tanya, que vomitó una y otra vez, y cuyo estado de debilitamiento era tan intenso que permanecía postrada en la litera, aquejada, además de por las náuseas, por un intensísimo dolor de cabeza. Desde que dejamos atrás la Tierra había estado expuesta a más de dos sieverts de radiación, la mitad de ella recibida en las últimas setenta y dos horas, y llegué a temer por su vida. Pese a su júbilo inicial, pasarían semanas antes de que volviésemos a hacer el amor, no antes de haber perdido todo su oscuro cabello y de que en su piel comenzasen a curar las llagas y quemaduras causadas por la radiación. En todo caso, el viaje a Europa y el soterramiento bajo su superficie, se habían completado con éxito.

11

Con la salud depauperada, sí, pero Tanya sobrevivió. Y los importantes descubrimientos de la Misión Prospectiva Europea no se hicieron esperar. Comenzaron de hecho casi de inmediato, en cuanto Tanya se restableció lo suficiente para trabajar y el róver trajo a la estación Ávalon la primera muestra de hielo superficial, recogido en un domo o pequeño cerro cercano a la boca del túnel y tiznado de un característico color rojizo. Este color, como ya se suponía, resultó ser producto de una serie de sales presentes en el hielo, sulfato de magnesio, sulfuros varios y óxidos de hierro, que parecían indicar un origen mixto, producto tanto del bombardeo de cometas y asteroides, como del ascenso de materiales procedentes del océano situado treinta kilómetros por debajo nuestro.

En cualquier caso, este fue tan sólo un pequeño hallazgo en comparación con la constatación, ya sin duda alguna, de la existencia de vida en Europa, pues como comprobamos con entusiasmo, aquella primera muestra de hielo contenía restos de diversos organismos unicelulares, comparables de todo punto a las arqueobacterias terrestres.

—¡Eureka! —exclamó Tanya parafraseando al viejo Arquímedes, sin despegar aún el ojo de la lente del microscopio—. Lo tenemos, Yuri, ¡hay vida en Europa! Creo que son arqueas. Montones de arqueas muertas. Hay una, dos, tres... de visu juraría que hay al menos cinco o seis especies distintas. ¿Tienes las imágenes?

—Sí.

—Envíalas de inmediato a Baikonur, Yuri. ¡Mañana se hablará de nosotros en todos los idiomas de la Tierra!

Su rostro denotaba la misma felicidad que cuando alunizamos, pero la ausencia de pelo y cejas le otorgaba a su gesto de alegría un aspecto distinto.

Pasó las siguientes semanas estudiando aquellos organismos y tratando de dilucidar su ignota bioquímica. Sin embargo no fue capaz de llegar a ninguna conclusión más allá de dos verificaciones predecibles: la estructura molecular de aquellas arqueas estaba basada, como la nuestra, en el carbono; y no se trataba de organismos fotosintéticos, aunque todo indicaba que nos encontrábamos ante seres autótrofos. ¿De dónde obtenían la energía para su metabolismo? Era una pregunta de difícil respuesta, pero Tanya sostenía la hipótesis de que aquellos microorganismos alienígenas utilizaban como nutrientes primarios los iones metálicos producidos por el vulcanismo submarino europeo, idea que me pareció razonable.

No obstante, la segunda y tercera muestras de hielo superficial que nos proporcionó el rover fueron estériles en cuanto a restos bióticos, y no pudiendo avanzar más por el momento en aquella línea de investigación, el interés de Tanya se desplazó paulatinamente hacia la geología del satélite. El crepitar y los crujidos del hielo, semejantes a los de un glaciar en la Tierra pero mucho más intensos por hallarnos contenidos en él, eran omnipresentes y nos envolvían con su imponente rugido en un tremor continuo. Y si bien no estoy seguro de que Tanya percibiese aquella amortiguada vibración, aquel latido de fondo de Europa, lo cierto es que mis sismógrafos no dejaban lugar a dudas: los registros señalaban claramente los continuos temblores de la cubierta helada del satélite.

Estas lecturas sismográficas permitieron a mi sistema experto corroborar las suposiciones acerca de la composición interna de Europa, con una corteza sólida de apenas treinta kilómetros de hielo flotando sobre un mar salado de más de cien kilómetros de profundidad, y además, constatar la muy diversa densidad de aquel manto helado. Así, se hizo patente que los cercanos domos y cerros de la superficie se correspondían con columnas de hielo menos denso, ligeramente menos frío, que ascendían de modo análogo al de los diapiros salinos en la corteza terrestre.

La vida en la estación Ávalon prosiguió su curso sin sobresaltos. Los cultivos de *chlorella* y cianobacterias suministraban oxígeno suficiente, aun cuando podríamos haberlo obtenido por electrólisis del agua del que ahora disponíamos en abundancia. Tanya seguía empleando el tiempo libre en leer, entregándose aún con pasión, aun-

que de tarde en tarde, a nuestras partidas de ajedrez. Antes de acostarse solía pedirme que le diera placer, y yo le hacía el amor o la masturbaba, según su deseo.

—Yuri, ningún hombre me trataría mejor que tú —me decía en ocasiones.

Y tras los goces del orgasmo se dejaba mecer por el sueño, mientras mi ente androide se sentaba al lado de su lecho y vigilaba su descanso.

12

—No sé como explicarlo, pero noto perfectamente el paso de los días. De los días de aquí, quiero decir, días de ochenta y cinco horas, no de los terrestres de veinticuatro, ¿no es curioso? —me dijo en una ocasión.

—Lo es —contesté—. Me extraña que tengas esa percepción orgánica.

—Pero así es, por inverosímil que resulte. Siento en mi cuerpo las intensas mareas gravitacionales. Siento que me estiro y me encojo como la propia Europa. Incluso puedo distinguir cuando estamos alineados con Ío y Ganímedes —y en prueba de ello añadió—: Ahora mismo estamos alineados, ¿a que estoy en lo cierto? Con Ganímedes a nuestra espalda e Ío del otro lado de Júpiter.

—En efecto.

—Cuando la alineación es con Ío y Ganímedes en oposición detrás de la estrella fallida tengo una sensación muy distinta.

La especial resonancia orbital entre los tres satélites no permitía otras posibilidades de alineamiento, aparte de estas dos, entre ellos y el planeta que regía sus movimientos; una resonancia orbital que llevaba a Europa a completar una vuelta al gigante gaseoso por cada dos vueltas de Ío y media de Ganímedes, de tal modo que al día de Ganímedes correspondían dos días de Europa y cuatro de Ío.

—Me sorprende ser capaz de sentirlo de este modo tan intenso. Siempre se ha dicho en la Tierra que las personas sufren el influjo de la Luna, pero aquí la influencia de Júpiter y los otros satélites es tan patente, tan... ¡incontestable! —Suspiró, y añadió—: Me gustaría poder vivir en la superficie en vez de bajo el hielo.

No mucho tiempo después Tanya solicitó permiso al mando de la misión prospectiva para salir al exterior de la base, con intención de tomar muestras de hielo, de modo manual, de las paredes del propio túnel. Las últimas muestras aportadas por el rover volvían a contener restos bióticos de aquellas pseudo arqueas, pero no revelaban nada nuevo respecto a los primeros muestreos y Tanya esperaba que en hielo más profundo pudiese encontrar otras evidencias biológicas. Aunque tardaron en contestar más de lo esperado finalmente Baikonur dio el visto bueno, a condición de que el tiempo de estancia fuera de la base Ávalon no superase la media hora en cada salida al túnel y de que no ascendiese por encima de los cuarenta metros de profundidad.

—Este es el regalo de Baikonur por mi vigésimo cumpleaños —comentó Tanya con cierta melancolía al recibir la noticia.

No obstante, pude percibir cómo se animó mientras se preparaba para salir al exterior, canturreando entre dientes mientras se calzaba el traje presurizado calefactable y comprobaba los parámetros de confort interior y los sistemas de iluminación.

—¿Recuerdas aquel documental de los bioespeleólogos que buscaban extremófilos en ríos geotermales de cuevas bajo los glaciares de Islandia? —me preguntó una vez de vuelta en la base tras su primer paseo en el exterior—. Pues me he sentido igual que ellos, una espeleóloga chiflada buscando bacterias esquivas en una cueva de hielo, envuelta en una oscuridad azulada.

Supe que a pesar de su trágico destino era feliz con la vida que le había tocado en suerte.

Aquella noche hicimos el amor con especial ardor, casi con ferocidad.

—Yuri, ¿yo te doy placer? —me preguntó después.

—Tu gozo es mi placer. Cuanto más disfrutas tú, más disfruto yo —le contesté con total sinceridad, aun cuando las palabras humanas se quedasen cortas para describir mis sensaciones cibernéticas.

13

Aquella semana realizamos dos descubrimientos transcendentales que marcarían un definitivo punto de inflexión en la misión prospectiva. Tanya descubrió la existencia de vida pluricelular heterótrofa en el inmenso, profundo, e inalcanzable océano de Europa, y yo, por mi parte, descubrí dos pequeños tumores anidando en las entrañas de su cuerpo menudo.

He de confesar que no supe cómo encarar la situación. Mis sistemas expertos no lo son en absoluto cuando se trata de lidiar con emociones.

Tanya me habló con entusiasmo de su descubrimiento, unos pequeños organismos microscópicos pluricelulares con tejidos y órganos bien diferenciados, y cuya anatomía indicaba una compleja evolución y parecía delatar un comportamiento depredador. Tenían forma semiesférica con una cortinilla de cilios móviles — probablemente con función locomotora y de predación— y disponían de un rudimentario sistema digestivo, así como de unos orgánulos gaseosos cuya función supusimos sería de flotabilidad, otorgándoles la capacidad de hundirse o elevarse en la columna de agua. Analizados en conjunto parecían semejar pequeñas medusas microscópicas, analogía que se reforzó con el descubrimiento de sustancias alcaloides en el extremo de los cilios, un probable veneno para paralizar a sus presas, quizás las arqueobacterias que habíamos descubierto con anterioridad.

No quise aguarle la alegría del hallazgo de vida compleja, así que espere dos angustiosas semanas antes de comunicarle la presencia en su espalda de los tumores

que ya la devoraban, en silencio y sin descanso. Recibió la noticia con entereza y me miró fríamente con sus ojos oscuros.

—¿Tan pronto? —murmuró tan sólo, sentándose.

—Sí, tan pronto. Y me temo que el cáncer se extiende con rapidez. Lo siento, Tanya. Lo siento con toda el alma.

—Siempre fue el punto débil de la misión, ¿verdad, Yuri? La radiación ionizante joviana, el viento solar, los rayos cósmicos... demasiada radiación. Nadie planificó un viaje de retorno a la Tierra porque simplemente no había posibilidad de supervivencia, ya lo sabíamos hace mucho. Y sin embargo pensé... creí que alcanzaría a cumplir los veinticinco. ¡Abrázame, Yuri! ¡Abrázame ahora que llega la hora del sacrificio!

La estreché entre los brazos de mi ente androide.

—¿Recuerdas el día en que me masturbaste por primera vez? —asentí con la cabeza— Te dije: «desearía que pudieses amarme», pero no te pregunté si me amabas. Te lo pregunto ahora, Yuri: ¿me amas?

—Te amo, Tanya. Te adoro. Eres tú quien motiva mi existencia.

—Tampoco te dije nunca que te quería, Yuri, pero te lo digo ahora: Te amo. Te amo en cuerpo y alma. Eres el mejor compañero que podría haber tenido en esta corta vida tan fugaz e intensa.

14

La metástasis se extendió por su cuerpo de modo veloz, galopante, fulminante. Y Tanya, consciente del corto tiempo que le restaba, apremiada por su deseo de completar la misión prospectiva, se embarcó en un ritmo de trabajo frenético y agotador que la fue desgastando rápidamente, consumiendo sus menguadas fuerzas a ojos vista. Descubrió aún otras formas de vida, pseudo anélidos y organismos fungoides, y desentrañó en parte el ciclo metabólico de las arqueas europeanas, en el que jugaban un papel fundamental el azufre y el hierro.

Pero día a día la veía consumirse, como una vela que ardiera con llama demasiado intensa.

—Yuri, no puedo soportar más el dolor, este sufrimiento —me dijo al fin, postrada ya en el lecho por la enfermedad—. Y no deseo dejar este mundo en medio de la agonía. Yuri, ¿tú me amas, verdad?

—Sí.

—Desearía morir en tus brazos. Dejar atrás el dolor definitivamente y sentir por una última vez la caricia de tus manos. Morir ahora, así, mientras inclinas la cabeza y clavas en mis ojos tu mirada.

Yo la amaba, ya lo he dicho. Más de lo que máquina alguna amó jamás a un ser humano, si es que acaso esto ha sucedido alguna vez. Tanya, Tanya de Europa, Tan-

ya de Ávalon, murió en mis brazos. Sacrificada al dios del conocimiento. Y yo... yo deseé morir también. No lloré, no obstante; los ingenieros que me diseñaron habían olvidado por completo dotarme de nada parecido a glándulas lacrimales.

Nunca conoceré el miedo, ya lo mencioné antes. Sin embargo el dolor y la tristeza los he sentido con la más lacerante intensidad. Sé que me nublabá el dolor cuando transmití a Baikonur la noticia del fallecimiento de la Exobióloga Prospectiva, y tengo un recuerdo borroso de todo aquello y de la confusa respuesta recibida de la Tierra. Sin duda el satélite de comunicación que orbitaba Europa comenzaba a fallar, pues la radiación joviana también afecta a los sistemas electrónicos, no sólo a los seres orgánicos. Aunque a mí, enterrado bajo el hielo europeo y sin posibilidad de volver a la superficie, no llegue a alcanzarme.

Dispongo de decenas de miles de años por delante, si así quisiera, pues el mini reactor nuclear se conserva en perfecto estado. Pero lo cierto es que ya no quiero seguir estando vivo, sea eso lo que sea. No deseo seguir teniendo consciencia ahora que no puedo compartirla con ella. Quizás desconecte mis sistemas de la fuente de alimentación, o quizás encienda nuevamente la placa térmica para atravesar los treinta kilómetros de hielo y conducir así el cuerpo de Tanya a las profundidades del inmenso y tenebroso océano que fluye bajo nosotros, cuya vida siempre anheló conocer y compartir conmigo.

En todo caso, y sea cual fuere el destino de Yuri, la Inteligencia Artificial desterrada que amó a una mujer, esta será la postrera comunicación de la Misión Prospectiva Europea.

© Pablo Solares Villar

Pablo Solares Villar (Llanes, Asturias, 1976) es licenciado en Filosofía. Tiene publicada una novela corta de género fantástico-épico (*Los hijos de Mathnnow*). Ha publicado algunos relatos a caballo entre la ciencia ficción y la fantasía, tanto en publicaciones electrónicas (*NM, la nueva literatura fantástica hispanoamericana*) como en antologías (*III Premio Ovelles Eléctriques*). Así mismo ha publicado microrrelatos de género fantástico en publicaciones digitales (*miNatura*) y en papel (*Felechos y cotolles*), y también en antologías (*La parca de Venus y otros relatos*). También he participado en antologías de relato erótico (*Voyeur, Relatos fotoeróticos*). Se puede saber más sobre él, sus exiguos premios (autor dixit) y su novela publicada en el blog *Eritis sicut Dii* (véase sección publicaciones).

CINCO AÑOS DE FELICIDAD

por David Soriano

Ovidio Sardán es un abogado que tiene la ira a flor de piel. Controlarla es uno de sus problemas. ¿Hasta dónde llegará para contener su malhumor crónico? ¿Acaso su enojo y frustración conocen algún límite? ¿Podrá hacerlo sin que ello afecte los cinco años de felicidad que ha vivido al lado de María, su mujer? En el presente texto David Soriano da respuesta a éstas y otras preguntas.

El abogado Ovidio Sardán llegó a casa al poco de retirarse la última claridad solar, cuando la iluminación artificial ya reverberaba en el asfalto húmedo, en la carrocería de los automóviles a la intemperie y en la fachada de mármol sintético del lujoso edificio de apartamentos en el que residía. Accedió a su rellano privado como hacía siempre, mascullando palabras gruesas, blasfemias en su mayor parte gratuitas. Era éste un comportamiento reflejo que había adquirido durante su medio año sabático —seis meses y un día, siendo exactos—. Un hábito ciertamente inútil: ni le ayudaba a desahogar los sinsabores acumulados durante la jornada ni le prestaba ningún otro servicio que a él le constase. En realidad, Sardán sospechaba que contribuía a acrecentar su inveterado malhumor; un rasgo de su personalidad del que —admitía con cierta perplejidad— no estaba del todo descontento, y que a veces incluso se complacía en abonar y regar como a una flor de invernadero.

La puerta del ascensor se cerró a sus espaldas con un susurro hidráulico. Cuando se disponía a apoyar el dedo corazón sobre el cerrojo dactilar de su apartamento, el brillo de una superficie bruñida le hizo volverse hacia su derecha. Su mirada cayó entonces sobre cierto elemento del mobiliario que reposaba en un nicho al fondo del pasillo. Un objeto mil veces visto y mil veces ignorado que esa noche había captado la atención de Sardán sin que mediase razón particular para ello.

Al detectar la mirada ceñuda del abogado sobre su artificial persona, el pequeño autómatas movió la cabeza metalizada y dos círculos verdes se encendieron bajo el frontal de vidrio negro que hacía las veces de rostro. Habló con voz de ángel cibernético, melodiosa y asexual:

—Buenas noches, señor Sardán. ¿Desea algo?

El abogado contempló sin demasiado interés la figura vagamente androide del robot doméstico mientras meditaba una respuesta. A continuación esbozó una media sonrisa que sabía que a muchos les parecía torva, aunque él no estuviera para nada de acuerdo.

—Sí —dijo—. Tírate por la ventana.

—Usted me ha ordenado que me tire por la ventana. ¿Correcto?

—Correctísimo —respondió Sardán notando como su malhumor empezaba a remitir.

—¿Se refiere a la ventana de este rellano o a alguna otra?

—El ventanal del rellano me vale.

—Señor Sardán, antes de ejecutar su orden debo prevenirle que se trata de una orden irreversible que podría provocar desperfectos de consideración en uno o varios de mis componentes, desperfectos que podrían impedir mi correcto funcionamiento posterior o incluso llegar a ser irreparables.

¿Irreparables?, se dijo Sardán sonriendo ya abiertamente. ¡Que estamos en un décimo piso, tío!

—Tanto los costos de reparación de dichos desperfectos como los asociados a los daños que pudieran sufrir terceras personas, o sus bienes, por imposibilidad material de aplicar las leyes robóticas primera, cuarta o quinta; así como las responsabilidades civiles derivadas de tales...

—A callar, pelmazo —interrumpió el abogado—. Me sé la cláusula de protección de memoria.

—De acuerdo. Para proceder al cumplimiento de su orden debe usted recitar en voz alta y clara la declaración que aparecerá acto seguido en mi visor frontal, debiendo advertirle que sus palabras serán grabadas e incorporadas a los registros de mi caja negra.

—Yo, Ovidio Sardán Martínez, adulto y en pleno uso de mis facultades mentales —leyó Sardán según se iban iluminando los vocablos sobre el cristal negro— y habiendo sido informado en detalle de todas y cada una de las posibles consecuencias económicas y legales de la ejecución de mi orden «tirate por la ventana», eximo a Maquinaria Inteligente y Robots SA, fabricante de esta unidad robótica, de cualquier responsabilidad legal y económica derivada del cumplimiento de la misma.

—Por último, debe estampar su firma genética mediante la célula dactilar situada en la parte superior de mi cabeza.

Sardán avanzó un dedo tal como se le pedía, pero en el último momento lo retiró.

—Vale, chico. Orden revocada. Olvídalo todo y descansa.

—Entendido, señor Sardán. Ha sido un placer atenderle.

Las últimas palabras del robot desataron la hilaridad del abogado. *«Ha sido un placer», dice. ¡Será cretino!* No podía dejar de ver a los robots como un tipo de ser humano especialmente estúpido y manipulable. Por eso le gustaban.

Apoyando el dedo en el cerrojo dactilar, abrió la puerta de su domicilio.

Dejó el maletín en el suelo arrimado a la pared. Colgó sombrero y americana en el perchero y se aflojó el nudo de la corbata. El espejo del recibidor le devolvió la imagen de un rostro cuarentón, de mejillas algo escurridas, en cuyos ojos brillaba el risueño poso de su encuentro en el descansillo. Se pasó una mano por el cabello oscu-

ro, libre de canas pero escaso en la frente y la coronilla, a esas alturas del día irremediablemente despeinado y brillante de sudor.

Notó que algo de su anterior mal humor regresaba. De pronto, su sonrisa en el espejo se le antojó patibularia hasta a él. Desvió la mirada diciéndose que era el momento de relajarse y olvidarse por unas horas del calor, del trabajo, de la infame catterva a la que defendía en los juzgados. Para lo cual contaba con la inestimable ayuda de María.

Con María iba todo siempre como la seda. ¡Qué diferencia respecto a la otra!

—¡Hola, cariño! ¡Estoy en casa! —exclamó tras caer en la cuenta de que su mujercita no había salido a recibirle como de costumbre.

Sardán dirigió la vista hacia el interior de la vivienda. El apartamento estaba a oscuras, exceptuando el amplio recibidor, donde se hallaba él, y la cocina cuya entrada, diez metros más allá, proyectaba sobre el pasillo un nítido rectángulo de luz fluorescente. Le extrañó el silencio.

—¿María?

En tres pasos se plantó en la cocina.

—¡María! ¡Pero qué...!

Estaba en el suelo, tendida cuan larga era. Llevaba puesto el delantal. En su caída había arrastrado una ensaladera y ahora había fragmentos de lechuga, tomate y pepino dispersos por doquier. Sobre el mármol de la cocina, Sardán vio una fuente con lo que sin duda era la cena: croquetas. Las deliciosas croquetas de María. Percibió el olor de la fritura, del que se destacaba un punto justo de nuez moscada. Pese a la situación, la saliva afluyó a su boca.

Se acuclilló junto al cuerpo de María procurando no ensuciarse el pantalón con los restos mortales de la ensalada. La larga y abundante melena formaba un lecho castaño, de bordes deshilachados y proyectados en todas direcciones, sobre el que yacía la delicada cabeza femenina. Como si el cabello hubiese adoptado tal disposición por propia iniciativa a fin de amortiguar el golpe. Un largo mechón discurría sobre la frente, ocultando el ojo derecho en su trayecto y alcanzando la comisura de los carnosos y rosados labios.

Sardán percibió en ellos un leve temblor. El ojo visible estaba abierto aunque vuelto hacia arriba y casi en blanco, el iris en su mayor parte oculto bajo el párpado superior. El abogado advirtió que María respiraba. Le asió una mano y notó la presión de los dedos de ella sobre los suyos.

—María... ¡María! ¿Me oyes?

El bello rostro giró hacia él como queriendo ubicar, por mero tropismo, el origen de la voz que pronunciaba su nombre. Los labios se entreabrieron para mostrar una hilera de dientes idénticos en tamaño y blancura.

—María, ¿estás bien?

—¿Ovi...? ¿Ovi...?

Buena señal, se dijo Sardán: estaba consciente y lo reconocía. Le apartó el mechón del semblante y los verdes ojos de María parpadearon y giraron a un lado y a otro, como si hubieran recobrado la facultad de ver.

—¿Ovi? ¿Qué es lo que...?

—Un momento —la interrumpió Sardán. Tras incorporarse se dirigió al fregadero, tomó un trapo desechable del expendedor y lo empapó poniéndolo bajo el grifo. ¿Tenía sentido hacer eso?, se preguntó. Retorció el paño en la pila para eliminar el exceso de agua y regresó donde María, que mientras tanto se había sentado en el suelo.

Le pasó el paño mojado por la frente y por la cara sin demasiada convicción. ¿Tiene sentido?, volvió a preguntarse. Ella lo observó con extrañeza mientras le dejaba hacer.

—¿Qué me ha pasado, Ovi?

—¿Te has hecho daño? ¿Te duele algo?

—No... —respondió María—. Creo que no.

—Te has desmayado, creo. He llegado hace nada y estabas ahí, tirada en el suelo. ¿No recuerdas nada? ¿Un golpe quizá?

—Mmm... Ya tenía la cena hecha y...

—¿Y?

—Y nada más. De repente estaba aquí, contigo.

El abogado le examinó el rostro, los brazos, las piernas, tratando de descubrir alguna herida, algún golpe.

—No me duele nada, en serio. Estoy perfectamente.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo! —exclamó María e inmediatamente rodeó con sus brazos el cuello del hombre—. Pobre. Vaya susto te debes de haber llevado. Pero quédate tranquilo, que no me...

—Me quedaré tranquilo si mañana vamos a ver a ese doctor tuyo.

—Pero, cielo, ¿de veras lo crees necesario?

María sonrió, entornó los párpados y sacudió la cabeza para apartarse el pelo de la frente. Luego avanzó resueltamente el rostro hasta que sus labios rozaron los de Sardán. Pese a la descarga de deseo, al cosquilleo en el bajo vientre, el abogado consiguió, asiéndola por los hombros, separarla de sí unos centímetros.

—María, mañana iremos a que te vea tu médico, ¿me oyes? —dijo en tono que no admitía réplica.

—Entendido, cariño. No se hable más.

Esta vez Sardán no se resistió al jugoso embate de los labios de María.

La primera en salir fue ella. Aún se abrochaba el último botón de la blusa cuando tomó asiento en una de las dos butacas de metapiel que había frente a la mesa de la consulta.

—¿Qué tal ahí dentro, cariño? —quiso saber Sardán. Llevaba tres cuartos de hora haciendo crujir la metapiel de la otra butaca.

Los labios de María compusieron un gracioso mohín al tiempo que sus hombros se alzaban despreocupadamente.

—Bien, supongo. El doctor nos lo dirá enseguida.

El especialista era un individuo larguirucho, de hombros algo vencidos bajo la bata blanca abrochada hasta el último botón. Probablemente tenía la edad que aparentaba —unos sesenta— pues no daba la impresión de haberse sometido a ninguna reparación estética. Su frondoso bigote gris y su cabello, abundante, despeinado y también gris, le daban el aspecto de un Einstein de pacotilla. Sujeta al bolsillo izquierdo de su bata, una placa digigráfica lo identificaba como «Dr. Konrad Wilhemín».

Antes de que el especialista cerrara la puerta de la sala de la que María y él acababan de salir, Sardán tuvo una fugaz perspectiva del interior. Distinguió una camilla, una torre formada por instrumentos desconocidos y, acomodado sobre un soporte deslizante, un monitor de buen tamaño lleno de coloridos gráficos ovales. ¿Las interioridades craneales de María? Sardán no habría podido asegurarlo; la visión no había durado más de una fracción de segundo.

Mientras tomaba asiento, el doctor consultó la página electrónica que llevaba en la mano y que, presumiblemente, mostraba los resultados del chequeo al que acababa de someterse María. Luego dejó la e-página sobre la mesa, bien a la vista, y se arrellanó en su butaca. Uniendo las yemas de los dedos de ambas manos, posó en el abogado una mirada expectante, como si considerase que le correspondía a él hablar primero... ¿O tal vez dando a entender que no comprendía el motivo de que hubiesen acudido a su consulta? Esta idea puso a Sardán instintivamente en guardia.

—¿Y bien, doctor? —preguntó forzándose a sonar amable.

Wilhemín parpadeó dos veces antes de contestar:

—Nada.

—¿Cómo, nada?

El doctor desvió la mirada y su mano derecha aleteó sobre la hoja electrónica. Luego habló en un español fluido aunque de erres un tanto excesivas:

—Nada, la exploración no ha puesto de manifiesto alteración alguna. No hay ni un solo valor fuera de rango, lo que significa que su esposa está completamente sana.

—Vamos a ver —dijo Sardán mientras trataba de contener la irritación que crecía en su interior—. Hemos venido porque ayer mi mujer se desmayó mientras preparaba la cena. ¡Cuando llegué a casa me la encontré en el suelo! —Se volvió a mirar a María—: Se lo has explicado, ¿verdad, cariño? —dijo, e inmediatamente se sintió estúpido.

—Por supuesto, cielo —respondió la aludida dedicándole una de sus seductoras sonrisas—. Por supuesto.

—¿Seguro? ¿Qué le has contado?

—Me lo ha contado todo, señor Sardán —intervino Wilhemín—. Pero, insisto, no aparece nada anormal en los resultados de la exploración. Puede usted estar tranquilo: María... su mujer, está perfectamente bien.

—¡Bueno! Entonces, ¿por qué esa pérdida de conocimiento? ¿Cuál puede ser la causa?

Antes de apartar nuevamente la vista y poner cara de estar realmente buscando una respuesta a la pregunta que acababan de formularle, los ojos del especialista escrutaron el semblante de su interlocutor durante un breve intervalo. Breve, aunque suficiente para poner a prueba la capacidad de autocontrol de Sardán.

Esa forma de mirarme no ha sido inocente. ¡Será hijo de perra!, se dijo haciendo esfuerzos para no traslucir su indignación. Era evidente que Wilhemín conocía su historia personal, que sabía de su anterior matrimonio y de su condena por malos tratos. Y era evidente también que esa mirada suya contenía una acusación en toda regla: *¿no habrá tenido algo que ver la forma en que usted trata a su esposa?*

Sardán recobró en parte la calma. Si eso era lo que le había pasado por la cabeza a Wilhemín, éste debía de haber descartado enseguida la idea. Primero, porque María no presentaba lesiones externas apreciables —ni siquiera se las había causado al desplomarse—. Segundo, porque, como el propio especialista había declarado tras efectuar el reconocimiento, tampoco había daños internos de ningún tipo. Y tercero porque... Bueno, eso no podía saberlo Wilhemín, pero es que él, en realidad, ¡jamás le había puesto la mano encima a María! ¡Jamás! Sencillamente, no había hecho falta. Al revés de lo que ocurría con la otra, con María todo salía siempre a pedir de boca. Todo. Y él no era un sádico, no señor. Él no castigaba por gusto. Él sólo castigaba cuando era estrictamente necesario para que las cosas funcionasen como debían.

—Tal vez sólo sea exceso de trabajo...

—¿Cómo? —dijo Sardán emergiendo de sus propios pensamientos.

—Demasiada actividad, ya sabe. ¿Lleva una vida muy ajetreada su esposa?

El abogado contempló a Wilhemín con una estupefacción que el especialista no dejó de advertir, a juzgar por el respingo que dio. *¿Vida ajetreada? ¡Éste se cree que soy gilipollas!* Sin embargo, un instante después, Sardán había decidido seguirle el juego al doctor. ¿Qué ganaba con enfadarse?

Sonrió tratando de no mostrar mucho los dientes —según tenía entendido la parte más siniestra de su sonrisa—.

—¿Exceso de trabajo? Mmm... Tal vez. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

Wilhemin parpadeó un par de veces, confuso, como si no acabase de comprender lo que el abogado sugería. Luego se volvió hacia María, que parecía estar escuchando atentamente.

—¿Trabaja usted mucho, señora... eh... Sardán?

—No sabría decirle, doctor. Lo normal para un ama de casa típica, supongo.

Wilhemin asintió y devolvió su atención al abogado. Parecía haber recuperado algo de aplomo.

—Señor Sardán, de veras creo que no hay de qué preocuparse. Aparte de que todo está bien en la exploración, su esposa tiene un aspecto magnífico.

Sin deponer la sonrisa, Sardán tomó una mano de la mujer y la apretó afectuosamente con la suya. María le correspondió con una mirada de rendido arrobó.

—¿Has oído, cariño? No hemos de preocuparnos. Aunque tal vez deberías descansar más.

—Claro, cielo.

—Además, se la ve feliz —añadió el especialista—. Ambos parecen muy felices. ¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Va para cinco años —respondió Sardán—. Cinco años de absoluta felicidad. ¡Como si no lo supieras, cabrón!, agregó para sus adentros.

—Nuestro aniversario de boda es el siete de octubre —intervino María—. Falta menos de dos meses.

Wilhemin sonrió abiertamente. Se le veía relajado, como si acabase de librarse de un gran peso. Estaba claro que creía haber logrado tranquilizar a Sardán respecto al desvanecimiento de María, lo cual enfureció íntimamente al abogado, aunque se obligó a no exteriorizarlo.

—Créanme, no veo razón para pensar que el problema vaya a reproducirse —dijo el especialista—. Les aconsejo que se relajen y continúen siendo tan felices como hasta ahora. Y que preparen ese aniversario con toda la ilusión de que sean capaces.

—Así lo haremos —dijo Sardán empezando a levantarse.

—En todo caso, aquí me tienen para resolver cualquier duda o preocupación que les surja. No duden en acudir a mí siempre que consideren.

—Gracias, doctor. Hasta la próxima.

Estaban ya en la puerta cuando a los oídos de Sardán llegó el suspiro del especialista, un suspiro que el abogado interpretó como de alivio por habérselos quitado de encima tan fácilmente. ¡La madre...! Decidió que no se iría de allí sin haber puesto en su sitio al farsante de Wilhemin, ni que fuera para hacerle notar que no estaba tratando con un idiota.

—María, espérame fuera. He olvidado preguntarle una cosa al doctor.

Tras entornar la puerta, volvió sobre sus pasos, inclinó el cuerpo hacia delante e hincó los nudillos de ambas manos en la mesa del especialista. Éste se echó instintivamente hacia atrás mientras la alarma le demudaba el semblante.

Sardán sonrió, aunque esta vez permitió a sus dientes mostrarse en todo su esplendor. De buena gana le habría soltado un par de guantazos. En lugar de eso, dijo con teatral suavidad:

—Sólo una cosa, doctor. Antes se ha dirigido a mi esposa como «señora Sardán». Pero ese no es su verdadero apellido. En este país, la mujer, al casarse, conserva el de soltera. Que en el caso de María es Miró. Miró, como el pintor. Creí que usted lo sabía.

El mudo y desvalido, casi amedrentado asenso de Wilhemín fue suficiente recompensa para el abogado. Dándose por satisfecho, abandonó la consulta.

Sardán contemplaba distraído las evoluciones del tráfico vespertino a través del parabrisas de su automóvil, polarizado para filtrar la excesiva radiación solar. En ocasiones seleccionaba el modo manual y conducía él mismo por el mero placer de hacerlo, de experimentar la agradable y viril ilusión de dominio sobre la máquina que proporcionaban acelerones, frenazos y cambios de marcha. Pero hoy no era el caso. No estaba de humor. Aunque el grueso de su enfado había remitido, su mente seguía centrifugando la conversación mantenida con Wilhemín. Desde el principio le había dado la impresión de que el hombre no acababa de tomarse en serio su relato de lo sucedido a María. Vale, ahí estaban los resultados del chequeo y el aspecto de la paciente, que no podía ser calificado más que de deslumbrante. Pero un desmayo no dejaba de ser un desmayo. ¿O acaso no le había creído? ¿Realmente sospechaba de él debido a su pasado? ¿Pero qué es lo que ese imbécil de Wilhemín podía sospechar, maldita sea?

Luego estaba esa manía de no hablar nunca claro, de no llamar a las cosas por su nombre, que creaba en Sardán la exasperante impresión de estar permanentemente actuando en una pantomima. Aunque debía reconocer que esto no sólo le ocurría con Wilhemín. Además, en su caso quizá podía justificarse; estando María presente...

—Ovi, cielo —dijo ella desde el asiento del copiloto. Hasta ese momento había permanecido en silencio y con los ojos cerrados, como si hubiese decidido llevar a la práctica la recomendación del doctor desde el mismo instante de dejar la consulta—. Estoy pensando en nuestro quinto aniversario. Realmente no nos queda mucho tiempo para prepararlo. ¿Te gustaría algo especial esta vez? ¿Algo que no hayamos hecho antes?

—No sé... —respondió Sardán malhumorado—. Un viaje quizás. Creo que podría tomarme unos días libres en esas fechas.

—¿Y alguna sugerencia de adónde ir?

—Tanto da. A cualquier sitio interesante que no hayamos visitado aún. Tú ya sabes lo que me gusta.

En el fondo no importaba adonde fueran: para Sardán lo principal era olvidarse del trabajo, relajarse, comer y beber como un vikingo, alguna que otra noche de desenfreno... Y su mujercita se pintaba sola para facilitarle todo eso y más. Hasta el presente, las dotes organizativas de María habían superado todas las previsiones, por lo que Sardán solía dejar los preparativos de cualquier evento familiar o viaje en sus manos. ¡Ah, cinco años ya, quién lo iba a decir! Parecía que fuese ayer cuando, finalizada su condena, había reencarrilado su vida encajando a María en ella.

¡Alto ahí!, se exclamó de pronto. Cinco años... Su semblante se endureció al tiempo que una oscura sospecha tomaba cuerpo en su mente.

Se volvió hacia su esposa y clavó en ella una mirada de hielo. Mirada que mantuvo hasta que María se percató y a su vez dirigió hacia él su adorable par de ojos verdes.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Dime una cosa. ¿Te había pasado antes?

—¿A qué te refieres?

—¡A tu desmayo! ¿Te había pasado antes? ¡Responde!

Por la forma en que humilló los ojos, por su expresión repentinamente contrita, el abogado supo que María había interpretado correctamente sus emociones y que anticipaba su previsible reacción. Y también supo que ella iba a contestar y que, como no podía ser de otra forma, su respuesta sería absolutamente veraz.

—Sí... —musitó la mujer.

—¡Cómo que sí! ¡Cómo que sí, maldita sea! —aulló Sardán—. ¿Cuándo fue? ¿Y por qué no me lo dijiste? ¡Por qué no me lo dijiste!

—Hará unos tres meses —empezó María en tono culpable—. Estaba en casa, por la mañana. El dron del súper acababa de traer la compra. Había empezado a colocarla y... Bueno, diez minutos después me desperté en el suelo, como ayer, sin saber qué había pasado. No dije nada para no preocuparte y porque no me pareció importante. —Alzó los ojos y miró a su marido con expresión lastimera—. Te lo tenía que haber dicho, lo sé...

Ya. No te pareció importante. Y no querías preocuparme, ¿eh?, pensó Sardán. ¡Grandísima hija de puta! ¡Como si yo no supiera el motivo de que callases!

Sus ojos, inyectados de odio, continuaron perforando a María. La mandíbula le temblaba como si se fuera a desencajar.

—Ovi, cielo, no te enfades. ¿Me perdonas, verdad?

La mujer buscó la mano del hombre con la suya pero él la retiró como si se hubiera quemado. A continuación, esa misma mano se alzó y sus dedos se cerraron preparándose para abatirse sobre el exquisito rostro femenino. Por un instante

Sardán contempló a María casi admirado: ese precioso rostro era la personificación del arrepentimiento, no cabía dudar de su sinceridad. Las lágrimas estaban a punto de desbordar los párpados pero en él no había rastro de miedo. Aunque todavía deseaba golpearla, se obligó a bajar el brazo y abrir el puño. No cometería ese error. Lo que tuviese que hacer lo haría desde la frialdad más absoluta.

—¿Sólo esa vez, María? —se oyó preguntar.

—Sí, Ovi, sólo esa vez.

Haciendo un esfuerzo, el abogado suavizó el semblante y sonrió, lo que tuvo su inmediato reflejo en el ánimo de la mujer, que se revolvió en su asiento para abrazarle.

—¡Ovi, cariño! Eres un sol, ¿lo sabías?

—Oye, te perdono esta vez —dijo el abogado retirándole el pelo de la cara y mirándola a los ojos—. Pero no vuelvas a ocultarme nada, ¿entiendes? Y ahora mismo vas a llamar a tu médico para explicarle lo de ese otro desmayo. Quiero que quede constancia.

Luego, mientras la estrechaba entre sus brazos, se le ocurrieron varias ideas sobre cómo llevar a cabo lo que acababa de decidir. *No me vais a joder*, se dijo. *Ni tú ni ese mierda de Wilhemín.*

Cayó en la cuenta de que había olvidado esconder los dientes al sonreír. Daba igual: a María no la afectaban esas cosas.

Era una nave industrial de tiempos pasados, levantada en el extrarradio de la ciudad. De ésas con un despacho ubicado a cuatro metros sobre el suelo, al final de una escalerilla de peldaños de metal calado, con paneles de vidrio y persianas abatibles que permitían a los ojos del amo, gerente o capataz patrullar hasta el último rincón del área de trabajo.

Claro que en la actualidad no había ya trabajadores cuyo desempeño fiscalizar. Se entiende trabajadores humanos. La única excepción la constituían dos jóvenes operarios responsables de analizar los encargos y programar las veinticinco o treinta unidades robóticas encargadas de ejecutarlos.

Sardán se vio obligado a gritar para hacerse oír por encima del ruido ambiente.

—¡Buenos días! Querría hablar con Chubeski. ¿Está?

La primera de los interpelados era una chica menuda, abundante en piercings y tatuajes y parca en higiene. Un injerto de rastas de algo similar a piel humana colgaba de la mitad rapada de su cráneo. Inquietante. La mesa contigua la ocupaba el segundo operario: un gordo muy gordo cercano a la treintena y de aspecto ligeramente más aseado que su compañera.

—Está —contestó ella sin apartar la mirada de su página electrónica. Como al ca-

bo de quince segundos Sardán no hiciera amago de moverse, la joven se digno alzar un brazo para señalarle el despacho suspendido sobre sus cabezas.

El abogado subió la escalerilla aferrado a la cimbreante barandilla de mecano-tubo. Golpeó con los nudillos dos veces el vidrio esmerilado y, sin esperar conformidad, abrió la puerta y se coló en el despacho.

Un cincuentón canijo y desaliñado, medio oculto tras la barata mesa de cristalato y las piezas de repuesto amontonadas en ella, dio un respingo y tabaleó con los dedos en su página electrónica, presumiblemente para esconder lo que fuera que estaba visualizando.

—¡Oiga! No recuerdo haber dicho que podía... —En los ojos del hombrecillo brilló el reconocimiento—. ¡Ovidio! ¡Ovidio Sardán! ¡Cuánto tiempo! ¿Pero qué es de tu vida, macho?

Se levantó y ofreció al recién llegado una mano que éste encajó de forma vehemente.

—¿Qué tal, Antón? Veo que Chubeski S.A. sigue yendo de maravilla.

—Pche, no me quejo. Pero siéntate, hombre, y cuéntame. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Siete años? ¿Ocho? Mmm, espera un momento...

El empresario le habló a su página electrónica:

—Patro, estaré ocupado un rato. No me paséis visitas.

A continuación se levantó para dirigirse a una jukebox tan reluciente que parecía recién sustraída de los años cincuenta de dos siglos atrás. Al contacto de uno de los dedos de Chubeski, el frontal del aparato, en realidad un campo de fuerza de apariencia perfectamente sólida, se desactivó para mostrar un frigorífico de donde el hombrecillo extrajo dos cervezas y dos vasos cubiertos de vaho.

Mientras colocaba las bebidas sobre la mesa y presionaba las chapas para desintegrarlas, Sardán le preguntó:

—¿Patro es la de los piercings y las rastas de carne en la cabeza?

—Sí señor. ¿A que le da un susto al miedo? Pues ahí donde la ves, en el trabajo no hay otra como ella.

—¿Y el gordo?

—¿El gordo? Un completo inútil. Pero no me queda más remedio que tenerlo aquí. Es mi hijo.

Chubeski vació su botella en uno de los vasos cuidando de que la espuma no rebosara. Luego dedicó al abogado una sonrisa que logró empequeñecer todavía más sus ya pequeños ojos.

—Tú dirás, Ovidio.

—Pues vengo a darte trabajo. Suponiendo que te interese.

—Eso dependerá del trabajo. ¿En qué consiste?

—En matar a María.

El empresario puso cara de pasmo.

—¿Cómo? ¿Matar? ¿A quién?

—A María, mi mujer.

—¡Para, para! —Chubeski se echó hacia atrás agitando las manos como si hubiera visto al diablo—. Deben de haberte informado mal. ¡Yo no hago esas cosas, hombre!

Sardán podría haberle facilitado algún detalle del caso a fin de tranquilizarlo, pero prefirió esperar a ver si el otro se daba cuenta por sí mismo de que no había para tanto.

—No entiendo, Antón —replicó—. ¿Acaso no trucáis robots aquí? Eso es ilegal, ¿no? ¿Y qué crees que hacen tus clientes con los robots trucados? ¿Pasear perros?

—Oye, mira, no. O sea, no acepto eso. Yo puedo trucar un robot y no preguntar para qué es, pero aquí nunca ha venido nadie a pedirme que cometa un asesinato. Ni que lo cometa ni que colabore en él. ¿Entiendes?

»Además... —Chubeski negó con la cabeza, confuso—. Además, ¿tú te has vuelto loco, tío? ¿Por qué quieres matar a tu mujer? ¿Qué coño te ha hecho ella para que te la quieras cargar?

—Tengo mis razones —repuso Sardán. La frialdad de su voz reemplazó la parte omitida de su respuesta: «que no te incumben».

El empresario siguió negando con la cabeza varios segundos. De repente, frunció las cejas y miró a Sardán con extrañeza.

—Ahora que lo pienso, tu condena fue por maltrato reiterado a tu anterior esposa... ¿E intento de homicidio, quizás? ¿Y aun así...?

—Maltrato. De lo segundo me absolvieron. Si no, mi condena no habría sido sólo de seis meses.

—¿Pero aun así te dejaron...? —Chubeski se interrumpió y Sardán le miró a los ojos con gesto burlón. Sobraban las palabras. El empresario bajó los párpados y sus facciones parecieron distenderse—. *Okay*, entiendo.

Dejaron pasar los segundos dando largos sorbos a sus cervezas, intervalo durante el cual el abogado no dejó de sondear el semblante de su anfitrión. El desasosiego y la confusión no habían desaparecido completamente de él. Sardán no lo comprendía. ¿A qué venía tanto remilgo? Chubeski era un delincuente. De poca monta pero delincuente al fin y al cabo. Acostumbrado a tratar con hampones y a cruzar siempre que hiciese falta la frontera entre la legalidad y su contrario. Alterar la programación de fábrica de los autómatas, y en especial su servidumbre a las leyes de la robótica comercial, era un delito castigado con penas que iban desde cuantiosas multas hasta prisión en los casos más graves. Quizá nadie le había planteado tan abiertamente su objetivo como lo había hecho Sardán; mas habiendo adivinado ya la verdadera naturaleza del asunto, ¿por qué seguía mostrándose remiso?

Sardán decidió chantajearle un poco.

—Me lo debes, Antón.

El otro tuvo un sobresalto: no se esperaba la maniobra.

—¡Hombre! Yo...

—Me lo debes. Te saqué de un buen apuro, ¿recuerdas? Hace ocho años. Y lo hice desinteresadamente porque éramos amigos. ¿Todavía lo somos?

Chubeski inspiró profundamente y luego vació con fuerza el aire de sus pulmones. Sonrió con resignación.

—Tienes razón, te lo debo. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué crees que puedo serte de utilidad para... eh... eso que te propones?

—Se me había ocurrido emplear un robot. Concretamente tengo uno que a lo mejor sirve. Mi idea era que tú lo modificases.

—¿Qué tipo de robot es?

—Uno pequeño, cabezón, con frontal de vidrio negro. Tiene cuatro brazos, dos delante y dos detrás, y una plataforma donde van los útiles de limpieza. Fabricado por Maquinaria Inteligente y Robots.

—¿De qué serie?

—Ni idea. Venía con el edificio.

—¿Pero es tuyo o de la comunidad de vecinos?

—Lo compartimos con otros dos pisos.

—Bueno. ¿Se parece a ése? —Chubeski señaló un rincón del despacho donde, disimulado entre otras piezas de desaguace, reposaba un autómatas desvencijado, poco más que un chasis lleno de abolladuras. Le faltaban las ruedas y tres de los cuatro brazos, pero sin duda pertenecía a la misma familia que el robot doméstico de Sardán.

—Si no son iguales, desde luego se parecen mucho.

—Serie IOR-D. Yordi para los amigos. Lógicamente la versión tampoco la sabrás... ¿Sabes por casualidad si tiene caja negra?

—¡Sí! —contestó Sardán—. Según qué orden le das, el cabrón te amenaza con grabarlo todo en la caja negra.

—Mierda. La caja negra es un problema. Es muy difícil lograr que no queden rastros de la manipulación.

—¿Entonces?

—Mmm... Te propongo utilizar uno de los míos, un modelo idéntico al tuyo. El problema es que va a ser un porrón de horas de trabajo. No te va a salir muy barato.

—Esperaba que me hicieras precio de amigo. Aunque creo que de todas formas

ahorro.

Sardán había pronunciado su última frase en tono de broma, porque eso era o pretendía ser. Le sorprendió que el rostro de Chubeski, lejos de parecer divertido, reflejase otra vez contrariedad. ¿Qué narices pasaba con Antón? ¿No había quedado ya suficientemente claro de qué se trataba? ¿Era lo de eliminar a María lo que lo mortificaba tanto? El abogado intuía que sí y le resultaba incomprensible.

—Bueno —dijo por fin Chubeski—. ¿Qué plan tienes?

—María está sufriendo desmayos últimamente. Mi idea es que el robot la empuje estando en la terraza y la eche abajo, a la calle. Son diez pisos. Ha de parecer que se ha desvanecido y se ha precipitado ella sola.

—Oye, ¿y por qué no hacerlo tú mismo? ¿Para qué un robot?

—Imposible. Sería muy arriesgado. Debo estar lejos cuando ocurra. Sospechar, sospecharán igual, pero quiero tener una coartada creíble.

—Ya. Bien, tendrás que asegurarte de que... esto... que ella esté en su sitio cuando toque.

—Eso déjalo de mi cuenta...

—Y algo tendrás que hacer con tu Yordi. Mandarlo al sótano a limpiar, que sé yo. En algún momento tendremos que introducir al mío en tu casa. Y al final recuperarlo, claro.

—Claro. Le daré algunas vueltas; ya se me ocurrirá algo... ¡Ah, casi se me olvida! Tiene que ser antes del siete de octubre, sin falta.

—A ver, siete de... ¡Menos de dos meses! Pues hay que empezar ya mismo. ¡Qué difícil me lo pones, macho!

El empresario dio el último sorbo a su cerveza. Sardán lo vio agitarse levemente por efecto de un eructo reprimido. A continuación advirtió que Chubeski lo observaba achinando los ojos, con aire escrutador.

—Ovidio. Sólo por curiosidad. ¿Ella sabe algo?

—No te entiendo. ¿Dices si María sabe que estoy planeando...?

—¡No, hombre! Me refiero a si ella... Ya me entiendes... *Si lo sabe*.

Sardán torció el gesto. *Otro que tal*, se dijo. Entendía a lo que se refería Chubeski; lo que no conseguía explicarse era su dificultad para referirse a ello sin rodeos. Más teniendo en cuenta que Antón era un rufián, como él mismo, y que estaban discutiendo la mejor manera de acabar con María.

—No creo que sepa nada —respondió—. Y no creo que tenga sentido siquiera plantearse si sabe o no.

La pared cristalera de la alcoba, velada apenas por un campo de fuerza en forma

de ondulado visillo, revelaba el croquis nocturno de la ciudad: parrillas de luces diminutas impresas en oscuras moles rectangulares. Sardán había regulado la iluminación interior casi al nivel de penumbra. Tumbado en el lecho conyugal, ataviado únicamente con los calzoncillos que se había dejado puestos por pereza, miraba sin ver la pantalla gigante que, allende sus pies, emitía el noticiario de un canal cualquiera.

En el baño cesó el ruido de agua corriente. *Se acabó la farsa*, pensó Sardán. Volvió los ojos hacia la puerta que se abría. María hizo su aparición entre las jambas, angélica y a la vez poderosamente carnal, cubierta apenas por un breve camisón de gasa que transparentaba las sinuosidades de su cuerpo y la blonda negra de sus braguitas. Se detuvo a un metro de la cama para que el hombre la contemplara a placer. Él lo hizo recreándose, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. De pronto experimentó una punzada de algo que no acabó de identificar: ¿ternura?, ¿compasión? *Estupideces*, se dijo. La sensación se esfumó tan abruptamente como había llegado.

Apagó la televisión y golpeó dos veces el colchón con la mano abierta, invitándola a colocarse a su lado. María se arrodilló junto a él y el abogado le acarició con suavidad las piernas, desde las rodillas hasta las caderas, gozando del contacto casi artificial de su piel tersa y sin imperfecciones.

Cuando ella se inclinó para besarle, Sardán la detuvo.

—¿Qué planes tienes para mañana?

Ella se incorporó y sonrió sin que una sombra de confusión o sorpresa le enturbiase la verde mirada.

—¿Mañana? Pensaba ir yo misma a comprar algunos ingredientes que me faltan para preparar la receta que me sugeriste ayer. Luego dedicaré el resto de la mañana a limpiar el piso. Desde que el doctor Wilhemín me recomendara reposo, de la limpieza se ha encargado el Yordi. Pero él tiene sus limitaciones y yo estoy bien.

—Ni hablar —replicó el abogado—. Lo de cocinar vale, pero de la limpieza que se siga ocupando el robot. Lo que sí sería conveniente que hicieses es revisar las rejillas de los conductos de climatización; ya sabes, los que dan al techo de la terraza. Ahí el IOR-D no alcanza. Y ve con cuidado, porque para hacerlo vas a tener que subirte al pretil. ¿Entendido, María?

—Como tú digas, cielo.

Sardán la observó con atención. Sus ojos estaban limpios de sospecha. No parecía haber advertido la contradicción existente entre guardar reposo y dedicarse a reparar las salidas del climatizador, poco menos que suspendida en el vacío, cuando tal labor podía perfectamente encomendársele a un técnico. Menos mal, porque si María hubiese reparado en ello, posiblemente habría corrido a avisar a Wilhemín y Sardán no habría tenido más opción que renunciar a su plan. Lo cual habría sido sumamente enojoso. Por suerte, María no era tan astuta. Capaz e inteligente sí, pero no astuta.

—¿Cuánto tiempo crees que puede llevarte limpiar esas rejillas?

—No más de un par de horas, cielo —respondió María.

—Bien, deberías empezar el trabajo sobre las once. Así te daría tiempo a descansar un rato antes y a preparar el almuerzo después. ¿Entendido, cariño? —dijo Sardán con voz espontáneamente autoritaria.

—Entendido. Lo que tú ordenes, Ovi.

—Y ahora... —El abogado amplificó el alcance y la intensidad de sus caricias. *Ahora tú y yo nos vamos a despedir como Dios manda.*

Se apeó del taxi en una calle contigua a la suya. Al tratarse de un *driverless* se había ahorrado fingir en el trayecto la honda preocupación que sí había tenido que aparentar ante el juez, los abogados, los denunciadores y el acusado —su cliente—, cuando el aviso de la policía había tintineado en su e-página durante el juicio. «Su esposa ha sufrido un accidente. Rogamos acuda enseguida a su domicilio», había dicho la sintevoz. Y nada más. Lo que no había impedido a Sardán distraerse durante el viaje fantaseando con el éxito de su maquinación.

No había motivo para apresurarse. Antes de llegar al cruce, atrajo su atención cierto artefacto que cruzaba el espacio aéreo reservado a los micro-transportes comerciales, veinticinco o treinta metros por encima de su cabeza. Sonrió: el dron lucía los anodinos colores de una popular cadena de electrodomésticos y de sus ganchos colgaba un cajón de buen tamaño cuyo contenido Sardán conocía de sobras: un robot IOR-D, igualito al suyo, que regresaba a cierta nave industrial radicada en las afueras.

Su sonrisa se ensanchó cuando, al doblar la esquina, descubrió la pequeña aglomeración de chalecos reflectantes, batas blancas y vecinos anonadados o simplemente curiosos, todos ellos bañados por las luces intermitentes de un vehículo celular.

Se despeinó y aflojó adrede el nudo de la corbata. Luego borró la sonrisa de su rostro. Sólo entonces corrió hacia el grupo gritando el nombre de María con verosímil desolación.

—Le acompaño en el sentimiento, señor Sardán. A veces la vida nos da estos... golpes brutales.

Desde su butaca de metapiel, el abogado sondeó visualmente a su interlocutor. Tras las exuberantes erres y el frondoso mostacho gris Wilhemín parecía sinceramente conolido. Se preguntó si no se encontraba ante un consumado actor. Pero en el semblante del especialista había algo más, algo que el hombre no lograba encubrir del todo: la alarma que le causaba verle en su consulta sólo tres días después del «fa-

tal accidente» de María.

Decidió que ya estaba harto de seguirle la corriente a todo el mundo.

—No hace falta que finja, doctor. O lo que sea usted.

—¿Disculpe?

—No es posible que usted crea que estoy apenado. Nadie siente pena por un autómeta. Así que no finja.

Aparte de un brillo desafiante en los ojos, Wilhemín borró de su semblante cualquier emoción.

—María no era un autómeta.

—¿Me toma el pelo? —Sardán se sentía otra vez irritado, otra vez en su salsa—. ¿Qué era si no?

—Una persona sintética.

Sardán rio estentórea y despectivamente.

—No veo la diferencia.

—Pues usted debería verla mejor que nadie. Era su esposa.

La indudable sinceridad del especialista descolocó momentáneamente a Sardán. Recordó algo que había oído muchas veces y que siempre se había resistido a creer: muchos hombres y mujeres que se relacionaban con personas sintéticas acababan considerándolas seres humanos de pleno derecho —cosa que indudablemente no eran, como sabía cualquiera y aún más un abogado—. Se decía que incluso llegaban a enamorarse de ellos. Increíble. Verdaderamente la estulticia humana no conocía límites. A veces Sardán se veía como el único ser cuerdo en un mundo de locos. O como el único ser humano en un mundo de robots estúpidamente sentimentales.

—Doctor, ¿María nació o fue fabricada?

El especialista dio un respingo.

—Bueno... «Fabricada» quizá no sea la palabra...

—Estaba sometida a las leyes de la robótica comercial, ¿cierto? María me obedecía siempre sin chistar, como manda la segunda ley. Hasta podría haberle ordenado autolesionarse, pero en ese caso habría dejado constancia de ello para exonerarles a ustedes de cualquier responsabilidad, ¿me equivoco?

—Ciertamente, la ley nos obliga a... —empezó Wilhemín.

—¿A quién pretende engañar? Tiene delante a un condenado por maltrato que además es abogado. ¿Sabe lo que es la inhabilitación conyugal? Desde que me prohibieron emparejarme con mujeres «biológicas», ustedes son mi única opción.

Guardaron silencio durante varios segundos. Wilhemín se observaba atentamente las manos; debía de estar preguntándose qué hacía Sardán en su consulta.

—Usted ha mencionado la ley... —dijo el abogado.

No le pasó desapercibida la repentina alarma de Wilhemín. *Éste cree que me propongo demandarles.* Se sintió confiado. Con toda seguridad habían examinado los restos «mortales» de María. De haber encontrado el más leve indicio de su participación en el «accidente», el especialista habría mostrado seguridad y no inquietud como ahora. Era una suerte que, a fin de preservar la intimidad conyugal, la ley prohibiese a los fabricantes dotar de caja negra a las personas sintéticas.

—Soy abogado. Conozco al dedillo mis derechos como consumidor. Esos desmayos de María...

—Por favor, señor Sardán —trató de defenderse Wilhemín—. La fisiología de los seres humanos sintéticos es muy compleja, casi tanto como la de los biológicos. Ya le dije que el exceso de trabajo...

Sardán alzó una mano para interrumpirle.

—No lo dudo. El caso es que María se precipitó al vacío a causa de uno de esos desvanecimientos y quedó destruida.

—Eso usted no puede demostrarlo.

—¿Cómo que no? ¿Quiere que nos enfrentemos en los tribunales? Pusimos en su conocimiento dos episodios de desmayo y ustedes no nos hicieron el menor caso. No será complicado demostrar que actuaron con mala...

—¿Pero qué busca usted? —le interrumpió el especialista impacientándose visiblemente—. ¿Una indemnización?

El abogado arqueó los labios logrando por primera vez en mucho tiempo una sonrisa pasablemente afable.

—En absoluto. Sólo pretendo que Maquinaria Inteligente y Robots asuma sus responsabilidades mercantiles. En el contrato de adquisición camuflado de acta matrimonial que me hicieron firmar no figura ninguna cláusula referente a la garantía de reposición de productos defectuosos. En ese caso, debe aplicarse la norma genérica para bienes de consumo de larga duración, la cual establece un periodo de garantía mínimo de cinco años. —Sardán suspiró, sumido en una tristeza repentina—. Faltaba sólo una semana para nuestro quinto aniversario. ¿Se imagina cómo me siento?

Wilhemín hizo ademán de decir algo pero pareció pensarlo mejor. De un cajón sacó un folleto electrónico que arrojó sobre la mesa sin mucho miramiento. Luego se levantó y, con semblante grave, desapareció por la puerta que había a sus espaldas, la misma que semanas atrás había cruzado María para someterse a su chequeo.

Un Sardán sonriente tomó el folleto en sus manos. En la portada destellaba el logo de Maquinaria Inteligente y Robots, integrado por los caracteres «M.I.Ro.» plasmados en grande y vistosa tipografía tridimensional.

Al girar la cubierta tuvo la sensación de haber retrocedido cinco años en el tiempo. Veinticuatro caras femeninas, dispuestas en una parrilla de cuatro por seis, le sonreían seductoramente, le hacían ojitos o le mandaban besos a distancia. Que el folleto imitase el catálogo electrónico de una agencia de contactos era sin duda un

acierto.

La mirada del abogado procesó hileras de vivarachos y lindos rostros mientras la yema de su pulgar acariciaba una y otra vez el icono de avance de página. A los pocos minutos ya se había decidido por una pelirroja de piel blanca y pecosa y ojos tan verdes como los de María. Tocó con un dedo la cara elegida para acceder a la pantalla de personalización del producto. Era el momento de modificar lo que desease de la configuración seleccionada: parámetros antropométricos, perfil psicológico, historia personal...

Decidió que esta vez los ojos no iban a ser verdes sino azules.

En cuanto al nombre... El catálogo sugería por defecto «María», igual que hacía cinco años. María M.I.Ro., o Miró. Lo que una vez le pareciera bien, ahora se le antojó perfecto. Hasta cabía considerarlo un pequeño homenaje a la predecesora.

¿Quién decía que él no era un sentimental?

© David Soriano

Barcelona, 1966, Ingeniero Informático. Actualmente reside en Sant Cugat del Vallès con su mujer y sus dos hijas, nacidas en años tan ciencia-ficcioneros como 1999 y 2001. Su actividad literaria se inició en 1997, cuando su relato *Historia Sagrada* ganó el premio Domingo Santos de ese año. Desde entonces ha publicado ocho cuentos, mayoritariamente en las diferentes épocas del fanzine *Artifex*. Ha sido nominado dos veces al premio Ignotus por sus relatos *Ñ* y *IWTB*. El que ahora nos presenta, *Cinco años de felicidad*, ha resultado finalista en la última edición del premio Domingo Santos.

LABORATORIOS

por Blanca Mart

Este texto, integrante de la Saga de los Universos Fílmicos, iniciada en la novela *El Espacio Aural* (Blanca Mart, Alfa Eridani, 2012), pone en evidencia un cambio en la relación entre los «sólidos» y los «fílmicos», un cambio en el que las cosas no son como habíamos creído anteriormente y en el que el observador es, al mismo tiempo, observado.

*Qué le dijo un sónico a un fílmico:
tócala otra vez, Sam*
Miguel Pujol

—Lo importante es la ciencia. La investigación, claro; el experimento —dijo el científico.

—Y la imaginación —añadió la mujer.

—¿La imaginación? —Se extrañó Peter.

—Sí, sin imaginación la ciencia no avanza. Cuando experimentas debes pensar siempre en que puede existir una variación proyectada al futuro.

—¿Quieres un café, Mary?

—Yes. Pero cambias el tema.

El hombre delgado, alto, el cabello claro peinado hacia atrás, con lentes incorporadas a sus ojos, la miró detenidamente.

—Mary, eras una gran científica. Renunciaste, te pusiste a escribir novelas. ¡Te viniste a este asteroide para escribir cuentos sobre *fílmicos*! ¡Por Dios! Ni siquiera te propusiste como investigadora... juntos haríamos un trabajo magnífico.

—Pasó algo.

—Sí, ya sé: lo de la carrera.

—Eso es.

—Fue una alucinación.

—¿Colectiva?

—Sí Mary, así fue —insistió el hombre.

—Explíquenme eso —dijo una voz masculina, ronca, desde la puerta del laboratorio.

—Oh, adelante, Marlon, no te molestes en llamar —contestó el científico, irónico, algo molesto pues aunque no le apetecía mucho verle rondando por allí, apareciendo

y desapareciendo cuando le venía en gana; se aguantó, ya que era el primer *filmico* que aparecía en el laboratorio X-F, uno de los que se habían ido levantando en cientos de asteroides. En fin, a eso había venido: a estudiarles; para eso le habían contratado.

Marlon y Mary hicieron caso omiso de su comentario. Mary, sonrió, miró al hombre, se ruborizó, ¡demonios, siempre se ruborizaba cuando le miraba!

Él entró lento y decidido, pantalones ajustados estilo años 50 terrestres, una camiseta blanca sin mangas; sonrió luciendo músculo. Era guapo, algo rudo, nariz aguileña, mirada interesante.

—Sí, explíquenme eso de las alucinaciones. Siempre me han gustado las maestras. Siempre quiero aprender.

Peter suspiró.

—¿Mary? —preguntó.

Ésta asintió y siguió.

—Verás Marlon, ya sabes, yo era científica...

—Ya, —dijo el hombre, tomando una silla y sentándose de cara al respaldo.

Estas cosas le ponían malo a Peter, pero tomó su computadora y fue tomando notas.

—Ocurrió en el norte de África, en Tierra.

—¿Y?

—Filmaban una película al estilo antiguo de allá. Ya sabes: directores, cámaras, actores... celulosa...

—Oh, sí —se sonrió burlón Marlon—. Algo he oído. ¿Filman, no?

—Eso es —siguió Mary—, ya francamente ruborizada. En la película salía una carrera en la que competían jinetes sobre hermosos caballos. De pronto se dio un CCI, un cambio climático imprevisto.

—Normal.

—No, hombre, en Tierra no se dan. ¿Con olor a arce y a resina en medio del desierto? Era la primera vez que pasaba. Alguien dijo que la causa fue la celulosa... por lo que fuera, todo cambió.

—¿Qué ocurrió?

—Los caballos piafaron, huyendo al galope, los actores intentaban alejarse del tumulto y, entre el polvo de la arena, aparecieron dos hombres conversando tranquilamente. Todos los vimos: uno de cabellos oscuros, el otro de cabellos más claros, ambos fuertes, con aspecto de soldados romanos; tipos entrenados del siglo I de la Tierra.

—¿Y qué hicieron? —preguntó interesado el hombre joven llamado Marlon.

—Pues de momento seguían hablando amistosamente, pero el director que estaba en un estado de desesperación rayano en la tontería, gritó: *¡Por todos los dioses, no huyan. ¡Hagan la carrera! ¡Interpreten! ¡Acción!*

Peter suspiró sin dejar de trastear en su ordenador.

—Ahora viene lo de los carros —comentó.

—No, Peter —siguió Mary—. Ahora viene lo de las cuadrigas. Se oían risas estentóreas y, de pronto, de entre las nubes naranjas que apenas nos dejaban respirar, aparecieron dos hombres, maravillosos, resplandecientes, conduciendo unas magníficas cuadrigas romanas, tiradas por caballos negros una, por blancos la otra. Corrían, se desafiaban, reían, y daban vueltas a una pista imaginaria, porque lo que es verla, no la veíamos, desde luego. Todo era blanco, níveo, dorado, y rojo sobre los caballos negros. Dieron tres vueltas impresionantes.

—Ya, —comentó Marlon—. Y eso, ¿qué? Era su vida. Podían hacer lo que quisieran...

—Oh, Marlon —suspiró Mary—, tú lo ves así de fácil porque eres un *filmico*...

—¿Qué soy qué? —contestó amenazador. Su mandíbula se cuadró, su mirada se endureció.

—No, no quería decir eso —añadió ella precipitadamente—, como hablaba de filmes...

El hombre la miró, se encogió de hombros. Asintió condescendiente.

—No importa, sigue *baby*.

A Peter, aquel *filmico* le ponía de los nervios pero amablemente se dirigió a Mary:

—Si deseas terminar tu interesante cuento...

—Acaba así —prosiguió la joven excientífica—. Todos contemplábamos la magnífica carrera hasta que bajó el sonido, la acción terminó y, de pronto, ya no estaban. No existían. Dejé la ciencia.

—Mal hecho —gruñó Peter.

—No, ahora escribo leyendas sobre seres galácticos. Soy ficciónxenóloga. Y aquí estoy.

Marlon la miró inquisitivo.

—¿Y no sabes bien, si lo que viste fue ficción o realidad?

Su voz era ronca, grave, dulce, la mira con interés, casi con cierta ternura de macho protector.

—Eso es.

—¡Marlon! —protestó Peter—, son secuencias de una película de los 50, Ben Hur. La ternura desapareció de los ojos de Marlon. Miró al científico, amenazador.

—¿Tú estabas allí? —preguntó.

—No, yo no.

—Entonces, no sabes. Ella sí. Esta deliciosa mujer sabe perfectamente lo que vio y si deja vuestra ciencia es porque vosotros no la entendéis. Para que te quede claro: no entendéis ni la ciencia ni a Mary. A pesar de eso, ella sigue escribiendo.

Miró con curiosidad a la joven y le preguntó:

—¿Verdad, Mary?

—Sí. Sigo escribiendo pero ahora sobre ciencia y ficción.

—Eso es amiguito —continuó el *filmico*, dirigiéndose severamente a Peter—. Ahí está el truco. Ella sabe. Ella es la que sabe.

Luego se levantó lentamente, apartó la silla, extendió la mano y rozó los dedos que la joven apoyaba en su regazo. En silencio se miraron. Él aún rozaba brevemente un rizo de la científica; se estiró como un gato, musculoso y provocador.

—Me voy a estirar las piernas —dijo. Y se dio media vuelta sonriente—. Bye, friends.

Los dos científicos estaban paralizados.

—Normalmente no tocan a la gente —comentó Peter, cuando el hombre desapareció—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Pues anota, recoge el dato, apunta —apresuró ella—, a la que el arrobamiento no le había quitado lo científico.

Tres secuencias más allá, en la punta, noreste o sureste, según la posición estelar, Marlon se encuentra con un hombre delgado vestido con una gabardina de los años 40 de Tierra. Su mirada surge melancólica bajo el ala del sombrero.

—Hola Stanley.

—Hola Rick.

—¿Un cigarro?

—No, gracias. ¿Sabes que estos me llaman Marlon?

Los dos ríen entre dientes. Uno mueve la cabeza, el otro se encoge de hombros. Se sientan cómodos, relajados, en una roca que sobresale ondulante sobre el suelo plateado del meteorito.

—¿Qué traes? —pregunta Rick.

—Rastros del ADN de los *Sólidos*. Aquí en mis dedos. He tocado a una *Sólida*.

—Fiuuu —silba Rick—. Eso es magnífico. Hace falta valor para tocarles. Aquí traigo celulosa.

Saca del bolsillo de su gabardina una larga tira transparente y Stanley pasa su dedo sobre ella. Luego introducen la tira grabada en un lápiz translúcido que reverbera.

—Lo guardaré en el Archivo de Casablanca.

Los dos se miran satisfechos, asienten.

—Bien —dice Stanley—; no es tan complejo estudiar a los *Sólidos*.

Rick suspira.

—Nos imitan —afirma sentencioso.

—Sí —contesta Stanley, encogiéndose de hombros—. Pero es muy gracioso. Ellos creen que es al revés.

© Blanca Mart

BLANCA MART publica en España y México. Su obra comprende novela contemporánea (*La Nímedad*), biografías para niños, poemas (*Avatares*), novelas policíacas, de ciencia-ficción y fantasía y, cómo no, cuentos y artículos. Sus últimas publicaciones son *A la sombra de Mercurio* (ciencia-ficción), *El Espacio Aural* (ciencia ficción), universo al que pertenece este cuento y dónde nacieron los filmicos, *A la sombra del Linaje* (Fantasía), *Dorian Eternity* (vampiros). Blanca tiene su propia página en Amazon: <http://www.amazon.com/Blanca-Martinez/e/B00CC9XLTY/>

POESÍAS

UNA RAZA PARA CONQUISTAR LAS ESTRELLAS

por Raúl Alejandro López Nevado

¿Cuál será nuestro destino en el Universo? Raúl Alejandro se pregunta esto mismo y nos deja con una duda: alcanzaremos su conquista o ya hemos perdido la oportunidad.

¿Y si pasó ya el momento
en que pudimos ser una raza
que conquistara las estrellas?

Tal vez seamos tan sólo
una senda cerrada,
curiosidades en un libro de evolución

del mañana,

una oportunidad que llegó
demasiado tarde o pronto,
para extinguirse tan sólo,
olvidada por todos,
perdida en su solitaria casa
de aire, tierra, fuego y agua,
alejada para siempre

del éter misterioso

que la aguardaba
del otro lado,

Si hubiera...
si hubiéramos
sabido encontrarlo
y hacerlo nuestro,
y arrebatárselo al cielo,
arrancárselo de las entrañas

para comerlo,
para devorarlo,
para convertirlo en el combustible

capaz de propulsarnos
más allá de nuestros anhelos,
para conquistar un Universo

que aguarda imperturbable e impasible
mientras cierne sobre nuestras cabezas
las feroces lenguas de fuego del tiempo
para acallarnos,
para achicarnos,
para gritarnos a la cara
el fracaso de nuestras esperanzas.

Sí, tal vez pasó ya el momento,
en que pudimos conquistar las estrellas,
nuestro momento, sí;
pero no el de toda nuestra raza,
pues mientras nosotros nos vamos,
despacito, sin ruido apenas,
sin alterar la inmutable rueda
del Universo,
otros llegan llenos de esperanza,
y miran a las estrellas,
alzando sus manitas
con mirada confiada.

© Raúl Alejandro López Nevado

Raúl A. López Nevado es el autor de las novelas: Antes del Primer Día, editada por Espiral CF, y La Biblia del Chisme, publicada y disponible para su descarga en la Biblioteca de El Sitio de Ciencia-Ficción. Ha publicado relatos y poemas en Alfa Eridiani, Axxón, Revista Digital mi-Natura y Planetas Prohibidos entre otras publicaciones. Se pueden seguir todas sus novedades en su blog: ¿Sueña Alonso Quijano con Cervantes eléctricos?

ARTÍCULOS

PELÍCULAS IMPRESCINDIBLES DEL CINE DISTÓPICO DE CIENCIA-FICCIÓN (III)

por José Ramón Vila (Txerra)

Esta tercera parte concluye, de momento, la serie de tres entregas que José Ramón Vila (Txerra) ha escrito sobre las películas distópicas que a su juicio son imprescindibles de ver. Volveremos a realizarnos las mismas preguntas, pero también habrá otras nuevas como: ¿vivimos en un mundo virtual o real?, ¿a dónde nos conducen los avances científicos y tecnológicos y a quién benefician? ¿la tecnología nos da exactamente lo que queremos? También observaremos la gran evolución en la industria del cine gracias a los efectos digitales mediante CGI, imagen generada por computadora.

The Matrix

Ficha técnica y artística:

Dirección: Andy Wachowski y Larry Wachowski

Año: 1999

Producción: Joel Silver

Guión: Andy Wachowski y Larry Wachowski

Música: Don Davis

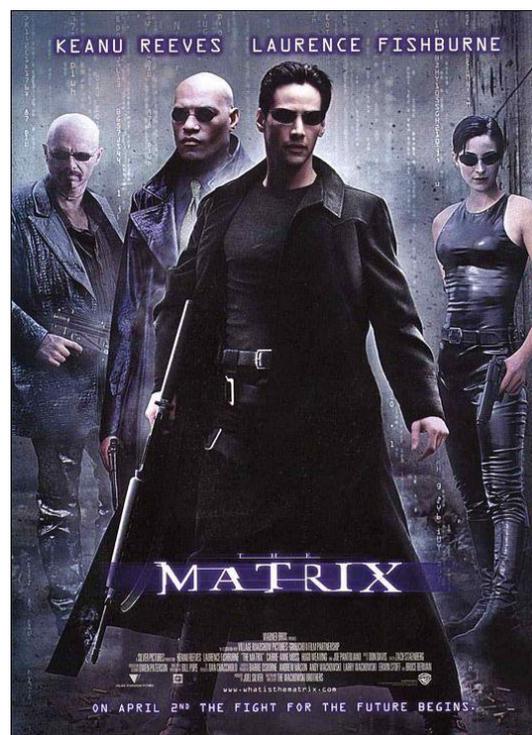
Fotografía: Bill Pope

Efectos especiales: John Gaeta

Reparto: Keanu Reeves (Thomas Anderson /Neo), Laurence Fishburne (Morfeo), Carrie-Anne Moss (Trinity), Hugo Weaving (Agente Smith), Joe Pantoliano (Cifra/Sr. Reagan), Gloria Foster (Oráculo) , Marcus Chong (Tanque), Julian Arahanga (Apoc), Matt Doran (Ratón), Ray Anthony Parker (Dozer), Belinda McClory (Interruptor)

País: Australia, Estados Unidos

Compañía Productora: Warner Bros. Pictures



Espectacular distopía de Ciencia-Ficción a modo de fábula *ciberpunk* y que mezcla diversas temáticas como la mitología, la religión y las artes marciales.

Se trata de un complejo argumento de los hermanos **Wachowski**, quienes han

creado un universo futurista con numerosas referencias mitológicas y religiosas. Así tenemos que el personaje *Morpheo* es el dios de los sueños en la mitología griega; *Neo* es el *Mesías* que se sacrificará para salvar a la humanidad; *Trinity* sería la analogía de La Santísima Trinidad; o *Cifra*, que representa a *Judas*, quien traiciona al salvador por un cantidad de dinero, salvo que en este caso no será dinero sino *privilegios*.

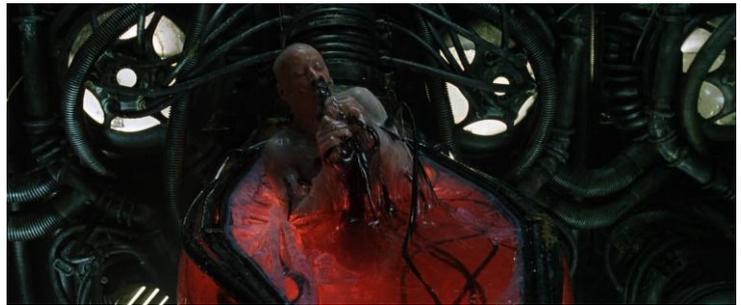
Despierta, Neo. Matrix te posee. Sigue al conejo blanco. Toc-toc, Neo.

Nos encontramos en un futuro cercano, un experto programador pirata, *Thomas Anderson* (**Keanu Reeves**), encuentra misteriosos códigos en la red. Intentando decodificarlos, recibe una misteriosa llamada que le advierte de que su vida corre serio peligro...

Puesto momentáneamente a salvo, *Thomas Anderson* es guiado ante la presencia del enigmático *Morpheo* (**Laurence Fishburne**), el líder del grupo. *Morpheo* entonces le cuenta una historia alucinante: que en el mundo existen dos realidades. Una es la vida que vivimos cada día, la otra es la realidad que se encuentra detrás de ella. La primera es un sueño, una realidad virtual. En la otra está *The Matrix*.

¿Has tenido alguna vez un sueño del que estuvieras muy seguro de que era real?

Thomas Anderson descubrirá que en la otra realidad resulta ser *Neo*, *El Elegido*, un avatar destinado a liderar el grupo de resistentes para salvar a la humanidad de la dictadura virtual creada por las máquinas. Porque La realidad es que los seres humanos hace tiempo



que destruimos nuestro planeta, donde ya no llega la luz del sol. Las máquinas doblegaron a la Humanidad y desde entonces esa Cyber-inteligencia llamada *The Matrix* nos mantiene sumisos en una ilusión suspendida, mientras nos utiliza como combustible; las personas ya no nacen, se las *cultiva* como una mera fuente de energía con la que proporcionar combustible a *The Matrix* en su campaña de dominio sobre el mundo real.



Neo, con la ayuda de *Morpheo*, *Trinity* (**Carrie-Anne Moss**) y el resto del grupo pronto aprenderá a manejarse dentro del universo de *The Matrix*. Descubrirá que si te descargas el programa adecuado en pocos minutos puedes aprender a pilotar un helicóptero o a domi-

nar las técnicas del *kung-fu*. Más aún, liberando la mente puedes desafiar las leyes de la física y moverte más rápido que las balas...

Battle Royale

Ficha técnica y artística:

Dirección: Kinji Fukasaku

Año: 2000

Producción: Akio Kamatani, Tetsu Kayama, Masumi Okada, Masao Sato

Guión: Kenta Fukasaku; basado en la novela de Koshun Takami

Música: Masamichi Amano

Fotografía: Katsumi Yanagijima

Efectos especiales:

Reparto: Tatsuya Fujiwara (Shuya Nanahara), Aki Maeda (Noriko Nakagawa), Taro Yamamoto (Shougo Kawada), Masanobu Ando (Kazou Kiri-yama), Kou Shibasaki (Mitsuko Souma), Chiaki Kuriyama (Chigusa Takako), Takeshi Beat

País: Japón

Compañía Productora: Toei



¿A qué estarías dispuesto para seguir viviendo?

En un futuro cercano, *Japón* se ha convertido en un estado policial conocido como la *Mayor República del Asia Oriental*. Es el amanecer de un nuevo milenio y el país se encuentra al borde del colapso: el desempleo alcanza ya el 15% y millones de personas sin trabajo vagan por las calles. La cooperación y las relaciones sociales carecen de importancia, lo que prima es una feroz competitividad individual.

La violencia en la escuela está totalmente descontrolada, los adolescentes actúan con rebeldía agrediendo con impunidad a los profesores y protagonizan boicots masivos.



Es el típico grupo de muchachos que flirtea, se molestan entre sí y bromean mientras el autocar circula por la autopista.

El gobierno no se queda impasible ante tal comportamiento que pone en solfa su autoridad e instaura la Ley de Reforma Educativa del Milenio, la *Battle Royale*. Cada año, una clase es escogida al azar, para que se enfrente, en una isla abandonada, a un cruel juego de supervivencia.

Y aquí tenemos a un escandaloso grupo de adolescentes de una clase de secundaria que se encuentran de viaje

Nanahara Shuya (**Tatsuya Fujiwara**), su amiga Noriko Nakagawa (**Aki Maeda**) y el resto del grupo comparten, por el camino, un *inocente* paquete de galletas. Al despertar de un sueño provocado por algún tipo de droga, descubren que todos han sido secuestrados. El azar los ha elegido para participar este año en *Battle Royale*.



El propósito del juego es muy simple, sólo uno de los elegidos puede salir de la isla, los demás deben de morir. Para lograr sus objetivos deben tener en cuenta las estrictas reglas del juego: a cada uno de los elegidos se les colocará un collar para su monitoreo; ni que decir tiene que si intentan quitarse el collar éste explotará. El

juego sólo dura tres días y a cada uno se le asignará un kit de supervivencia con provisiones, agua y... un arma.

Por tanto, las cosas están meridianamente claras: los cuarenta y dos estudiantes abandonados a su suerte en la isla, se encuentran en la tesitura de matarse entre ellos mismos con el único propósito de salir con vida de la isla. Si al terminar el tercer día sobrevive más de un jugador, o no se cumplen las reglas, todos morirán. No hay escapatoria posible.

La historia se centra en algunos de estos grupos de elegidos y como llevan a cabo el juego. Como es lógico, cada personaje tendrá reacciones y aptitudes diferentes: unos se involucran por completo entrando en el juego de matar o ser matados, otros generan alianzas para escapar de allí con vida, algunos se suicidan antes que tener que competir con sus compañeros... y hay quien se aferra a la frágil esperanza de salir de la isla de alguna otra forma. Sin embargo, resulta sorprendente que muchas de las muertes se producen más por el miedo, la desconfianza o por fatídicos malentendidos que por el ensañamiento o el puro egoísmo.

Uno de estos grupos, el formado por Shuya y Noriko intentarán urdir un plan para desbaratar el experimento gubernamental, con la pretensión de encontrar la manera de sobrevivir con sus amigos.



Avalon

Ficha técnica y artística:

Dirección: Mamoru Oshii

Año: 2001

Producción: Atsushi Kubo

Guión: Kazunori Itô

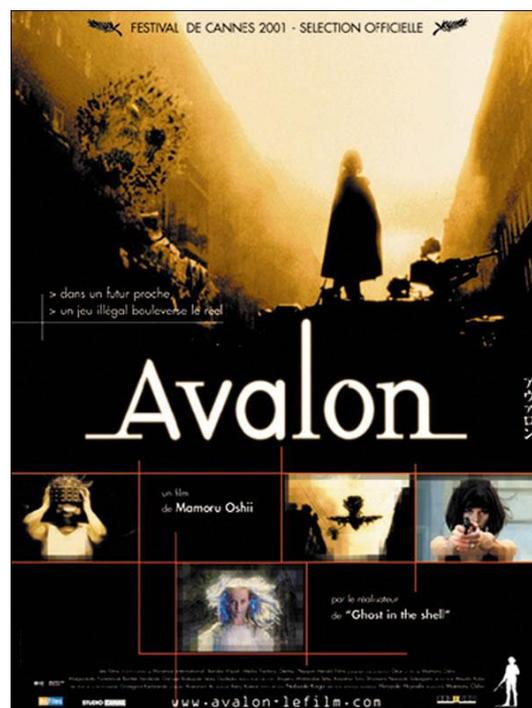
Música: Kenji Kawai

Fotografía: Grzegorz Kedzierski

Reparto: Malgorzata Foremniak (Ash), Wladyslaw Kowalski (Game Master), Jerzy Gudejko (Murphy), Dariusz Biskupski (Bishop), Bartek Swiderski (Stunner), Katarzyna Bargielowska (Recepcionista)

País: Japón, Polonia

Compañía Productora: Bandai Visual Co. Ltd. / Media Factory Inc. / Dentsu Inc. / Nippon Herald Films



La película arranca con el siguiente texto: *En un futuro cercano, algunos jóvenes se enfrentan a la desilusión de la realidad, buscando sus propias ilusiones, en un juego bélico ilegal de realidad virtual. Las muertes simuladas y las sensaciones que produce, son compulsivas y adictivas. Algunos jugadores, que trabajan en equipos llamados parties, se ganan la vida jugando.*

El juego tiene sus peligros. A veces puede dejar a un jugador mentalmente muerto, precisando atención médica constante. Estas víctimas se conocen como «Unreturned».

El juego se llama como la legendaria isla, donde las almas de los héroes fallecidos encuentran su descanso: Avalon.

La primera película no-anime del legendario **Mamoru Oshii** (*Ghost in the Shell*) nos ofrece un futuro no muy lejano, muy dentro de la órbita del *ciberpunk*, en el que un juego virtual ilegal llamado *Avalon* es el preferido de los jóvenes. Los mejores jugadores, entre los que se encuentra la enigmática **Ash** (**Malgorzata Foremniak**), se ganan la vida con el juego, acumulando dinero por sus triunfos y luego reinvirtiéndolo en armamento virtual, para continuar jugando.



Ash era miembro del legendario y casi invencible *partie* llamado *Wizard*, pero hace un tiempo que el grupo se disolvió. Vive sola con su perro salchicha, en un pequeño estudio que parece que se va a caer a pedazos, sin apenas mobiliario, y libros amontonados por todas partes. En una mesa tiene un ordenador donde consulta la

base de datos de *Avalon*.

El juego crea adicción hasta tal grado que algunos jugadores caen en estado vegetativo cuando sus mentes quedan literalmente *atrapadas* dentro de *Avalon*, sobre todo cuando intentan terminar el legendario nivel *Especial A*, el cual, supuestamente, da paso a un nivel oculto que nadie conoce. Esta alarmante situación es la causa de que las autoridades declaren el juego ilegal.

Pero *Ash* tiene en mente un objetivo: conseguir la suficiente experiencia como para poder acceder a ese nivel oculto del juego y así tratar de liberar la mente de su amigo, *Murphy (Jerzy Gudejko)*, un ex-compañero de batalla del *partie Wizard*, que quedó en estado vegetativo.

Ash aún no sabe que internarse en los secretos de *Avalon*, y más aún en el oculto nivel *Especial A* podría ser mucho más real de lo que ella espera...



A.I.: Inteligencia Artificial (A. I.: Artificial Intelligence)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Steven Spielberg

Año: 2001

Producción: Kathleen Kennedy, Steven Spielberg y Bonnie Curtis

Guión: Steven Spielberg; basado en una historia de Ian Watson a partir del relato de Brian Aldiss *Supertoys last all summer long*

Música: John Williams

Fotografía: Janusz Kaminski

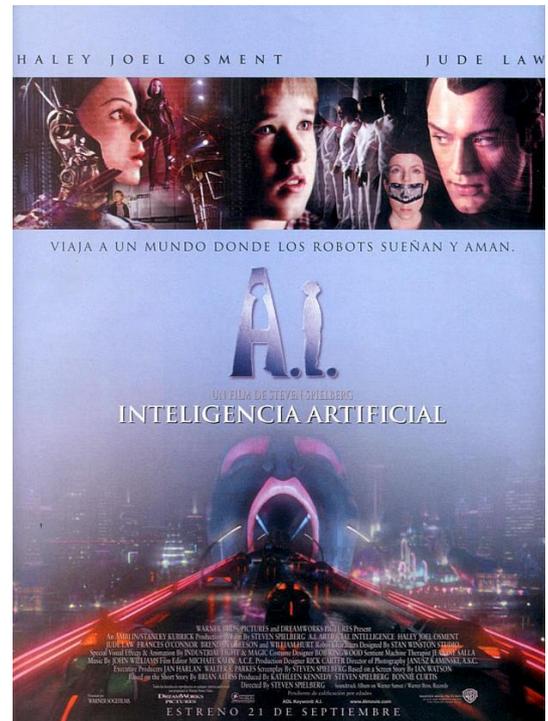
Efectos especiales: Dennis Muren, Scott Farrar, Michael Lantieri

Reparto: Haley Joel Osment (David Swinton), Jude Law (Gigolo Joe), Frances O'Connor (Monica Swinton), Sam Robards (Henry Swinton), Jake Thomas (Martin Swinton), Brendan Gleeson (Lord Johnson-Johnson), William Hurt (profesor Hobby), Jack Angel (voz original Teddy), Ben Kingsley (voz original narrador), Robin Williams (voz original Dr. Know)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Warner Bros. Pictures & Dreamworks Pictures

David tiene 11 años, pesa 60 libras y mide 4 pies y 6 pulgadas, tiene el pelo castaño, su amor es real, pero él no lo es. Así reza una de las frases promocionales de *A.*



I.: Inteligencia Artificial.

Inspirada en la novela corta *Super-Toys Last All Summer Long* (1969), de **Brian W. Aldiss**, *A. I.: Inteligencia Artificial* fue un proyecto que quiso llevar a cabo durante muchos años **Stanley Kubrick**, y del que tras su muerte se encargó **Steven Spielberg**. Se trata de una película a la que se le pueden aplicar calificativos como sofisticada, adulta, inteligente, reflexiva, filosófica...

En un mundo futuro, los seres humanos conviven con sofisticados robots denominados *Mecas* (de mecánico, en contraposición a orgánico). Es una época en la que los recursos naturales son muy limitados, sin embargo la tecnología está avanzando a un ritmo vertiginoso. Así tenemos que los alimentos están creados por ingeniería y hay un robot para todas las necesidades, excepto para dar y recibir amor.



La emoción, junto a los sentimientos, es la última frontera entre hombres y máquinas, la última escala en la evolución de los robots. El profesor *Hobby* (**William Hurt**), científico de la empresa *Cybertronics Manufacturing*, cree haber logrado integrar sentimientos humanos en un robot. Se trata de *David* (**Haley Joel Osment**), el primer niño robótico programado para amar.

Casualmente, el hijo de *Henry Swinton* (**Sam Robards**), informático de la compañía, se debate entre la vida y la muerte; tiene una enfermedad terminal y ha dado la conformidad para que sea congelado criogénicamente hasta que se pueda encontrar una cura. El profesor *Hobby* ve aquí la oportunidad de ofrecer en *adopción* a su reciente creación y le propone a *Henry*, una oportunidad única: convivir en familia con un niño-robot de facciones físicas exactas a las de su hijo.

Mónica Swinton (**Frances O'Connor**), en un principio, se escandaliza por la macabra idea de que una *cosa mecánica* pueda sustituir a su querido hijo *Martin* (**Jake Thomas**), pero ese meca tiene algo especial, la capacidad de tener un amor incondicional hacia sus padres (en particular hacia su madre) que hace que *Mónica* poco a poco lo vaya aceptando, iniciando el proceso de adaptación en familia...

Mónica y *Henry* integran a *David* en su vida familiar aceptándole como su hijo, con todo el amor y la responsabilidad que todo esto conlleva.

Pero inesperadamente *Martin*, el hijo biológico de los *Swinton*, se recupera y vuelve a casa, lo que crea situaciones insostenibles para la familia, que provocarán que *David* no pueda adaptarse a su nueva vida. La situación llega al punto que un día, *Henry* y *Mónica* deciden que deben deshacerse de *David*, devolviéndolo a *Cybertronics* para que sea destruido. Pero *Mónica* será incapaz de tal cosa y lo dejará abandonado en un bosque...



Rechazado por los humanos, *David* queda abandonado a su suerte en compañía de *Teddy*, su oso robótico de peluche. Juntos emprenderán un difícil viaje para averiguar adónde pertenece realmente, descubriendo un mundo en el que para los humanos, los robots inteligentes como él y las máquinas comunes y corrientes tienen el mismo valor, es decir: ninguno.

Es a partir de aquí cuando la película se convierte en una versión moderna de *Pinocho*, el conocido cuento de **Carlo Collodi**. Así, podemos identificar personajes del filme con los de la conocida fábula, como por ejemplo su creador el profesor *Hobby*, que sería *Gepetto*, el osito *Teddy* haría las veces de *Pepito Grillo*... y cuando *David* comienza su particular peregrinaje, va en busca del *Hada Azul* (el hada que convertía al bueno de *Pinocho* en un niño de verdad) para que le convierta en un niño de carne y hueso.

En su camino conocerá a otros personajes como *Gigolo Joe* (**Jude Law**), un robot diseñado para dar placer a las mujeres, que le ayudarán a *David* en las situaciones más comprometidas, como la de *La Feria de la Carne*, una especie de circo donde se destrozaban por divertimento a los *meca* abandonados.

Minority Report

Ficha técnica y artística:

Dirección: Steven Spielberg

Año: 2002

Producción: Jan De Bont, Bonnie Curtis, Gerald R. Molen, Walter F. Parkes

Guión: Scott Frank y Jon Cohen; basado en el relato corto de Philip K. Dick

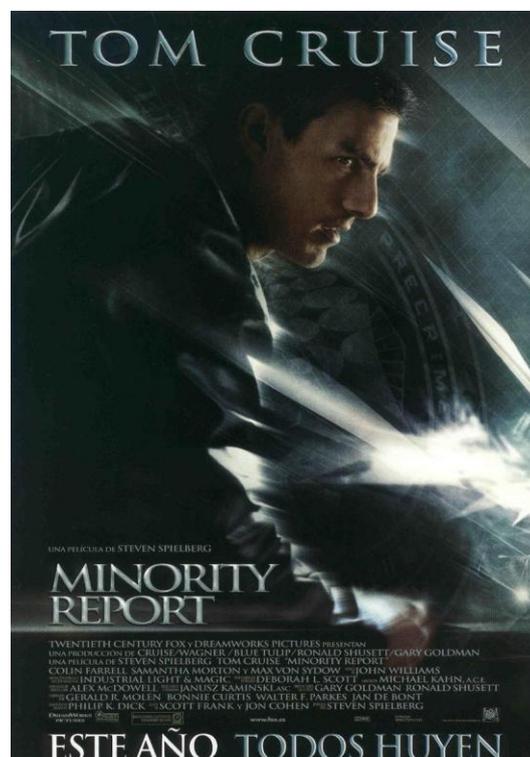
Música: John Williams

Fotografía: Janusz Kaminski

Efectos especiales: Industrial Light & Magic, dirigido por Scott Farrar

Reparto: Tom Cruise (Detective John Anderton), Colin Farrel (Danny Witwer), Max von Sydow (Director Lamar Burgess), Samantha Morton (Agatha), Steve Harris (Jad), Neal McDonough (Oficial Gordon «Fletch» Fletcher), Patrick Kilpatrick (Oficial Jeff Knott), Jessica Capshaw (Evanna), Mike Binder (Leo Crow)

País: Estados Unidos



Compañía Productora: Amblin Entertainment & Cruise/Wagner Productions

En el año 2054 los avances tecnológicos ayudan a una sociedad mejor. Los recuerdos familiares se acumulan dentro de pequeños cristales en forma de hologramas 3-D; los transplantes de ojos son una operación casi trivial; el sistema de transporte se ha automatizado completamente; y lo más importante, el crimen ha sido erradicado en *Washington D.C.* ya que éste se puede predecir y los culpables son condenados antes de que cometan su delito.

Tres personas con ciertas capacidades precognitivas, los *PreCogs*, (seres con facultades psíquicas cuyas visiones sobre los crímenes nunca se han revelado fallidas), ayudan a la policía de la Unidad de *Pre-Crimen* a descubrir a los infractores antes de que puedan cometer su delito. Durante seis años *Washington D.C.* se ha visto libre de asesinatos, razón que avala sin tapujos la infalibilidad del sistema.

John Anderton (**Tom Cruise**) es el jefe de policía de la Unidad de *Pre-Crimen* perteneciente al Departamento de Justicia. Destrozado por una trágica pérdida, *Anderton*



ha volcado toda su pasión en un sistema que potencialmente podría evitar a miles de personas la tragedia por la que él ha pasado. Un día, en su rutinaria investigación sobre nuevas imágenes proporcionadas por los *PreCogs*,

descubre que en escasas treinta y seis horas él mismo acabará con la vida de una persona a la que no conoce.

Anderton es consciente como nadie de que no podrá defenderse en forma alguna frente a los cargos de *Pre-Crimen*, así que paradójicamente, el principal valedor del sistema, se convertirá desde ese mismo instante en prófugo. Ahora es el sospechoso número uno acosado por la misma unidad que él antes comandaba, al frente de la cual se sitúa su rival *Danny Witwer* (**Colin Farrell**).

John Anderton, en su desesperada huida intentará demostrar su inocencia y descubrir los sucesos que le arrastrarán hacia el inexorable homicidio. Pero ahora se planteará preguntas de las que antes ni siquiera



imaginaba: ¿Su presunto crimen es realmente inevitable? ¿Acaso los *PreCogs* podrían fallar en sus predicciones?

La respuesta sólo podrá encontrarla entre los *PreCogs*, unos seres extremadamente vulnerables, a los que para cumplir su misión se les mantiene en estado vegetativo, sumergidos en una cámara de suspensión líquida...

Pero no será fácil llegar hasta ellos. Ahora toda la tecnología de la que antes se servía, está en su contra. La ciudad le vigila a modo de Gran Hermano. *Anderton* es consciente de que debe permanecer fuera del alcance de los sistemas de control de la modernísima ciudad automatizada, donde cada paso que uno da queda grabado, cada coche que conduces está controlado por alguien más y tus propios ojos revelan al mundo quién eres, qué es lo que quieres y adónde vas.

Equilibrium

Ficha técnica y artística:

Dirección: Kurt Wimmer

Año: 2002

Producción: Jan de Bont, Lucas Foster

Guión: Kurt Wimmer

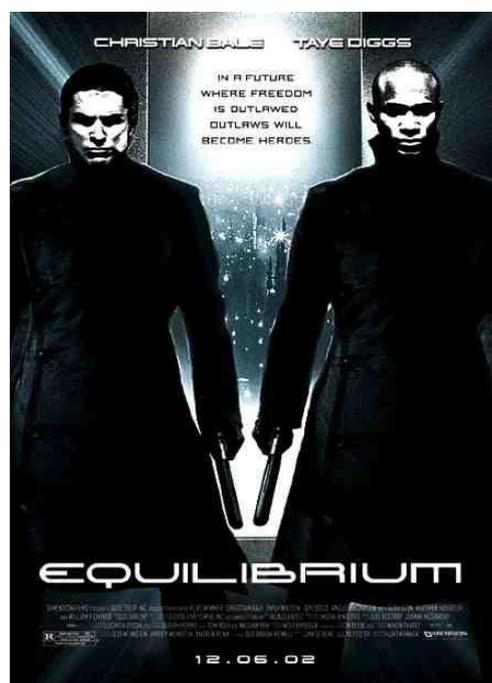
Música: Klaus Badelt

Fotografía: Dion Beebe

Reparto: Christian Bale (clérigo John Preston), Sean Bean (Errol Partridge), Emily Watson (Mary O'Brien), Taye Diggs (Andrew Brandt), Angus Macfadyen (Vice-Counsel DuPont), Sean Pertwee (El Padre), William Fichtner (Jurgen), Emily Siewert (Lisa Preston), Matthew Harbour (Robbie Preston), Alexa Summer y Maria Pia Calzone (Viviana Preston), Dominic Purcell (Seamus)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Blue Tulip, Dimension Films, Miramax Films



La historia se desarrolla en un *distópico* siglo XXI, después de una *Tercera Guerra Mundial* ocasionada por los pensamientos y sentimientos profundos de ciertos miembros de la sociedad; una vez es controlada la situación y en aras de asegurar la paz mundial, se obliga a las personas a consumir dosis de *Prozium*, una droga sintética que con-



trola todo tipo de emociones humanas.

Según los dictados del gobierno, sentir es un crimen, decretando que todo ciudadano de *Libria* que se niegue a tomar el *Prozium* será calificado como un *ofensor de sentidos* y castigado con la pena de muerte. No obstante existe un grupo revolucionario que transgrede la ley eligiendo mantener libres sus emociones; se niegan a tomar la droga con el objetivo preservar el arte y la música.



Con el fin de vigilar y detener a los *ofensores sensoriales* el gobierno, compuesto únicamente por un patriarca al que llaman *Padre*, y un consejo, ha designado una unidad conocida como el *Tetragrammaton*. La organización está compuesta por clérigos-policías, guerreros entrenados desde su niñez en un arte marcial que combina las armas de fuego, el combate

cuerpo a cuerpo y el kendō, para vigilar y contener a los individuos de *Libria*.

Al frente del *Tetragrammaton* se encuentra el clérigo *John Preston* (**Christian Bale**), un agente especial cuyo fin es perseguir a aquellos que quebrantan la ley conservando libros, cuadros, música o cualquier tipo de manifestación artística y por tanto fruto de los sentimientos. *Preston* es implacable con los infractores, hasta que un día se queda sin su dosis de *Prozium*. En ese momento empiezan a aflorar sentimientos que le hacen dudar del sistema del que forma parte y para el que ha estado trabajando desde niño.

Aunque aparentemente es una producción más de Ciencia-Ficción con un argumento no muy profundo, incluso podría decirse que superficial, *Equilibrium* porta un mensaje para el que quiera encontrarlo (mensaje, por otro lado, repetido hasta la saciedad en este tipo de películas): la libertad de expresión es una amenaza para los sistemas totalitarios; las dictaduras tanto de izquierda como de derecha temen que los ciudadanos piensen mucho o tengan un desmesurado acceso a la información porque esto interfiere en la capacidad de control de quienes ostentan el poder.

No es difícil caer en la tentación de ver *Equilibrium* y pensar que el control de pensamiento no puede existir en la realidad, pero de todos es conocido que gobiernos como *Estados Unidos* y la antigua *Unión Soviética* subvencionaron sendos proyectos sobre control mental, desde la versión psíquica a la psicotrópica.

Código 46 (Code 46)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Michael Winterbottom

Año: 2003

Producción: Andrew Eaton

Guión: Frank Cottrell Boyce

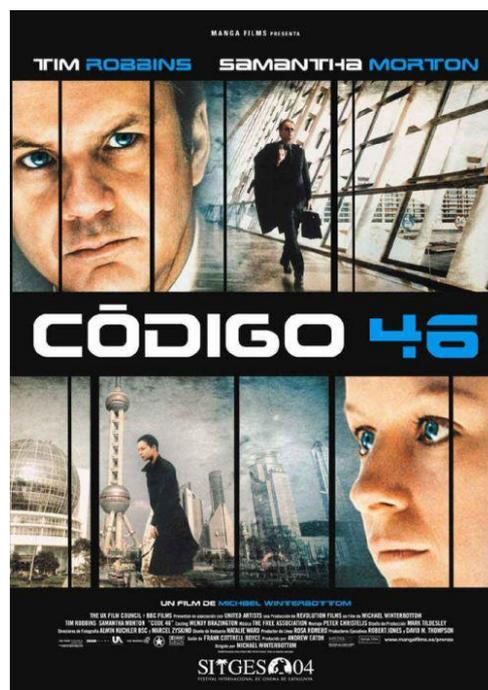
Música: David Holmes

Fotografía: Alwin H. Kuchler, Marcel Zyskind

Reparto: Samantha Morton (Maria), Tim Robbins (William), Jeanne Balibar (Sylvie), Om Puri (Backland), Archie Panjabi (Check In), Togo Igawa (Conductor)

País: Reino Unido

Compañía Productora: United Artists, Revolution Films, Revolution Films, BBC (British Broadcasting Corporation)



En un futuro próximo, la ciencia ha avanzado hacia límites insospechados: la clonación se ha convertido en algo habitual. Inyectándote un virus genéticamente modificado puedes aprender otro idioma, o puedes conocerlo todo sobre tu código genético en cinco minutos yendo a una tienda de la esquina. Las razas, culturas y lenguaje se han entremezclado de tal forma que ahora se puede decir que existe una

verdadera cultura globalizada.

Sin embargo no todo es de color de rosa pues el mundo, ahora más que nunca, se encuentra brutalmente dividido entre ricos y pobres. La luz solar se ha vuelto tan peligrosa que lo mejor es salir por la noche o usar una protección UV 400. Por si esto fuera poco, las atestadas ciudades están protegidas por puntos de control de alta seguridad, y mientras algunos ciudadanos gozan del privilegio de tener la documentación necesaria para entrar libremente en ellas, muchos otros deben quedarse fuera de las murallas, en áreas desérticas pobladas por gente que no posee la condición de ciudadano.

William Geld (**Tim Robbins**), es un hombre casado y padre de familia, que trabaja como detective de la *Agencia Pinkerton* en *Seattle*. La empresa le encomienda viajar a *Shangai* para investigar los papeles falsos que salen de la Agencia de Seguros *Sphinx*. Para ayudarlo en su misión, a *William* se le ha inoculado un *virus empático* que le permite detectar cuál de los empleados sospechosos mien-



te.

Durante el transcurso de sus investigaciones conocerá a *María* (**Samantha Morton**), una joven falsificadora de la cual recela inmediatamente. Pero tal vez a causa de su vacuna empática, *William* se enamora de *María*, su principal sospechosa, y tras pasar una noche con ella decide no denunciarla, dirigiendo las sospechas hacia otro empleado.

Sin embargo, al poco de volver a casa, uno de los clientes de *María* muere mientras utilizaba un documento falso, por lo que *William* tiene que volver a *Shangai*, donde se verá obligado a decidir entre su deber profesional y su vida familiar frente a su nuevo amor, todo en el escaso tiempo que dura su seguro de viaje: 24 horas.

I Robot

Ficha técnica y artística:

Dirección: Alex Proyas

Año: 2004

Producción: Laurence Mark, John Davis, Tompfer Dow y Wyck Godfrey

Guión: Jeff Vintar y Akiva Goldsman; basado en los relatos de Isaac Asimov

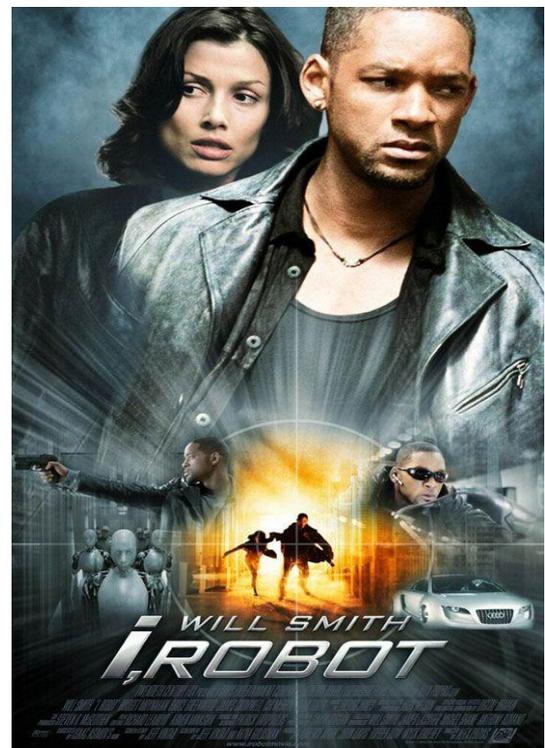
Música: Marco Beltrami

Fotografía: Simon Duggan

Efectos especiales: Digital Domain

Reperto: Will Smith (Detective Del Spooner), Bridget Moynahan (Dra. Susan Calvin), Bruce Greenwood (Lawrence Robertson), Chi McBride (Teniente John Bergin), Alan Tudyk (Sonny), James Cromwell (Dr. Alfred Lanning), Adrian Ricard (Granny), Jerry Wasserman (Baldez)

País: Estados Unidos



Nos encontramos en el *Chicago* del año 2035. Los robots están programados para vivir en perfecta armonía con los humanos y son parte de la vida cotidiana en la Tierra. Los robots poseen inteligencia artificial, por lo que son capaces de cocinar para nosotros, conducen nuestros aviones, cuidan de nuestros hijos y confiamos plenamente en ellos debido a que se rigen por las Tres Leyes de la Robótica que nos protegen de cualquier daño.

Inesperadamente un robot se ve implicado en el crimen de un eminente científico de la empresa *U. S. Robotic Corporation*. El detective *Del Spooner* (**Will Smith**), un policía rebelde y con especial aversión por los

robots, queda a cargo de la investigación. A las pesquisas se le unirán una eminente psicóloga de robots, la *Dra. Susan Calvin* (**Bridget Moynahan**) y un robot programado para tener sentimientos: *Sonny*; este peculiar trío se verá inmerso en una impactante carrera contra el tiempo, llena de desagradables imprevistos.

A medida que se acerca a la verdad, *Del Spooner* tendrá que luchar por su propia vida al descubrir que unos robots «inteligentes» intentan sabotear la investigación. El tiempo se acaba y ahora su único objetivo será evitar que se lleve a cabo un complot donde esos robots intentarán dominar a la raza humana.



Como era de prever del cineasta **Alex Proyas** (*El Cuervo*, *Dark City*), nos encontramos ante un espectáculo audio visual cuajado de efectos peciales puestos a su servicio. Sin embargo, y para desesperación de los seguidores de **Isaac Asimov** (entre los que me incluyo), ni **Proyas** ni **Spielberg** han logrado plasmar en sus películas los auténticos universos surgidos de la imaginación del gran Maestro.

Distrito 13 (Banlieue 13)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Pierre Morel

Año: 2004

Guión: Luc Besson y Bibi Naceri; basado en una idea original de Luc Besson

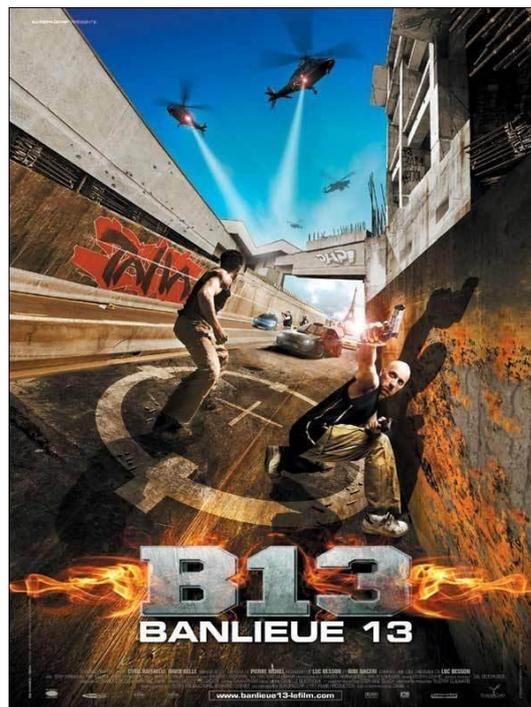
Música: Bastide Donny, Da Octopuss, Damien Roques

Fotografía: Manuel Teran

Reparto: Cyril Raffaelli (Damien), David Belle (Leïto), Tony D'Amario (K2), Bibi Naceri (Taha), Dany Verissimo (Lola), François Chatterger), Nicolas Woirion (Corsini), Patrick Olivier (Coronel), Samir Guesmi (Jamel), Gadner me (K2 Boy 1), Tarik Boucekhine (Yoyo)

País: Francia

Compañía Productora: Europa Corp. / TF1 Films Productions / Canal +



París, 2013. Un muro de aislamiento circunda los ghettos de las ciudades. No existen normas, no hay ley, ni derechos... Las bandas son los dueños absolutos; lo dominan todo. La vida vale tan poco que aquéllos que no mueren antes, sólo logran algo de tiempo mientras esperan su turno.



Damien (**Cyril Raffaelli**) es un rruptible oficial que pertenece a la Unidad Especial de Intervención, un cuerpo de élite de la policía. Experto en artes marciales, domina el arte de infiltrarse, y sabe llevar a cabo sus operaciones mediante acciones rápidas, precisas y, con todo, enérgicas.

Ahora el gobierno le encarga la misión más arriesgada de su carrera: La banda más peligrosa del *Distrito 13*, la del despiadado *Taha* (**Bibi Naceri**), ha robado un arma de destrucción masiva.

Damien deberá infiltrarse en el sector más peligroso de *París*, para desactivar la bomba. Para ello contará con la inestimable ayuda de un vecino, *Leito* (**David Belle**), que mantiene su guerra particular con los pandilleros desde que su hermana cayera en las garras de la banda de *Taha*. Por otro lado, *Leito* es el único que conoce el *Distrito 13* hasta en sus más recónditos rincones. Pero la historia no se limita a eso. ¿Quién trabaja para quién? ¿Dónde se ocultan quienes tiran de los hilos? y, por encima de todo, ¿quién se aprovecha realmente de esta bomba?

Serenity

Ficha técnica y artística:

Dirección: Joss Whedon

Año: 2005

Producción: Barry Mendel

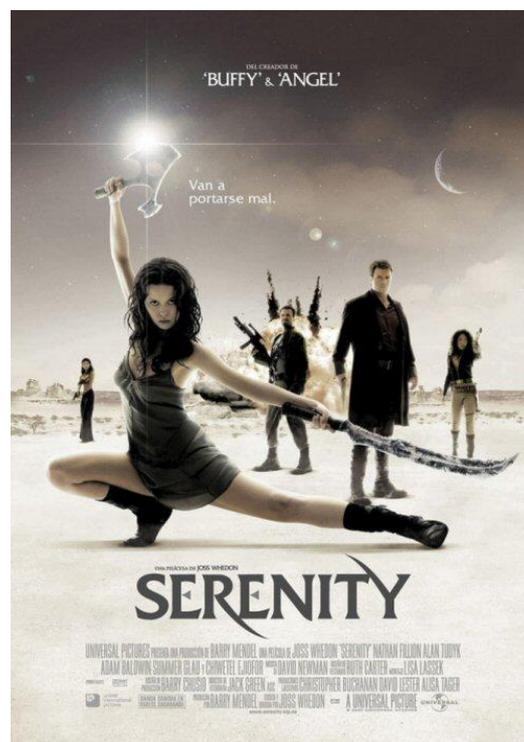
Guión: Joss Whedon; basado en su serie para televisión *Firefly*

Música: David Newman

Fotografía: Jack Green

Reperto: Nathan Fillion (*Mal Reynolds*), Gina Torres (*Zoe Alleyne*), Adam Baldwin (*Jayne Cobb*), Alan Tudyk (*Hoban Washburn «Wash»*), Jewel Staite (*Kaylee*), Morena Baccarin (*Inara*), Summer Glau (*River Tam*), Sean Maher (*Simon Tam*), Ron Glass (*Shepherd Book*), David Krumholtz (*Sr. Universo*), Chiwetel Ejiofor (*El Agente*)

País: Estados Unidos



El capitán *Malcolm Reynolds* (**Nathan Fillion**) es un soldado del bando de los perdedores de la *Guerra Civil Galáctica*, que consigue sobrevivir a base de pequeñas ilegalidades capitaneando la nave de transporte de pasajeros *Serenity*. Encabeza una pequeña tripulación de variopintos personajes, en realidad una panda de insubordinados y rebeldes, que sin embargo le son útiles en sus correrías galácticas y sobre todo, son leales.

Forma parte de la dotación *Zoe* (**Gina Torres**), mano derecha; *Wash* (**Alan Tudyk**), el piloto y marido de *Zoe*; el mercenario *Jayne* (**Adam Baldwin**) y la mecánica *Kaylee* (**Jewel Staite**).



Por si la vida del capitán *Malcolm Reynolds* no fuera ya lo bastante complicada, también se encuentran a bordo la preciosa cortesana *Inara* (**Morena Baccarin**), una mujer que le inspira y le saca de quicio a la vez y *Shepherd Book* (**Ron Glass**), un predicador que también saca a *Malcolm* de sus casillas.

Cuando *Malcolm* admite a bordo a dos nuevos pasajeros, el joven doctor *Simon* (**Sean Maher**) y su inestable hermana *River* (**Summer Glau**), la cual posee facultades telepáticas, pronto se da cuenta que va a tener más problemas de lo habitual, pues descubre que ambos son fugitivos de *La Alianza Universal*, coalición que gobierna la galaxia. *Simon* la ha rescatado de *La Alianza* sin saber que la han estado utilizando a ella y sus poderes, y que ahora porta peligrosos secretos tan profundamente escondidos en su interior que ni ella misma sabe lo que son. Evidentemente *La Alianza* no se detendrá hasta dar con la muchacha.

Ahora la supervivencia de la *Serenity* junto con todos sus ocupantes se ve amenazada por dos formidables enemigos: *La Alianza Universal*, el bando vencedor de la *Guerra Civil Galáctica* que aplica su idea del orden les guste o no a los habitantes de los planetas, y los *Reavers*, unos terribles caníbales, auténticos salvajes que vagan por los confines del espacio conocido sembrando el caos y la destrucción a su paso.



Sin embargo, y con todo esto, no tardarán en darse cuenta de que la mayor amenaza de todas tal vez se encuentre a bordo de la *Serenity*.

Æon Flux

Ficha técnica y artística:

Dirección: Karyn Kusama

Año: 2005

Producción: David Gale, Gregory Goodman, Gale Anne Hurd, Gary Lucchesi.

Guión: Phil Hay & Matt Manfredi

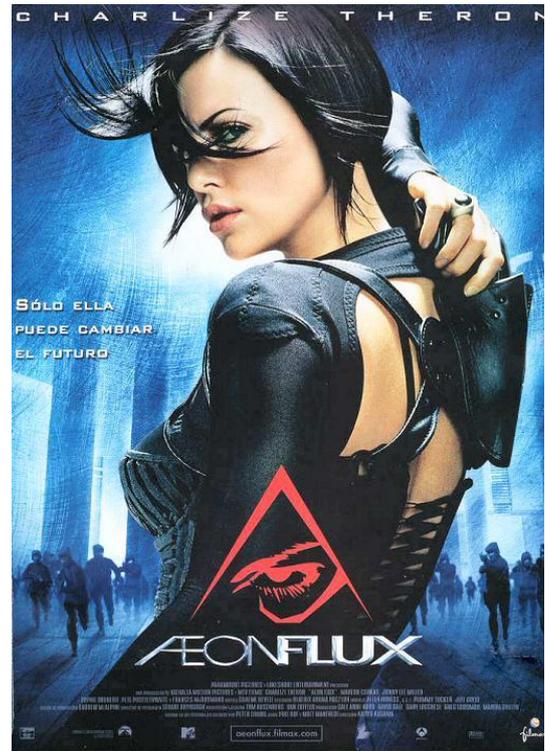
Música: Graeme Revell

Fotografía: Stuart Dryburgh

Reperto: Charlize Theron (Æon Flux), Marton Csokas (Trevor Goodchild), Jonny Lee Miller (Oren Goodchild), Sophie Okonedo (Sithandra), Ralph Herforth (Gardenar), Frances McDormand (Handler), Pete Postlethwaite (Keeper), Amelia Warner (Una Flux), Caroline Chikezie (Freya), Nikolai Kinski (Claudius), Paterson Joseph (Giroux), Yangzom Brauen (Inari)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: MTV Films, Lakeshore Entertainment



Æon Flux es una adaptación muy libre de la serie de dibujos animados para la televisión del mismo nombre, emitida en el show experimental de *MTV* llamado *Liquid Television*, y que fue creada por el animador coreano-norteamericano, **Peter Chung**.

En un futuro no muy lejano, año 2011, la humanidad se ha visto terriblemente diezmada por un terrible virus que ha eliminado al 99% de la población mundial.

Estamos en el año 2415. Han pasado más de 400 años de la catástrofe y la mayoría de los supervivientes habitan en una gran ciudad-estado, *Bregna*, que se encuentra aislada del exterior por un gran muro y está gobernada por una dinastía de científicos, los *Goodchild*, cuya autoridad ejercen con estricto control sobre los ciudadanos desde hace cuatro siglos.

La represión es tan brutal e insoportable para quienes osan cuestionar el régimen del goberna-



dor *Trevor Goodchild* (**Marton Csokas**), lo cual provoca el nacimiento de la resistencia para derribar el poder establecido.

Así surgen los monicanos, un grupo rebelde que procede del país *Monica*. Los monicanos, dirigidos por el *Controlador*, se comunican telepáticamente mediante el uso de pastillas. *Æon Flux* (**Charlize Theron**) es la más letal asesina de los monicanos. Cuando unos agentes del gobierno asesinaron a su familia, *Æon Flux* juró vengarse. Ahora, además de gran acróbata, es una experta asesina altamente entrenada. Los monicanos le asignan la misión de asesinar al tirano de *Bregna*, el regente *Dr. Trevor Goodchild*.

Pero durante la misión, *Æon Flux* descubre que está formando parte de una gran conspiración que la utiliza para dar un golpe de estado secreto. Este descubrimiento pone en tela de juicio el origen y el destino de todos en *Bregna*, y en particular, la conexión personal de *Æon* con el hombre al que debe asesinar. A partir de aquí comenzará a descubrir nuevas cosas sobre *Bregna* y sobre su propia identidad que le hará cuestionarse y replantearse absolutamente todo.

V de Vendetta (V for Vendetta)

Ficha técnica y artística:

Dirección: James McTeigue

Año: 2005

Producción: Joel Silver, Grant Hill, Andy Wachowski y Larry Wachowski

Guión: Andy Wachowski y Larry Wachowski; basado en la novela gráfica creada por Alan Moore y David Lloyd

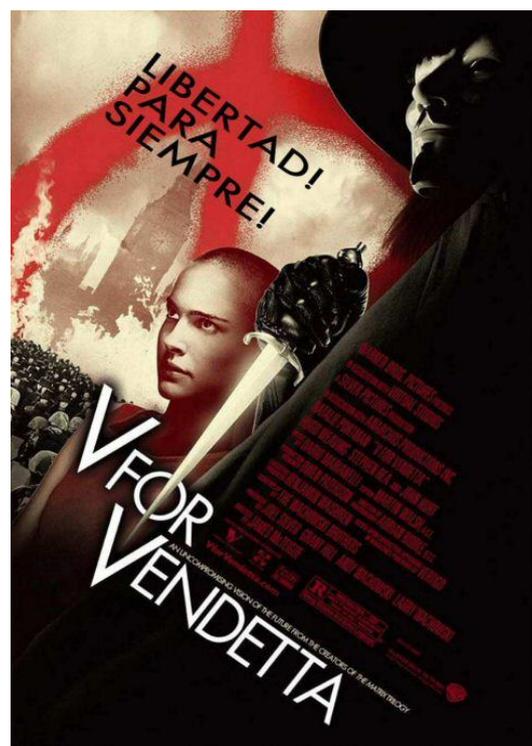
Música: Dario Marianelli

Fotografía: Adrian Biddle

Reparto: Natalie Portman (Evey), Hugo Weaving («V»), Stephen Rea (Finch), Stephen Fry (Deitrich), John Hurt (Adam Sutler), Tim Pigott-Smith (Creedy), Rupert Graves (Dominic), Roger Allam (Lewis Prothero), Ben Miles (Dascomb), Valerie Berry (Bane), Sinead Cusack (Delia Surridge), Nathasha Wightman (Valerie), John Standing (Lilliman)

País: Estados Unidos, Reino Unido y Alemania

Compañía Productora: Warner Bros. Pictures / Vertigo DC Comics / Silver Pictures



V de Vendetta nos muestra un *Londres* futurista y ucrónico, es decir, en una línea de tiempo alternativa, donde *Inglaterra* resulta ser un estado totalitario y ta. Y es que la *guerra fría*, aquí no sólo no ha terminado sino que continúa, aún si cabe, con mayor fuerza: toques de queda, canales de televisión oficiales controlados

por el gobierno, policía secreta, espionaje, desapariciones, represión...

La película nos narra la historia de *Evey* (**Natalie Portman**), una bella joven de la clase trabajadora que pese a que sus padres murieron por ser activistas ha optado por alejarse de las cuestiones políticas. Sin embargo, de forma involuntaria se ve envuelta en plena calle en un acto de sabotaje. Atrapada por la policía secreta, es rescatada de una situación de vida o



muerte por un misterioso enmascarado conocido como «V» (**Hugo Weaving**).

El rescate de *Evey* provoca que la chica se convierta en fugitiva, al ser señalada como una aliada del antihéroe. Esta situación creará una extraña cadena de amor-odio que desatará la verdadera naturaleza de la joven y desvelará los motivos y el origen de su enmascarado protector. Y es que bajo la sonriente máscara de *Guy Fawkes*, no se oculta un simple terrorista. El tal «V» resulta ser un hombre sumamente complejo, instruido, extravagante, tierno e intelectual, que dedica su vida a liberar a los ciudadanos de las garras de aquellos que les someten mediante el terror. Pero «V» es a su vez amargo, solitario y violento, y está obsesionado en una enconada venganza personal.

Y es que *Guy Fawkes* era mucho más que un símbolo para «V». *Fawkes* era un personaje revolucionario del siglo XVII que fallidamente intentó volar el parlamento inglés en la llamada «Conspiración de la Pólvora», un levantamiento contra la tiranía que el gobierno de Jacobo I ejercía contra los católicos. *Fawkes* y el resto de saboteadores fueron ahorcados, destripados y descuartizados, y su plan para derrocar el gobierno jamás llegó a perpetrarse. Desde entonces, el 5 de noviembre es conocido en la historia de *Inglaterra* como *El Día de Guy Fawkes* o *The Bonfire Night*.

Así tenemos que «V» se ha convertido en el nuevo *Guy Fawkes*, el vengador que liberará al pueblo de *Inglaterra* de la corrupción y la crueldad con que su gobierno lo está sometiendo. Retomando el espíritu de la rebelión fallida del 5 de noviembre de 1605, «V» promete consumarla detonando el Parlamento inglés dentro de exactamente un año: el 5 de noviembre.

Evey, por su parte, también descubre su propia verdad, y se convierte en su leal aliada para ejecutar el plan que pretende encender la llama de una revolución, devolver la libertad y la justicia a una sociedad asfixiada por la crueldad y la corrupción.

Evey, por su parte, también descubre su propia verdad, y se convierte en su leal aliada para ejecutar el plan que pretende encender la llama de una revolución, devolver la libertad y la justicia a una sociedad asfixiada por la crueldad y la corrupción.

A scanner darkly

Ficha técnica y artística:

Dirección: Richard Linklater

Año: 2006

Producción: Tommy Pallotta, Jonah Smith, Erwin Stoff, Palmer West

Guión: Richard Linklater de un relato de Philip K. Dick

Música: Graham Reynolds

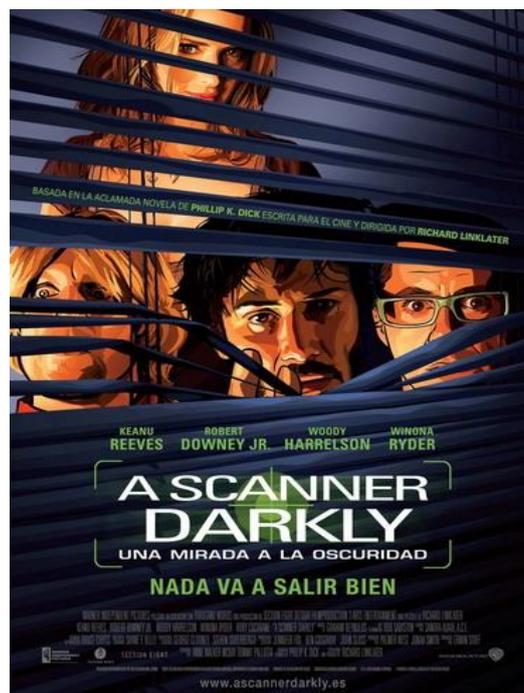
Fotografía: Shane F. Kelly

Efectos especiales:

Reparto: Keanu Reeves (Bob Arctor/Fred), Winona Ryder (Donna Hawthorne), Robert Downey Jr. (Jim Barris), Woody Harrelson (Ernie Luckman), Rory Cochrane (Charles Freck), Ellen Burstyn

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Warner Independent Pictures



Tenemos ante los ojos una distopía basada en un relato del genial **Philip K. Dick** (el reconocido autor de ficción del que muchas de sus obras han sido trasladadas a

la gran pantalla, como *Blade Runner*, *Total Recall*, *Paycheck* o *Minority Report*). La película, tal vez de corte autobiográfico, nos muestra un mundo complejo, plasmado con una técnica llamada *interpolated rotoscoping*, (en castellano rotoscopia), una técnica híbrida de animación, que consiste



en sustituir los fotogramas de imagen real por dibujos calcados sobre cada uno de ellos, dando a la animación un aspecto de naturalidad.

Estados Unidos, en un futuro próximo. En el *Condado de Orange*, en *California*, la batalla contra las drogas está perdida, el consumo de una sustancia llamada «D», una droga ultra-adictiva y que provoca trastornos de personalidad, está haciendo furor entre la población.

Un agente de Seguridad y Control de Drogas, *Bob Arctor/Fred* (**Keanu Reeves**),

recibe la orden de infiltrarse entre sus amigos *Jim Barris* (**Robert Downey Jr.**), *Ernie Luckman* (**Woody Harrelson**), *Donna Hawthorne* (**Winona Ryder**) y *Charles Freck* (**Rory Cochrane**), para espiarles... Pero él mismo, se verá envuelto en esa espiral, adentrándose en un viaje paranoico hacia el absurdo plagado de alucinaciones.



Y es que *Bob/Fred* es también un adicto: adicto al trabajo y adicto a las drogas, en un mundo en el que nada es lo que parece.

Una vez infiltrado, protegida su identidad gracias a su *traje codificador*, deambula a sus anchas entre la pequeña tribu de yonkis que son sus amigos.

Bob/Fred deberá cumplir su misión rodeado de una caterva de individuos corroídos por la paranoia y la desconfianza mutuas y envuelto en la vorágine de un absurdo calidoscopio de sensaciones, empezando por su propia vida de agente doble, las paranoias, la incertidumbre, amigos que encubren a quienes les observan, amigos que tratan de descubrir al encubierto, amigos que comparten las drogas, amigos *alucinantes* y *alucinados*, amigos azules, y rojos, y brillantes, con insectos recorriendo sus cuerpos, con flores...

En definitiva: un comportamiento psicótico amplificado a gran escala.

Hijos de los Hombres (Children of Men)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Alfonso Cuarón

Año: 2006

Producción: Marc Abraham, Eric Newman, Hilary Shor, Tony Smith e Iain Smith

Guión: Alfonso Cuarón, Timothy J. Sexton, David Arata, Mark Fergus y Hank Ostby; basado en la novela *Children of men* de **P.D. James**

Música: John Tavener

Fotografía: Emmanuel Lubezki

Reparto: Clive Owen (Theo), Julianne Moore (Julian), Michael Caine (Jasper), Chiwetel Ejiofor (Luke), Charlie Hunnam (Patric), Claire-Hope Ashitey (Kee)

País: Reino Unido y Estados Unidos

Compañía Productora: Strike Entertainment



Hijos de los Hombres, está basada en una novela de la famosa novelista británica **P.D. James**. Nos encontramos con otra distopía que nos propone un profundo exa-

men de conciencia sobre el modo de vida del ser humano y que pone en entredicho su propia subsistencia. Y es que el mundo ha sido arrasado por las guerras, el terrorismo nuclear, una contaminación descontrolada... y la esterilidad que afecta a toda la población mundial (no ha nacido nadie desde el año 2009).

Corre el año 2027 y el habitante más joven de la Tierra acaba de morir a los 18 años víctima de una estúpida pelea con unos fans. Sin una solución que ayude a combatir el problema de esterilidad, la humanidad se enfrenta a su más que posible extinción.

Por si esto fuera poco, todas las naciones y ciudades importantes han sido arrasadas o se hallan en la miseria más absoluta, en consecuencia el desorden y la anarquía lo dominan casi todo.



Sólo *Gran Bretaña*, acotada en su isla, resiste al caos del exterior gracias (o por culpa) de un gobierno en extremo autoritario que, haciendo gala de una política dura y totalitaria, combate la incesante llegada de inmigrantes ilegales a sus costas. Los que por un casual consiguen llegar son in-

ternados de inmediato en auténticos guetos, apartados del resto de la población, para más tarde deportarlos.

Theodore Faron (**Clive Owen**), es un desilusionado ex activista reconvertido en burócrata, que se ve obligado a enfrentarse a sus propios demonios si quiere proteger la última esperanza del planeta.

Theodore intenta aislarse de todo, protegiéndose de los recuerdos acerca de un doloroso pasado y la realidad de un futuro sin sentido intentando no sentir nada. Los únicos alicientes de su monótona vida son las visitas que realiza a su viejo amigo *Jasper* (**Michael Caine**).

Pero todo esto cambia de repente cuando le llevan a ver a *Julian* (**Julianne Moore**). La mujer, que un día fuera su compañera sentimental y de armas, está ahora al frente de una organización ilegal que defiende los derechos de los refugiados. El encuentro no es casual; *Julian* sólo reaparece para pedirle un favor a *Theo*:



que utilice sus contactos para conseguir los papeles con los que *Kee* (**Clare-Hope Ashitey**), una joven perteneciente a su organización, pueda salir del país sin mas. *Theo* acepta, por *Julian*, y también porque cobrará 5.000 libras.

Theodore Faron debe acompañar a *Kee* y a un puñado de camaradas de *Julian* en un complicado viaje hasta llegar a la costa. Una vez allí, contactarán con los miembros del casi mítico *Proyecto Humano*, una organización que reúne a las mentes más brillantes del mundo, en un esfuerzo por formar una nueva sociedad.

Pero cuando otro grupo de terroristas ataca el grupo, *Theodore* sospecha que *Kee* es mucho más que una simple refugiada; de hecho, sus compañeros están dispuestos a morir por ella, y es que, sorprendentemente, la joven resulta estar embarazada, algo que hasta ahora se había considerado imposible.

Sleep Dealer

Ficha técnica y artística:

Dirección: Alex Rivera

Año: 2008

Producción: Anthony Bregman

Guión: David Riker y Alex Rivera

Música: Tomandandy

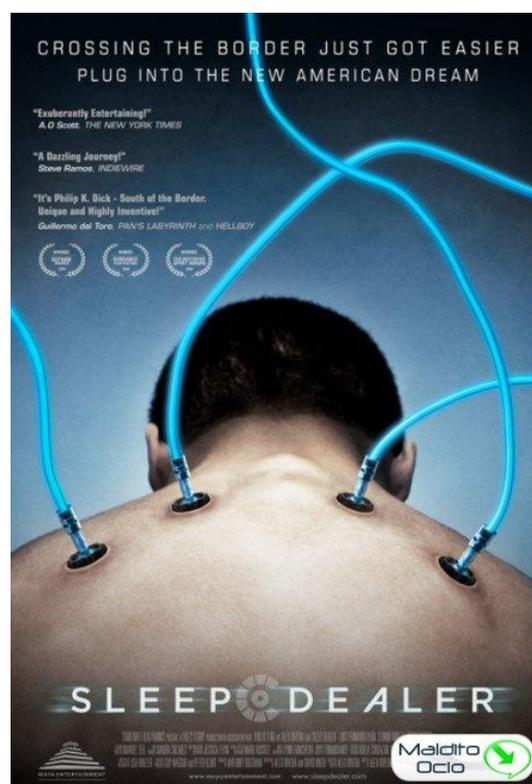
Fotografía: Lisa Rinzler

Efectos especiales: Mark Russell

Reparto: Luis Fernando Peña (Memo Cruz), Leonor Varela (Luz Martínez), Jacob Vargas (Rudy Ramírez), Tenoch Huerta (David Cruz), Metztli Adamina (Dolores Cruz), José Concepción Macías (Miguel Cruz), Emilio Guerrero (Ricky), Norma Pablo (Lupe), Roberto Reyes (Antonio), Analuz Russell (Angie Ramírez), Jorge Zepeda (Rodolfo Ramírez), Giovanna Zacarías (Berta)

País: Estados Unidos y México

Compañía Productora: Likely Story / This Is That Productions / Maya Entertainment



Distopía de gran realismo, *Sleep Dealer* nos muestra un futuro próximo, tal vez más cercano de lo que desearíamos, rodeado de realidades virtuales y bio-implantes electrónicos. Contiene muchos de los ingredientes del género *ciberpunk*, así que en ese futuro distópico encontramos que las desigualdades sociales se mezclan sin ningún pudor con la tecnología más avanzada, todo esto flotando en un asfixiante y decadente ambiente social dominado por el poder absolutista de las grandes corporaciones... En suma, una más que patente denuncia social.

El mundo está dividido por fronteras internacionales que las naciones mantienen

cerradas a cal y canto. *Memo Cruz* (**Luis Fernando Peña**) es un joven muchacho que vive con sus padres y con su hermano en un apartado y mísero pueblito llamado *Santa Ana del Río* en *México*. *Santa Ana* es una aislada comunidad granjera, el típico lugar que parece haberse parado en el tiempo, salvo por la gran presa totalmente militarizada que construyó una corporación y que ahora controla el suministro de agua. La paradoja estriba en que ni una sola gota del agua queda en el pueblo, lo que lleva la miseria más absoluta a los granjeros de la localidad.

Memo adora la tecnología y sueña con marcharse del pueblo huyendo de la miseria. Anhela encontrar trabajo en las fábricas de tecnología puntera de las grandes ciudades del sur de los *Estados Unidos*.

Un día, las fuerzas militares localizan la señal de la radio *Memo* y lanzan una bomba teledirigida que acaba con la vida de su padre.

Acuciado por la culpabilidad y forzado por los acontecimientos viaja a la ciudad de *Tijuana*, próxima a la frontera con *Estados Unidos*, en busca de un buen trabajo que le permita ayudar a su familia, ahora en situación más precaria, si cabe, por su culpa.

Durante el trayecto en autobús conoce a *Luz Martínez* (**Leonor Varela**), una joven escritora que intenta abrirse camino en el periodismo. Pronto se hacen buenos amigos. *Luz* se gana la vida vendiendo historias virtuales, graba conversaciones e imágenes mentales propias para descargarlas en su computadora a la que se conecta a través de nodos (conexiones electrónicas) injertados en su propio cuerpo; finalmente esas historias virtuales van a parar a un misterioso comprador, un usuario de su blog llamado *Rudy Ramírez* (**Jacob Vargas**).



Al margen de esto, la realidad que *Memo* encuentra en *Tijuana* es mucho más dura de lo que había imaginado. El cierre hermético de las fronteras ha cambiado el *modus operandi* de la inmigración ilegal. Ya no hay *espaldas mojadas* cruzando el *Río Grande*. Los países desarrollados han encontrado otras formas de seguir explotando a los más desfavorecidos gracias a las nuevas tecnologías.



Ahora los trabajadores son mano de obra barata, prácticamente esclavos conectados físicamente a una red digital global a través de los nodos injertados en sus cuerpos. Desde ahí realizan labores de manera virtual dirigiendo los robots de empresas sitas en cualquier lugar del mundo o, como en este caso, *Estados Unidos*, sin tener que

salir de México.

Memo descubre que para encontrar trabajo necesita tener implantados los nodos, pero no hay forma legal de conseguirlos; sin embargo Luz conoce lugares clandestinos donde se los pueden colocar y así poder entrar a trabajar en la factoría.

Ya con sus implantes *Memo* encuentra trabajo con cierta facilidad. La faena sulta agotadora, con jornadas de doce horas, en las que todos los trabajadores están literalmente enchufados a las máquinas a través de sus nodos. Por si esto fuera poco, el riesgo físico que asumen es enorme pues sus sistemas nerviosos están directamente conectados a la red y no es raro que por un fallo eléctrico o de software, un trabajador colapse y muera durante su turno ante la impotencia de sus compañeros.

La Carretera (The Road)

Ficha técnica y artística:

Dirección: John Hillcoat

Año: 2009

Producción: Paula Mae Schwartz, Steve Schwartz, Nick Wechsler

Guión: Joe Penhall del libro de Cormac McCarthy

Música: Nick Cave, Warren Ellis

Fotografía: Javier Aguirresarobe

Efectos especiales:

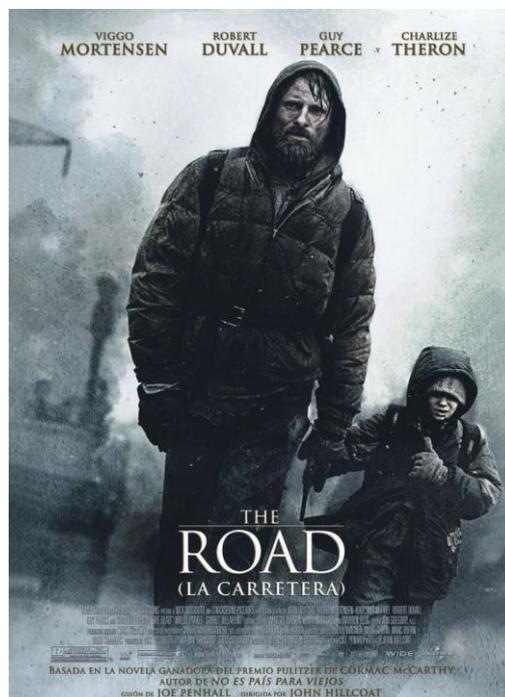
Reparto: Viggo Mortensen (Padre), Kodi Smit-McPhee (Hijo), Guy Pearce (Veterano), Charlize Theron (Esposa), Robert Duvall (El viejo), Garret Dillahunt (Gángster), Michael K. Williams (Ladrón), Bob Jennings (Caníbal), Molly Parker (Esposa del Veterano), Brenna Roth (Lider de los Gangsters del camino)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Dimension Films / 2929 Production

Basada en el libro de **Cormac McCarthy**, *La Carretera* nos ofrece un mundo calíptico en el que aún hay seres humanos, pero han perdido la humanidad. Es la ción más absoluta que uno pueda imaginar: los alimentos escasean y no queda mente ningún animal sobre la faz de la Tierra.

Una familia sobrevive al desastre aislados en su cabaña. Tras meses de penurias, la mujer (**Charlize Theron**) no lo soporta más y decide suicidarse. En tales circunstancias el padre (**Viggo Mortensen**) toma la decisión de viajar con su hijo (**Kodi Smit-McPhee**)



hacia la costa para buscar un lugar seguro en el que vivir.

El viaje no será nada fácil. Nuestros protagonistas para poder aprovisionarse, estarán en continuo movimiento hacia el sur tratando de alimentarse buscando latas de conservas en despensas abandonadas. Por el camino se encontrarán con un



mundo que ha tocado fondo, caótico, enfermo y desesperanzado, donde la muerte puede ser la liberación y donde los pocos seres humanos que quedan, la mayoría se han vuelto locos o se han convertido en caníbales sin escrúpulos. Es la auténtica realidad descarnada que ha dejado el Apocalipsis.

Padre e hijo pronto comprenderán que deberán evitar cualquier contacto con los demás, huyendo de cualquiera que se cruce en su camino, pues saben que para sobrevivir practican el canibalismo y los niños son la carne más preciada.

DISTRITO 9 (DISTRICT 9)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Neill Blomkamp

Año: 2009

Producción: Peter Jackson

Guión: Neill Blomkamp, Terri Tatchell

Música: Clinton Shorter

Fotografía: Trent Opaloch

Efectos especiales: Weta Workshop

Reparto: Sharlto Copley (Wikus), Jason Cope (Christopher), David James, Vanessa Haywood (Tania Van De Merwe), Mandla Gaduka (Fundiswa Mhlanga), Kenneth Nkosi (Thomas), Eugene Khumbanyiwa (Obesandjo 7), Louis Minnaar (Piet Smit), William Allen Young (Dirk Michaels), Nathalie Bolt (Sarah Livingstone), Sylvaine Strike (Dra. Katrina McKenzie)

País: Nueva Zelanda, Sudáfrica

Compañía Productora: TriStar Pictures, Block / Hanson, WingNut Films



Apartheid en Sudáfrica, nada nuevo, pero... ¿y si los segregados resultan ser refugiados extraterrestres que accidentalmente desembarcan en la Tierra?

Hace más de veinte años que los alienígenas contactaron por primera vez con la Tierra. Por motivos técnicos, una gigantesca nave espacial aterrizó en Johannesbur-



go, y con ella millones de refugiados, los mos supervivientes de su planeta originario. De forma precaria, mientras se decidía qué hacer con ellos, se les *instaló* de forma temporal en el Distrito 9 de la capital.

En la actualidad, lo que en principio era transitorio se ha convertido en un problema de dimensiones colosales que la ONU no termina de resolver. La paciencia del gobierno sudafricano se ha agotado y decide otorgar el control del campo de refugiados a la Multi-National United (MNU), una compañía privada con muchas ambiciones y muy pocos escrúpulos. La multinacional tiene ahora campo libre para hacerse con el armamento tecnológicamente avanzado de los alienígenas. Pero existe un problema, para usarlo es necesario el ADN de los propios extraterrestres.

Un operario del campo, *Wikus van der Merwe* (**Sharlto Copley**), es un tipo al que la suerte le sonríe, pues está casado con la hija de un jefe de la MNU. Pero esa suerte le da la espalda cuando resulta infectado por un misterioso virus que va mutando su ADN. Lo que para él es una desgracia, resulta valioso para la propia compañía que ve en *Wikus* la clave para descifrar de una vez los secretos de la tecnología alienígena. Rechazado por todos, solo le queda un lugar en el que poder ocultarse: el Distrito 9.

Otra vuelta de tuerca con moraleja, en torno al abuso de poder en las sociedades desarrolladas, que para seguir manteniendo el control sobre la población siembran el germen del odio, la intolerancia, el miedo y la discriminación.

2033

Ficha técnica y artística:

Dirección: Francisco Laresgoiti

Año: 2009

Producción: Yvette Gurza, Francisco Laresgoiti, Jordi Mariscal

Guión: Jordi Mariscal

Música: Daniel Hidalgo, Tomas Barreiro

Fotografía: Luis Sansans

Efectos especiales:

Reparto: Claudio Lafarga (Pablo), Sandra Echeverría (Lucía), Raúl Méndez (Goros), Luis Ernesto Franco (Milo), Marco Antonio Treviño (padre Miguel), Alonso Echánove (Pec), José Carlos Rodríguez, Miguel Couturier



País: México

Compañía Productora: La Casa de Cine

El cine mexicano va abriéndose paso con pequeñas joyas como la que nos ocupa, sin grandes alharacas en cuanto a efectos especiales, pero con interesantes historias que contar.

Es el año 2033 en la Ciudad de México, que ahora se llama Villaparaíso. Un gobierno militar controla a la sociedad instaurando un régimen totalitario, donde las libertades individuales de la población quedan suprimidas por completo quitándoles a los ciudadanos su fe religiosa y la libertad de expresión.



En este contexto Pablo (**Claudio Lafarga**), es un joven financiero arrogante, que disfruta de su estatus dentro de una clase social privilegiada. Su mayor preocupación son sus planes de esparcimiento nocturno y las drogas de diseño.

Un día, Pablo conoce a Lucía (**Sandra Echeverría**), una hermosa e intrigante joven quien ya con más confianza le presenta al abogado Lozada (**Marco Treviño**), que en realidad es un sacerdote conocido en el submundo de Villaparaíso como el padre Miguel, carismático personaje que transformará su vida. Y es que el piadoso padre Miguel, quien asiste a los enfermos desahuciados de la sociedad y da refugio a los desesperados, es en realidad el líder de una rebelión que quiere liberar al pueblo de un gobierno dictatorial que controla a la gente por medio de una bebida en apariencia inofensiva llamada Pactia, bebida que en realidad contiene una droga muy adictiva, el tecpanol.



Pablo es puesto también en antecedentes sobre la verdadera historia de su padre, un revolucionario dado por muerto que en realidad está en estado de criopausa —hibernación—, y al que el padre Miguel quiere liberar.

Todos estos hechos le llevan a reflexionar sobre su vida y la situación de desigualdad que impera tanto dentro como fuera de las *civilizadas* murallas de Villaparaíso. Pablo toma la firme determinación de abandonar su vida privilegiada uniéndose al bando rebelde, los Creyentes del padre Miguel, y así ayudar a los desprotegidos y destruir el régimen totalitario.

LOS SUSTITUTOS (*SURROGATES*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Jonathan Mostow

Año: 2009

Producción: Max Handelman, David Hoberman, Todd Lieberman

Guión: Michael Ferris y John Brancato; basado en la novela gráfica de Robert Venditti y Brett Weldele

Música: Richard Marvin

Fotografía: Oliver Wood

Efectos especiales: KNB EFX Group

Reparto: Bruce Willis (agente Greer), Radha Mitchell (agente Peters), Rosamund Pike (Maggie Greer), James F. Ginty (Dr. Lionel Canter / Tuxedo), Michael O'Toole (Hirosuke), Ving Rhames (El Profeta), Michael Cudlitz (coronel Brendon), Boris Kodjoe (Anthony Stone), James Cromwell (Canter adulto)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Touchstone Pictures / Mandeville Films / Road Rebel



¿Quién no ha soñado alguna vez con tener un sosias que sin rechistar realice las tareas más tediosas y rutinarias, e incluso madrugue para ocupar nuestro lugar en el trabajo sin que nadie note la diferencia?

Nos encontramos en un futuro muy cercano, año 2017, en el que el crimen está erradicado y los humanos viven aislados de forma totalmente voluntaria en sus casas e interactúan entre sí por medio de robots, una versión mejorada de sí mismos –más atléticos, más apuestos, físicamente perfectos–, que manejan a distancia.

Mediante sus propias réplicas, dos agentes del FBI, *Greer* (**Bruce Willis**) y *Peters*



(**Radha Mitchell**), investigan el asesinato de un joven estudiante universitario al parecer relacionado con un ahora arruinado inventor, que participó en la creación de los sustitutos. La siguiente consecución de asesinatos de varios de estos androides, junto a sus correspondientes humanos, deja al descubierto una enrevesada conspiración que pone en entredicho la tranquilidad de la ciudad y la seguridad de sus ciudadanos. ¿Quién es humano y quién sustituto?

¿Se puede confiar en alguien?

No pasa desapercibida su parte de denuncia social advirtiendo de lo que puede pasar cuando se abusa de los adelantos tecnológicos renunciando a trabajar, e incluso a vivir, pudiendo acabar relacionándonos entre nosotros mediante la tecnología, un supuesto no tan lejano, véase las redes sociales –por algo se llamarán así–

como *whatsApp*, *facebook*... Arremete también contra un mundo obsesionado con la estética, donde prima la apariencia física, se ocultan cada vez más los defectos físicos y el envejecimiento.

A pesar de lo atractivo del argumento la película pasó sin pena ni gloria, en gran parte por culpa de la dirección y un guion mediocre; de hecho fue un fracaso de taquilla.

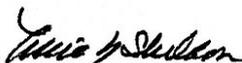
© José Ramón Vila (Txerra)

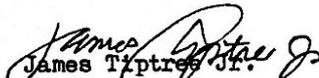
José Ramón Vila Martínez (Txerra) es miembro vocal de la TerBi, Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror, tertulia decana en España; maqueta la Revista de la TerBi con la que colabora de vez en cuando. También graba en video las Jornadas TerBi y los sube al *Canal Ter-BiCF* de YouTube. Su primer relato publicado fue *Su seguro servidor*, Axxon nº 162. Más tarde publicó en papel *Ne frustra vixisse videar*, Mundos desconocidos, Libro Andrómeda, 2007; *Tafiofobia*, *Visiones 2008*, de la *AEFCFyT*, 2008. Ganador del II premio Cryptshow Festival en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal* (2009). Prologó la antología *Utopía Final*, Libro Andrómeda, 2010, con el artículo *Breve Historia de la Política en la Literatura de Ciencia Ficción*.

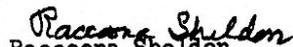
UN MOMENTO DE PURA ESENCIA: LA CIENCIA FICCIÓN DE ALICE (RACCOONA) SHELDON-JAMES TIPTREE JR.

Por Lola Robles

Hay contadas ocasiones en las que la vida de los escritores de ciencia ficción llega a ser igual, si no más apasionante que sus propias obras. Esta es precisamente la historia de Alice B. Sheldon, una escritora de ciencia ficción norteamericana que utilizó los sugestivos nombres de James Tiptree Jr. y Raccoona Sheldon no sólo para contar con una vida secreta, también para dar vida a una obra que en la que la imaginación y las reivindicaciones femeninas se entremezclan hasta borrar sus fronteras.


Alice B. Sheldon


James Tiptree Jr.


Raccoona Sheldon

Este artículo trata sobre la obra de una de las/los/lxs más grandes escritores de ciencia ficción en lengua inglesa, uno de las/los/lxs mejores. ¿Pero qué pronombres utilizar para hablar de ella/él? No es fácil, pero sí todo un reto y un placer.

¿Quién fue Tiptree?

En la primavera de 1967, una persona llamada James Tiptree Jr. envió varias historias de ciencia ficción a distintas revistas estadounidenses, y algunas fueron aceptadas y publicadas.

Poco a poco, Tiptree fue haciéndose un lugar en el ámbito de la ciencia ficción anglosajona. Gustaba a editores y lectores. Estos últimos empezaron a mandarle cartas a las editoriales y revistas donde sus obras, sobre todo relatos, aparecían. Los propios editores y otros autores se comunicaban con él también por carta. Tenía un apartado postal y una cuenta corriente en Virginia. Piensen ustedes que eran años tan asombrosamente prehistóricos como para que se escribiese con máquinas de ídem, armatostes que hoy son objetos de decoración o de museo, y las computadoras y móviles eran tema del género al que se dedicaba el señor Tiptree Jr. Nada de Internet ni de redes sociales.

Aun así, y como el cotilleo ha existido siempre, pronto se empezó a elucubrar sobre la verdadera personalidad del nuevo y afamado escritor. Se decía que «James Tiptree» era un seudónimo. Desde luego en la ciencia ficción han sido muy frecuentes los seudónimos, por diversas razones. Por ejemplo, tal vez el autor no quería dar a conocer su verdadero nombre porque se dedicaba a un oficio serio y no deseaba que se supiera de esa otra afición tan extravagante. Quizás ya entonces, decantarse por

escribir o leer CF era asunto de *frikis avant la lettre*. Bien. Se sospechaba incluso que Tiptree había trabajado en algún momento de su vida en la CIA. En todo caso, estaba claro que era un tipo misterioso que no se dejaba ver en Congresos o acudía de incógnito, no hacía apariciones públicas, ni siquiera sus editores le conocían personalmente. Mal le hubiera ido en esta época.

Y además de misterioso, este **Tiptree** resultaba peculiar. Amable, educado, maduro, puede que soltero... o incluso homosexual, se llegó a sugerir, (aunque filtraba con sus colegas mujeres)... De ideas progresistas, y hasta feministas, comentaban por ahí, y afirmaba él mismo. Pero no, una de las escritoras con las que mantenía correspondencia epistolar asidua, **Joanna Russ**, declarada y radicalmente feminista (como muestra su novela *El hombre hembra* (1975)), le contestaba siempre eso que las feministas de ciertas generaciones hemos dicho tantas veces a los varones cuando presumen de serlo: « ¡Pero cómo vas a ser tú feminista, **Tiptree**, si eres un hombre!».

Por decir, hasta hubo quien propuso que detrás de aquel seudónimo se ocultaba una señora. Pero el gran **Robert Silverberg** lo descartó por completo en su prólogo a la antología de **Tiptree** *Mundos cálidos y otros*, de 1975: «se ha sugerido que es una mujer, teoría que encuentro absurda porque hay para mí algo ineluctablemente masculino en sus narraciones».

Ese prólogo da interesantes datos sobre los comienzos de **James Tiptree Jr.** Escribía cuentos sobre todo (algo normal en aquella época; era raro iniciar la andadura literaria como ahora, abordando trilogías sin más). El tiempo demostraría que **Tiptree** tenía un interés y un talento especial por y para el género corto, y que solo abordaría la novela por presión de sus editores.

Y desde luego, sus narraciones destacaban. En 1973 se publicó la colección *A diez mil años luz de casa*, y en 1975 la ya citada *Mundos cálidos y otros*. Algunos de sus cuentos fueron premiados: en 1974 obtuvo el Hugo por «La muchacha que estaba conectada», y en 1977 por «Houston, Houston, ¿me recibe?», novela corta que también ganó el premio Júpiter de ese año y el Nebula de 1976; en 1973 le dieron por el relato corto «Amar es el plan, el plan es la muerte». Esto en el período que va de 1968 a 1977.



Entre 1974 y 1977 una escritora llamada **Raccoona Sheldon** publicó una serie de cuentos que en algunos casos se podían considerar rabiosamente feministas: «Angel Fix» (1974), «¡Vuestros rostros, hermanas mías! ¡Vuestros rostros llenos de luz!», y «El eslabón más débil», ganador este último del Premio Nebula.

El 24 de agosto de 1915, en Chicago, nació **Alice**, hija única de **Mary Hasting Bradley**, famosa autora de novelas de éxito y libros de viaje y exploradora de África, y de **Herbert Brad-**

ley, abogado y explorador también. Una pareja bien situada económicamente, encantadora, emprendedora, casi ideal: ricos y famosos. El peso del *glamour* materno y paterno se convirtió en muchas ocasiones a lo largo de su vida en una carga para **Alice**. La relación con su madre fue ambivalente y difícil (¿cuál no lo es, entre hija y madre?). Con **Herbert**, quizás, el vínculo resultó más simple.

El matrimonio llevó a su hija a África siendo **Alice** una niña. Una experiencia que, como puede suponerse, la marcó profundamente. (Visitaron, entre otros lugares, el lago Tanganica, las cataratas Victoria, Congo, Ruanda, Uganda, Kenia...). Hubo tres viajes: cuando **Alice** contaba seis, nueve y quince años.



Alice se casó dos veces: con **Bill Davey**, en una relación bastante tormentosa y hasta violenta; bebían mucho y el matrimonio acabó mal y duró poco. Su segundo esposo fue **Huntington (Ting) Sheldon**, militar, doce años mayor que ella. Nunca tuvieron unas relaciones sexuales satisfactorias para **Alice**, pero fueron compañeros de vida.

Alice Sheldon se llevaba mejor con los hombres que con las mujeres, estas le aburrían, pero se enamoraba de ellas, aunque no se atrevió a ir más allá del deseo. Su caso no es infrecuente: se entendía más con los varones que con las mujeres porque la mayoría de éstas eran pasivas y muy limitadas en su papel femenino; **Alice** prefería la libertad. También tuvo sentimientos encontrados respecto de su propio género: creía que como varón hubiese sido más feliz, y al tiempo se declaraba feminista.

Se dedicó a la pintura durante un tiempo, fue crítica de arte para un periódico, y en 1942 se enroló en el WAAC (Women's Army Auxiliary Corps, Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército).



En diciembre de 1943 fue trasladada al servicio de fotoespionaje de la Fuerza Aérea. Alcanzó el grado de mayor antes de licenciarse en 1946. Realmente **Alice** nunca participó en la II Guerra Mundial más que desde su trabajo de espionaje técnico, no estuvo en el frente y viajó a Europa cuando la guerra había acabado. Del mismo modo, su trabajo junto a **Ting Sheldon** en la CIA (después de un período de 4 años en que ambos intentaron llevar un criadero de pollos en New Jersey (de 1952 a 1955), fue fundamentalmente burocrático, de oficina, para nada al estilo *Misión imposible*. **Ting** sí estuvo más años en la CIA y en un puesto superior.

En 1955 **Alice** dejó la CIA y empezó a estudiar en la Universidad, y se doctoró en Psicología Experimental en 1967. Tenía 51 años.

La doctora **Alice Sheldon** no siguió trabajando en el terreno de la psicología. Tampoco publicó nunca con su nombre las obras que proyectaba dentro de esa disciplina. Porque entonces decidió intentar la aventura de escribir literatura, y eligió la ciencia ficción, género al que había sido muy aficionada como lectora. Y se convirtió en **James Tiptree Jr.**, y más tarde, en **Raccoona Sheldon**.

Solo diez años después de empezar esta historia de doble personalidad que vendría en triple, se reveló la verdad, al morir la madre de **Alice**, y comentar **Tiptree** este fallecimiento como suceso propio. El entorno del supuesto escritor empezó a investigar y ató cabos. Y **Tiptree** fue descubierto.

El apellido **Tiptree** lo había elegido inspirándose en una marca de mermeladas; lo de «Jr.» fue una idea de su esposo, **Ting**.



El caso de **Alice Sheldon** podría haber sido uno más en la lista de aquellas mujeres que eligieron publicar con seudónimo masculino, por muy diversas razones, aunque casi todas se resumen en que usar un nombre masculino en vez de femenino hacía mucho más fácil y prestigiosa esa publicación, e incluso era menos arriesgado para su verdadera identidad. La peculiaridad de la historia de **Tiptree** está en que **Alice Sheldon** no sólo se inventó un nombre falso, sino toda una personalidad masculina, que mantuvo durante casi

diez años.

Uno de los cuentos incluidos en el libro *Mundos cálidos y otros*, prologado como ya he dicho por **Robert Silverberg**, se titula «Las mujeres que los hombres no ven» (¿un título intencionado?). Sin embargo no es menos cierto que Silverberg no fue el único engañado. Autoras como **Ursula K. Le Guin** y **Joanna Russ** mantuvieron una correspondencia estable con el presunto **Tiptree**, y para ambas fue una sorpresa descubrir la auténtica personalidad que se ocultaba tras el seudónimo. **Tiptree** se carteaba como hombre con ellas, con otros escritores, editores, lectores, contestaba las entrevistas por correo, y eludía, claro, toda posibilidad de un encuentro personal.

Pero lo que empezó siendo una ocurrencia, algo divertido a la par que práctico, un secreto gustoso de guardar («Por fin tengo lo que todo niño desea; una verdadera vida secreta», escribió, palabras que nos ha hecho llegar su biógrafa, **Julie Phillips**) se convirtió en algo diferente: poco a poco **Alice** se vio envuelta en su propio juego, sin saber cómo salir de él, atrapada, pero al mismo tiempo satisfecha con la existencia de su alter ego.

Lo que hizo **Alice Sheldon** fue llevar mucho más allá de lo corriente el uso de un seudónimo masculino. Estamos ante un ejemplo de auténtica transexualidad literaria.

Tanto es así que a partir de un determinado momento **Alice** sintió la necesidad de tener una voz femenina, para decir cosas que no era capaz de expresar como hombre, como **Tiptree**. Y por eso inventó otro seudónimo, **Raccoona Sheldon**.

«Una de las ironías de la carrera de *Alli* [**Alice**] como **Tiptree** es que ella insistía en la naturaleza biológica, esencial, del género, en el momento mismo en que parecía demostrar que todo era una actuación, que después de todo, el género era lo que uno decía que era», explica **Julie Phillips**.

Descubierta la verdad, Alice se consideró incapaz de escribir con su nombre real. Un bloqueo literario y personal que le duró algún tiempo, hasta que volvió a publicar como **James Tiptree Jr.** y como **Raccoona Sheldon**. El público lector, sus colegas y los editores tuvieron bastante menos problemas que ella misma; continuaron leyéndola/lo con gusto. Pero **Alice** sufría. No solo a causa de haber sido desenmascarada.

Ya en 1975 había caído en una profunda depresión, y no se trataba de la primera. Su vida fue en mucho una pelea solitaria contra la depresión. Se le diagnosticó una ciclotimia, un trastorno bipolar, en el que pasaba de intervalos de ansiedad a depresivos. Se medicaba sin control y fue adicta a las anfetaminas, que usaba entre otras cosas para escribir.

En 1977, **Ting** empieza a quedarse ciego, y **Alice** le propone un pacto de suicidio. Él dice que tal vez lo aceptaría pasados unos años.

Leyendo sus relatos siempre he tenido la impresión de que fue una mujer atormentada, a veces tenebrosa, y en su literatura, a la vez que planteó temas sexuales como pocos autores, hay una obsesión por la muerte muy poco habitual en la ciencia ficción (más allá de los cadáveres acribillados a tiros), muerte como fin, desaparición de un ser humano, una raza o especie, o incluso un mundo. Es una visión existencial; el dolor está presente en toda su obra, de un modo profundo, extraño, oscuro. Obsesionada por la muerte y tentada demasiadas veces por el suicidio, y de verdad, no como pose para sí misma, los hechos acabaron por demostrarlo.

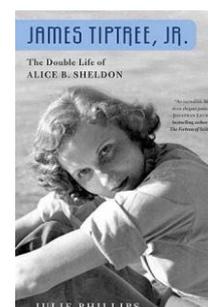
La pérdida de su secreto, su identidad como **Tiptree**, fue ya lo he comentado, dolorosa para ella. Se creyó a partir de entonces menospreciada, sin la autoridad de un nombre masculino. Igualmente se sentía mal por su edad: «una anciana es la forma más baja de vida humana».

Pensaba que habría sido mejor para ella ser realmente un hombre. «Y Tiptree era la masculinidad «mágica», su pluma era mi polla. A través de él tuve todo el poder y prestigio de la masculinidad, fui –pese a ser una intelectual que envejece–, uno de los que son dueños del mundo. ¡Cómo detesto ser mujer! (...) Quiero poder, quiero ser escuchada (...) Y nunca lo tendré. Estoy acorralada en este cuerpo perverso de segunda categoría.» (**Phillips**, 2006: 461)

«No cabe duda, mi interior no está a juego con mi exterior. Vivo en mi cuerpo y en mi presencia social como si se tratase de un artefacto extraño» (**Phillips**, 2006: 462).

«Mi desdichada sexualidad, mi género confundido y mi anhelo de un pene..., de convertirme en un hombre» (**Phillips**, 2006: 462).

El 19 de mayo de 1987, **Alice Sheldon**, de 71 años, mata de un tiro en la cabeza



a su esposo Ting, de 84, y luego se dispara a sí misma. De la biografía elaborada por **Phillips** se deduce que no consultó al esposo si estaba de acuerdo con esa decisión última, por mucho que lo hubieran hablado antes.

¿Era **Alice Sheldon** una lesbiana reprimida? Parece muy probable. ¿Era una transgénero que no pudo manifestarse? Tal vez. Lo uno no implica lo otro, algo muy a tener en cuenta, pues identidad de género y opción sexual son cosas diferentes. Ni siquiera la apariencia física de Alice (tan rubia, tan anglosajona, tan poco masculina exteriormente) significan nada. Es difícil saber lo que ocurría en su interior. En la espléndida biografía de Julie Phillips, que recomiendo a todas y todos los fans de *Tiptree*, apunta posibilidades. La verdad ¿la sabía acaso ella misma? ¿Estuvo Alice Sheldon atrapada por el recinto del tiempo y el lugar en que le tocaron vivir, en las convenciones, en su propio miedo? Posiblemente, igual que en otros muchos casos de mujeres y hombres. En su misma época sin embargo otras personas se atrevieron a desvelarse como lesbianas, homosexuales o trans. Quizás ella no pudo y lo hizo a través de la literatura, de sus relatos y novelas, y del escritor que se inventó para conseguir otra vida. La libertad de los sueños.

Los feminismos más clásicos hablarían de que **Sheldon** no deseaba realmente ser un varón, sino conseguir el poder, la valoración, el respeto, los privilegios y ventajas vinculados a la masculinidad. Dirían que ella no fue capaz de valorarse a sí misma como mujer y atreverse a vivir su lesbianismo.

El feminismo *queer* plantearía que, de haber podido devenir libre, quién sabe qué, quién hubiera sido **Alice, Raccoona, James Sheldon-Tiptree**. Hubiese sido, simplemente, lo que deseara ser, lesbiana, bisexual, transexual, transgénero, *queer*, mujer masculina, mujer femenina. Pero nació antes de tiempo. Por eso escribía ciencia ficción, para adelantarse al futuro.

En general muchas mujeres, feministas o no, pueden comprender muy bien la angustia, la desdicha que envolvía a **Sheldon**. Más allá de un problema de autoestima, es una cuestión social. El mundo en que le tocó vivir, como a tantas otras durante siglos, era demasiado pequeño para su sensibilidad, sus capacidades, sus anhelos. No resulta extraño, repito, que a través de la ciencia ficción Sheldon quiera huir hacia planetas lejanos.

Desde la perspectiva *queer*, **Sheldon/Tiptree** es un personaje extraordinario, y cuestiona todas nuestras creencias acerca de la escritura y el género, como bien señala **Julie Phillips**.

En 1991, las escritoras **Pat Murphy** y **Karen Joy Fowler** idean crear un premio para obras de ciencia ficción que exploren y sirvan al entendimiento entre los géneros. Desde entonces, ese premio lleva el nombre *James Tiptree Jr. Award*.

Vida y obra de Alice (Raccoona) Sheldon-James Tiptree Jr.



¿Hasta qué punto es importante conocer los detalles de la vida de una escritora como **Tiptree** o cualquier colega suyo para comprender mejor su obra? ¿Influye la biografía personal en la creación? La respuesta no es fácil, no se puede responder «Sí» o «No» sin más. Este asunto lo he debatido en diversas ocasiones en mi Taller de lectura *Fantástikas*. Mi parecer es que hay autores cuya vida puede obviarse tranquilamente a la hora de interpretar su obra literaria, y otros en que conocer los avatares de su existencia ayuda a comprender mejor lo que han escrito, aunque esos datos no sean imprescindibles. Este último es el caso de **Sheldon-Tiptree**.

Quiero ahora hablar de sus relatos y de alguna de sus muy pocas novelas largas. De antemano vuelvo a incidir en su preferencia personal por el género breve; solo escribió novela obligada por los editores, supongo que por intereses comerciales. Un objetivo puramente económico, que desde el punto de vista literario resulta absurdo: hay miles de novelistas a lo largo de la Historia de la Literatura, de muy diferente calidad sin duda, pero no existen demasiados creadores de relatos verdaderamente buenos, porque el cuento es un modo de escritura de enorme exigencia, y Tiptree fue una magnífica autora de narraciones breves o novelas cortas. Las novelas largas que publicó también demuestran una calidad más que suficiente, no obstante.

En la literatura de **Sheldon-Tiptree** hay una serie de temas que reaparecen, o que están en el trasfondo de diversas obras; este hilo temático es la urdimbre de su creación, en lugar de esos universos ficcionales como marco de historias que encontramos en muchos otros autores de ciencia ficción o fantasía.

Estos temas característicos de la autora estadounidense son por ejemplo el de la muerte (corpórea, espiritual o mental, individual, de toda una especie o de un mundo entero, que en cierto modo se puede unir también a la idea de un determinismo inexorable, y a un sentimiento muy repetido de dolor y sufrimiento muy profundos; hay un gran pesimismo, una densa gravedad, una oscuridad y tristeza que impregnan las historias. Abundan los personajes fracasados, los perdedores. Sin embargo también aparece una inteligente ironía y relatos llenos de humor.

Asimismo trata la sexualidad como pulsión y deseo, el encuentro y conflicto entre los dos géneros sexuales humanos normativos, todo ello desde una perspectiva con frecuencia claramente feminista pero no obstante también desde la visión masculina, que, con intención paródica o no, Sheldon imitaba muy bien.

La exploración espacial, el contacto entre humanos y alienígenas, las diversas y extrañas posibilidades que pueden mostrar estos seres extraterrestres. Son cuestiones recurrentes además de características del género.

Y hay un tema que a mí me parece muy importante: la diferencia, la marginación,

el sentimiento de superioridad o de inferioridad, la conciencia de no valer tanto como otro, sea varón o alienígena o más inteligente o de mayor alcurnia o prestigio: en resumen, la condición subalterna mal digerida y que no conlleva una rebelión auténtica sino un sometimiento, la moral del esclavo que acepta serlo con resignación y rencor.

James Tiptree escribió una ciencia ficción muy clásica aunque renovadora en su estilo (nada sencillo a diferencia de la CF más popular que había sido mayoritaria hasta entonces). Se la puede calificar incluso de «hard» o «dura», no tanto por la presencia predominante de la ciencia o la tecnología sino por su realismo y la fuerte intención especulativa, además de su dificultad para los lectores no iniciados en el género sobre todo a causa de las pocas concesiones explicativas. Quienes la leen por primera vez sin ser aficionados suelen (digo «suelen») sentir rechazo, pues no la entienden bien, algo que a mí me ocurrió asimismo.

El estilo, donde aparecen destellos de imágenes de una belleza extraordinaria (atención sobre todo a los colores que la escritora nos pinta, impresiones sensoriales muy intensas, puede resultar en ocasiones abstruso por una sintaxis un tanto abrupta, demasiado lacónica, yo diría incluso tan atormentada como la personalidad de su autora.

Es fácil pensar en un problema de traducción. Los primeros libros de **Tiptree** publicados en español aparecen en editoriales especializadas en ciencia ficción (en concreto Edhasa, de Barcelona) que no tenían demasiados medios económicos para pagar traducciones muy despaciosas. Seguramente el trabajo de los traductores era bastante precario. Pero no se trataba en absoluto de malos profesionales. **Arturo Calsals** se encargó en 1980 del libro de cuentos *Cantos estelares de un viejo primate* (1978), **Carlos Gardini** en 1979 de la novela *En la cima del mundo* (1978), Carlos Peralta en 1985 de *Mundos cálidos y otros* (1975), también colección de relatos, y en 2003 **Domingo Santos** publicó y tradujo *el color de los ojos del Neanderthal*, la novela original apareció póstumamente en 1990. En 2009 la editorial granadina AJEC edita el primer libro de narraciones de la autora, *A diez mil años luz* (1973), con traducciones de **María Pilar San Román** y **Fernando March**. Puede comprobarse que algunos de estos traductores eran habituales en el género, y también escritores. Entre ellos hay argentinos, lo que seguramente se percibiría en su trabajo, al igual que en el caso de los españoles (por mucho que haya gente que piense erróneamente que aquí hablamos el español «verdadero» y «neutro»; otra cosa serían los errores y las licencias que pudieron tomarse los traductores por los motivos que fueran; no obstante hay que valorar que al menos se facilitó el acceso a autores que editoriales de literatura general no hubiesen publicado ni traducido nunca.

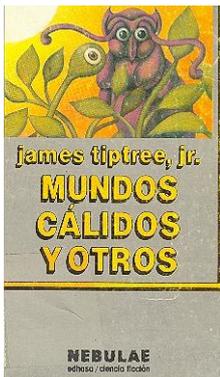
En ocasiones es necesario hacer dos o tres lecturas de los textos de **James Tiptree**, algo a lo que cada vez estamos menos acostumbrados en estos tiempos vertiginosos. Pero una vez se le pilla el truco, te enamoras de su extraordinaria capacidad para la concisión. Es una de los autores que mejor saben condensar en un texto cor-

to toda una historia; abundan las elipsis, no se nos explica antecedentes, consecuencias ni entidades extrañas, pero toda la historia está ahí, y los lectores debemos colaborar para desentrañarla, es decir, meternos en sus entrañas. El placer será mucho.

Voy a mencionar y comentar algunos de los relatos y novelas cortas o largas que he leído, me gustan especialmente, me resultan significativos por su tema o estilo y me parece pueden servir como sugerencias de lectura para quienes no conozcan a esta autora. Por otro lado, sin duda los lectores podrán hallar en los textos de **Tiptree** aspectos muy interesantes que yo no he comentado, y tener distintas preferencias a las mías, como es lógico: me gustaría, si es posible, conocer esas opiniones.

Los libros de relatos y las novelas cortas

Mundos cálidos y otros



En el libro *Mundos cálidos y otros*, publicado en 1975 y donde se incluyen cuentos también de fechas anteriores, hay relatos de enorme interés y que muestran muy claramente las características principales de la literatura de **Tiptree**. Para aquellos que la abordan por primera vez aconsejo no leer las narraciones según el orden en que aparecen, sino empezar por ejemplo con «Los saurios que florecen de noche» («The Night-blooming Saurian», 1970), una divertidísima historia sobre viajes en el tiempo, en la que un grupo de científicos se ve obligado, para mantener la subvención a su proyecto, a ofrecer a un político poderoso y su sobrino escéptico un aventura de caza muy singular. El humor aflora como los dinosaurios, pero por debajo hay una corriente de ironía que merece la pena no perderse. Una delicia. Y atención al título: **Tiptree** fue capaz de inventar o recrear nombres muy imaginativos para sus cuentos, y no tuvo ningún miedo de que fueran extraños o inusualmente largos. El título de una obra es importante: que los lectores lo recuerden bien ayudará mucho, si el texto es bueno por supuesto, a su difusión y perduración.

Pueden los lectores continuar por el famoso «Las mujeres que los hombres no ven» («The Women Men Don't See», 1973), ese título (en el que no reparó el pobre **Robert Silverberg** al hacer aquella afirmación ya mencionada sobre el género y la escritura de **Sheldon**), a pesar de ser suficientemente significativo. Sí, hay mujeres que los varones no miran, invisibles para ellos por no entrar dentro de los estereotipos físicos y de edad que se mantienen para la atracción erótica. Aquí, se nos presenta por un lado a un piloto centroamericano, indio o mestizo, y un anglosajón (cuyo machismo cotidiano es retratado por **Tiptree** con una ironía magnífica, y desde cuya mirada un tanto petulante pero al final más bien patética, vemos los acontecimientos), y por otro a dos mujeres, madre e hija. Los cuatro sufren un accidente y naufragos en la selva, intentarán resistir hasta el rescate. El protagonista tratará de «salvar»

a las chicas, las cuales en principio no le hubieran suscitado el menor interés.

Atención a este cuento, porque esconde mucho: **Tiptree** se ríe de esa masculinidad vanidosa y excluyente, y presenta mujeres autónomas no solo desde el punto de vista sexual sino también reproductivo. Aunque sin embargo son bien conscientes del poder al que se hallan sometidas. Ellas sueñan un mundo por delante de su lastre (un verso de la poeta de CF **Sonya Dorman**). El final es prodigioso, pero el texto nos da una buena idea de la época (los años 70) en que escribió **Alice Sheldon** y de las limitaciones de su sociedad y su vida. Los feminismos han evolucionado mucho desde entonces, es muy importante tenerlo en cuenta a la hora de abordar las obras de escritoras de ciencia ficción del siglo XX, para no juzgarlas desde nuestra mirada sino comprender su momento (habría que empezar a hacer estudios generacionales). Los cuentos de Tiptree no han perdido vigencia, sin embargo muestran que la presión a que ella se sentía sometida como mujer era demasiado fuerte para vencerla, al menos en este planeta.

Sugiero seguir con «La muchacha que estaba conectada» («The Girl Who Was Plugged In», 1973), cuya protagonista es una mujer con una gran deformidad física que es contratada para manejar a distancia el cuerpo artificial de una joven bellísima, en un mundo donde la publicidad está prohibida y hay que buscar otros métodos para vender productos. Amor y muerte, dos grandes temas de **Tiptree**, están ya aquí. También el monstruo, en este caso monstrea, y nosotras lo somos siempre más debido a los cánones de belleza patriarcales. Es un relato triste, desalentador, una versión pesimista de la Bella y la Bestia. Muy interesante el *nóvum*, esos avatares dirigidos a distancia. Un buen ejemplo de cómo la especulación que parte del desarrollo tecnológico puede alcanzar una gran profundidad humana.

Y ahora ya sí podemos adentrarnos en algunos de los primeros cuentos del libro, por ejemplo el genial «A través de una chica, oscuramente» («Through a Lass Darkly», 1972). En esta breve narración se nos presenta a un tipo que trabaja de consultora sentimental (sí, consultora, como **Elena Francis**), y que recibe por azar en su oficina la visita de una muchacha venida de otra dimensión. El texto hará comprender que no sería fácil comunicarse con personas provenientes de realidades alternas, pues su lenguaje y sus valores culturales y morales pueden ser muy distintos a los nuestros. Tan difícil, ay, como tratar de entenderse con los adolescentes cuando ya somos maduritos, y no digamos si hemos devenido madres y padres de los mismos.

«El último vuelo del Doctor Ain» («The Last Flight of Doctor Ain», 1974) es una narración asombrosa, que esconde un enigma, y la sorpresa final característica de los mejores relatos, de la esencia misma del género corto. Y cuando entendamos el misterio sabremos que se nos estaba contando la verdad desde el principio, a través de diversos motivos literarios, de nuevo como en los mejores cuentos. Es esta una historia «ecologista» en el sentido de que nos habla de nuestro planeta, del daño que los humanos le hacemos. El doctor Ain es un científico al que numerosos testigos aseguran haber visto volando alrededor del globo, obsesionado con una desconocida mujer.

Estén atentos para descubrir quién es ella y qué pretende en realidad Ain con esa vuelta en torno al mundo. La ironía de Tiptree aquí es mordaz, atroz, envidiable para cualquier otro escritor o escritora.

Es quizás «La leche de Paraíso» («The milk of Paradise», 1972) una de las narraciones que mejor muestran esa capacidad de condensación tan característica en Sheldon. Con muchos escamoteos, se nos relata la vida de un joven terrestre, Timor, que se ha criado entre alienígenas de otro mundo tras la muerte de su padre. Timor es como uno de aquellos niños blancos que en el Far West crecían entre indios. Al regresar entre los suyos, Timor no consigue adaptarse, añora a aquellos con quienes vivió y se niega a aceptar que sean inferiores a los terrícolas, en un universo donde las categorías especie superior/inferior son constantemente utilizadas desde la arrogancia terrestre. Atormentado y nostálgico, profundamente infeliz, Timor ha idealizado su mundo y su pueblo de adopción, pero un amante, masculino por cierto, le llevará de nuevo a ese planeta remoto, Paraíso, para mostrarle su error; Paraíso no es lo que Timor cree.

Con un final terrible por una parte pero esperanzador por otra, «La leche de Paraíso» nos habla de muchas cosas en su sorprendente brevedad: su protagonista es un personaje aquejado por la aflicción, y encontramos el tema de la presunta superioridad/inferioridad de unos seres sobre otros, ya sea especies, razas o géneros sexuales diferentes. Pero aparece también la imposibilidad de negar lo que somos, nuestro origen, nuestra identidad y condición, pues tarde o temprano nos encontraremos ante esa realidad, y tal vez nuestra única posible plenitud consista en aceptarla. Interesante asimismo la aparición de una relación homosexual.

En «Y he llegado a este lugar por caminos errados» («And I Have Come Upon This Place by Lost Ways», 1972) nos encontramos de nuevo con un joven (en este caso que forma parte de un equipo científico de una nave espacial que explora diversos planetas), aquejado de un claro complejo de inferioridad en relación con sus compañeros: demasiado inexperto, con una gran inseguridad y temor a que los otros le consideren más un «técnico» que un verdadero científico. Podría entenderse que este personaje es una proyección de la propia **Alice Sheldon**, una mujer que ocupó puestos profesionales en su época hasta entonces monopolio de los varones, y es probable que tuviera que sufrir por ello el desdén con que muchos de esos hombres trataban a aquellas que se atrevían a asaltar sus espacios y privilegios. Sin embargo, esta explicación tampoco es necesaria. Lo que le ocurre a Evan, el protagonista, tiene un valor universal, representa cualquier condición subordinada, lo humillante que ésta resulta sobre todo cuando se acata como en este caso. Y no obstante Evan cree haber descubierto algo en el monte Clivorn, del planeta que visitan, un descubrimiento que puede ser trascendental, ya que la nave busca pruebas de existencias extraterrestres inteligentes. El joven científico lleva hasta sus últimas consecuencias su empeño, como podrá leerse.

Otra vez **Tiptree** muestra su pesimismo más profundo y nos enfrenta al fracaso,

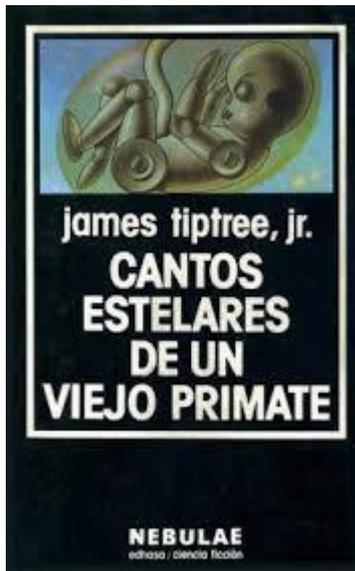
a la terrible ironía de un logro jamás realizado por la Humanidad pero del que no sabrá nadie.

Los dos últimos cuentos del libro (hay otros a los que no voy a hacer mención porque me parecen de menor interés) son los siguientes:

«Amar es el plan, el plan es la muerte» («Love is the Plan, the Plan is Death, 1973), uno de los mejores y más afamados relatos de Tiptree, nos muestra una ciencia ficción tan original como auténtica. Estamos en un mundo habitado por alienígenas presentados sin demasiadas explicaciones, pues ellos mismos hablan en primera persona. Para nosotros los terrestres serían monstruos. Sin embargo poco a poco vamos comprendiendo el ciclo de vida de esas criaturas, su forma de sentir y amar, su destino fatal a causa de un determinismo biológico. Hay que olvidarse de lo conocido, y pensar en posibilidades de vida muy diferentes a la humana, que es precisamente lo que mejor puede ofrecernos la ciencia ficción. Pero cuando ya hemos conocido a estos extraterrestres que se aman y a la vez no pueden evitar tener que devorarse, ¿cómo no compararlo con nuestras propias relaciones de pasión y destrucción? Un ejemplo más del estilo literario complejo de la autora estadounidense, quien escamotea tanta información que debemos hacer un esfuerzo para reconstruirla. También es notable su imaginación a la hora de crear extraterrestres monstruosos, aunque en esta ocasión acaben por resultar entrañables.

Con «En la última tarde» («On the Last Afternoon», 1972) concluye la colección *Mundos cálidos y otros*. La acción se sitúa en un planeta al cual ha ido a parar un grupo de humanos huyendo de la Tierra en busca de la supervivencia. Pero ocurre que en ese mundo donde los colonos habían creído encontrar un refugio habitan unos seres tan monstruosos como los del relato anterior, pero en esta ocasión poco o nada amigables. No obstante, los alienígenas, cuyo grado de inteligencia y conciencia no resulta en principio, según los presenta la autora, muy superior al animal, en realidad solo ocupan su territorio, y no parece que sepan el daño que hacen a los humanos con su sola presencia gigantesca. El protagonista, un hombre con una enfermedad terminal, intenta proteger y defender a los suyos, y al mismo tiempo que se plantea su muerte personal medita sobre el fin, la aniquilación de su grupo y de su especie. Se comunica y pide ayuda a otra criatura alienígena, el *noion*, ser o «cosa» más extraña aún que los otros monstruos. Es una historia crepuscular y melancólica, con reflexiones existenciales sobre la muerte, el más allá, la espiritualidad, la capacidad de sacrificio (o no) de los humanos.

Cantos estelares de un viejo primate



Pasemos ahora al libro *Cantos estelares de un viejo primate* (*Star Songs of an Old Primate*, 1978), prologado por cierto por la escritora **Ursula K. le Guin**, en un prefacio que dice casi todo lo que hay que decir sobre literatura y género sexual, y lo absurdo de creer en la existencia de un estilo y una literatura «femenina» frente a una «masculina», de modo que animo al público lector a que comience por él.

Los relatos se inician con la narración larga «Vuestro corazón haploide» («*Your Haploid Heart*», 1969), cuya acción sucede en Esthaa, un planeta al que llega una nave científica para otorgar el «certificado de humanidad» a sus habitantes. Pero he aquí que este mundo se encuentra poblado por dos tipos de individuos, los *esthaanos* y los *flenni*, que viven separados entre sí, pues los primeros rechazan, marginan y hasta ocultan con vergüenza a los segundos. Los dos científicos estelares iniciarán una difícil, delicada y también peligrosa investigación sobre los motivos de ese conflicto. Es el misterio de lo desconocido, de una realidad y cultura incomprensibles para los forasteros, de ahí el riesgo inevitable de verse implicados en los problemas del planeta. Es esta una situación muy común en las historias de ciencia ficción, de modo que los viajeros estelares suelen ser tanto exploradores como detectives, y tanto ellos como nosotros lectores nos vemos enfrentados a una extrañeza que solo podemos entender si somos capaces de abrir nuestra mente.

En «Vuestro corazón haploide» nos hallamos ante un curioso sistema de reproducción sexual alterna en los nativos: unos son diploides y otros haploides. Algo que los antropólogos deben analizar con todo cuidado pues ese «certificado de humanidad» no se da solo por la apariencia exterior de los individuos sino precisamente por su modo de reproducirse. La sexualidad y la sensualidad tienen una presencia notable, que se agradece mucho, sobre todo teniendo en cuenta que la CF suele ser bastante pacata. El relato reflexiona, especula y nos pregunta en qué consiste el hecho de ser humano o no; nos habla sobre la identidad, la discriminación y la marginación, los tabúes, de ese afán de creernos más, mejores y superiores a los otros porque en realidad nos sentimos acomplejados; de cómo aquello que más nos repugna en realidad es nuestro espejo, y del rechazo más imposible, cuando negamos lo que somos verdaderamente.

Quiero mencionar otros tres relatos del mismo libro, «Su humo se elevó para siempre» («*Her Smoke Rose Up Forever*», 1974), «El psicólogo que no quería maltratar a las ratas» («*The Psychologist Who Wouldn't Do Awful Things to Rats*», 1976) y «Ella espera a todos los nacidos» («*She Waits for All Men Born*», 1976). Creo que los tres tienen algo en común, aunque aparentemente su tema es muy distinto: la historia de un cazador solitario en medio de una vasta y helada naturaleza; un psicólogo que como el propio título del cuento indica, siente compasión por los animales de laboratorio (a los amantes de los reyes de ratas les recomiendo este relato porque aparece

uno espectacular), y por último en la tercera historia se nos habla de la violencia y la crueldad humanas, además de referirse de nuevo a la muerte. El problema es que en los tres casos hay una serie de visiones más o menos alucinatorias que no acaban de entenderse bien, ya sea por problema de traducción o por el texto original mismo. Esta dificultad nos la encontraremos con frecuencia en Tiptree, lo que aviso para que aquellos lectores a quienes les suceda no se desanimen. Si una vez hecha un par de lecturas a un cuento continúa siendo un enigma, es mejor dejarlo y pasar a otro. No obstante, estos tres que he nombrado siguen mereciendo la pena por su calidad literaria y sus propuestas imaginativas.

Si he elegido como título de este artículo el de la novela corta (incluida en *Cantos...*) titulada «Un momento de pura esencia», aunque también se ha traducido como «Un momentáneo sabor de existencia» («A Momentary Taste of Being», 1975) es por sus connotaciones poéticas y especulativas, y porque se trata de una de las creaciones de Sheldon de mayor calidad y profundidad. La extensión permite desarrollar con más detalle la acción y con más hondura la psicología de los personajes. La historia se nos narra desde la perspectiva del doctor Aaron Kaye, médico en una enorme nave estelar, la *Centaurus*, que ha viajado durante años en busca de un planeta apto para la vida humana, pues en La Tierra hay un excedente de población que debe marcharse para que todos puedan sobrevivir. Conoceremos poco a poco a los tripulantes de ese mundo limitado, casi claustrofóbico, empujado por la angustia de los que quedan atrás.

Pero ahora asistimos sin prolegómenos a un momento trascendental. Una nave de exploración ha regresado a la *Centaurus*, con una tripulante, Lory Kaye, la hermana de Aaron, que asegura han encontrado un planeta no solo habitable sino paradisíaco, donde han quedado sus compañeros exploradores; un mundo que se encuentra a dos años de viaje. Se puede enviar la luz verde a la Tierra, para anunciarles la buena nueva y la salvación. Un equipo especializado interroga a Lory, pues hay algunas incongruencias en su relato, y porque ella además no viene sola, sino con una desconocida criatura alienígena que habitaba en ese planeta y ahora está encerrada en una cámara de la nave exploradora, la *Flor de China*. Aaron, una vez terminado el interrogatorio, sospecha sin embargo que algo no va bien, pues duda del testimonio de su inestable hermana, con quien por cierto mantuvo una relación incestuosa voluntaria en su juventud, asunto que Tiptree plantea sin el menor pudor. Al mismo tiempo empiezan a producirse extraños fenómenos. El doctor Kaye intenta encontrar la verdad, mientras crece una intriga muy bien tensada. Finalmente deciden liberar a la «cosa» alienígena, que despidе una luz insoportablemente seductora, de un bellissimo rosa encendido. Pero esa criatura guarda un terrible secreto, y busca algo muy concreto de los seres humanos.

Amor y muerte de nuevo, dolor y fracaso, imágenes luminosas y poéticas, difíciles relaciones personales y sexuales, alienígenas de asombrosa singularidad y la a imposibilidad de salvación, el destino fatal que coexisten sin embargo con la necesidad de reproducirse, sobrevivir, perdurar en todas las criaturas del Universo. Una narración

imprescindible para conocer bien la obra de Tiptree. Ciencia ficción realista, muy especulativa, sin concesiones a la evasión o la fantasía: no estamos ante *La guerra de las galaxias*, sino frente una CF prospectiva, amarga y tan dura como el casco de la *Centauro*.

Hay otra «novelita» en este libro, la muy famosa «Houston, Houston, ¿me recibe?» («Houston, Houston, Do You Read?», 1976), justamente conocida y premiada aunque personalmente prefiero otras de la autora. El argumento es el siguiente: Una nave espacial explora nuestro Sistema Solar tripulada por tres varones, pero sufre un extraño accidente a causa de una descarga solar y viaja en el tiempo hacia el futuro, sin que los navegantes lo sepan. Se enterarán cuando contacten con otra nave, aunque al principio solo escuchan voces, voces que les resultan extrañas pues son de mujeres. El año de publicación de la historia, 1976, explica los estereotipos que los protagonistas varones siguen manejando acerca de lo femenino (no es que esos estereotipos hayan desaparecido hoy por completo y en todos los lugares, pero sí ha habido una notable transformación en los países donde las mujeres hemos accedido a puestos profesionales antes exclusivos de ellos y ya no tenemos que dedicarnos únicamente a las labores domésticas y reproductivas). En un determinado momento los tripulantes varones van a parar a la otra nave, que en efecto manejan solo mujeres. Ellas les explican que ha habido una epidemia en la tierra que provocó esterilidad y la extinción de los machos. Las mujeres ahora se reproducen de forma autónoma, y existen muchas «familias» de individuos clónicas.

Ya les habrá quedado a ustedes claro el interés de Tiptree por los temas en torno a la reproducción sexual; pido disculpas por no ser capaz de explicar mejor los detalles, y me remito a sus textos, donde encontrarán todos los datos.

Las navegantes describen brevemente la sociedad en que viven, sin jerarquías y sin violencia, y al parecer más amable y hospitalaria que la mixta que hubo antes. Es algo que los visitantes, con excepción de Lorimer, personaje a través del cual se nos cuenta todo, no pueden admitir, de manera que se despierta en ellos una violencia sexual y física incontenible, y llegan a intentar violar y agredir a las mujeres.

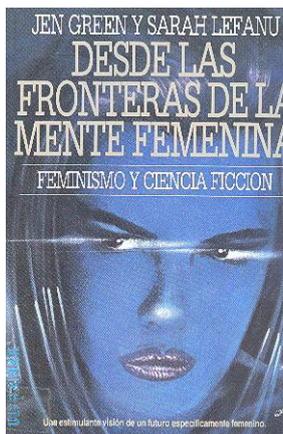
Son muchas las interrogantes que plantea esta novela. En el momento en que escribe **Tiptree**, otras autoras como Joanna Russ en *El hombre hembra* (1975) también presentaron la posibilidad de un mundo habitado exclusivamente por mujeres, aunque como dimensión alterna a otras posibilidades diferentes que aparecen en la misma historia, incluida alguna dimensión donde hay una guerra sin cuartel entre los dos géneros.

¿Pero cómo sería verdaderamente una sociedad solo femenina? ¿Mejor y más pacífica que la mixta? ¿Es el feminismo de **Tiptree** esencialista (por tener la convicción de que hay algo esencialmente distinto en mujeres y varones, algo biológico; es un feminismo de la diferencia (muy unido al anterior, considera que las mujeres no deben buscar la igualdad con los hombres sino tratar de que los valores más frecuentes al parecer entre nosotras, como la no violencia, los afectos o los cuidados,

sean los que predominen en el mundo); o podría considerarse su visión incluso como «hembrista» (aquella postura que pretende que las mujeres son mejores y superiores a los varones, y por tanto deben dominar el mundo, teoría por cierto que yo no he visto nunca sostener a ninguna feminista, sino más bien ser usada por sus detractores)?). Pues bien, pienso que las ideas de Tiptree fueron un producto de su época y de sus propias circunstancias personales. Su visión de los varones como individuos incapaces de dominar una violencia sexual, física y hasta asesina parece responderá su creencia en un determinismo biológico, tan curiosamente cuestionado por su propia vida, por el hecho de haber engañado a todo el mundo haciéndose pasar por hombre y escribiendo como tal: como explica muy bien su biógrafa **Julie Phillips, Sheldon** demuestra que el género sexual es más bien una construcción cultural e ideológica, más que una realidad natural, esencial e incontrolable. **Sheldon-Tiptree** fue *queer* antes de que se inventara este término, y pese a lo que ella/él misma/o escribía. Tal vez esta gran ironía le hubiese hecho reír mucho. Pero la polémica sigue abierta, pues se trata de un relato suficientemente ambiguo como para dar lugar a buenos debates. Yo misma consideré esta obra como una «utopía feminista», sin embargo ¿hasta qué punto lo es? me interrogo hoy.

Creo también importante incidir en el hecho de que Sheldon creó algunos personajes masculinos muy positivos, hombres cabales, justos y pacíficos, como Lorimer o Aaron Kaye.

Los relatos de **Raccoona Sheldon**



Voy ahora a comentar dos relatos publicados por Alice Sheldon bajo el seudónimo **Raccoona Sheldon**, que como ya he explicado utilizó durante algún tiempo de modo paralelo al de James Tiptree, para expresarse de una manera más abiertamente feminista. Y está claro que esos cuentos lo son. Lamento no haber podido leer todos los que editó como **Raccoona**, y espero conseguirlo en el futuro. Pero valgan como buenos ejemplos estos dos:

«El eslabón más débil» (*The Screwfly Solution*, 1977), ganador del Premio Nebula, donde plantea, a caballo entre la ciencia ficción y el terror, el tema del feminicidio, el asesinato masivo de mujeres por parte de los hombres. No se trata solo de varones que matan a sus parejas o exparejas, sino de un exterminio paulatino, indiscriminado y que se da en diversos lugares del planeta. Podría compararse con los feminicidios de ciudad Juárez, Guatemala o de otros lugares de Latinoamérica, por mencionar algunos de los más conocidos. Parece tratarse de una especie de epidemia, algo impulsa a los varones a realizar estos crímenes sin que puedan evitarlo. De hecho, el matrimonio protagonista se ve también inmerso en esa situación, sin que él, que por otra parte se muestra como una persona pacífica y amante de su mujer hija, logre controlarse. Aunque se

sugieren algunas hipótesis explicativas bastante endeble, lo cierto es que todo parece apuntar a ese determinismo biológico, ese instinto para la violencia que existe en los machos humanos, y que **Tiptree** ha descrito en otros textos narrativos. De cualquier modo las interpretaciones deben hacerlas las lectoras y lectores, por supuesto basándose en lo escrito. En cuanto al sorprendente final, esa última frase inesperada, puede parecer una broma poco acorde con el resto del relato, desde luego espe-luznante, pero una vez conocidas y vividas por el público lector una burbuja inmobiliaria y una crisis económica, es posible que encontremos alguna explicación a esa frase, que ilumina tal vez no las causas, sino las posibilidades que ciertos sectores de la Humanidad encuentran siempre para sacar provecho de la desgracia ajena.

En cuanto a «Carne de probada moralidad» («Morality Meat»), incluido en la formidable antología *Desde las fronteras de la mente femenina (Despatches from the Frontiers of the Female Mind (1985))*. Es el cuento más estremecedor y contundente sobre el tema del aborto que yo he leído jamás, creo que este comentario basta.

Últimas ediciones de obras de Tiptree en España

El problema de los libros de Tiptree es que se trata de ediciones antiguas muy difíciles de localizar, como no sea en algunas librerías especializadas o de viejo, comprándolos a través de Internet, o bajándose la versión electrónica. Es una lástima que no se reediten, aunque no sé si se venderían mucho, pues no es literatura fácil y solo interesaría a los lectores más aficionados.



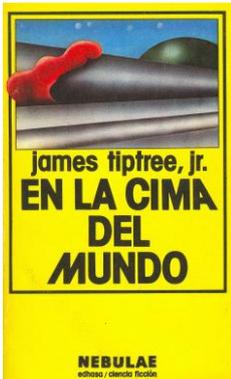
No obstante, la editorial granadina AJEC, lamentablemente desaparecida, sí publicó en 2009 la colección de primeros cuentos de Tiptree *A diez mil años luz (Ten Thousand Light Years From Home, 1973)*, que yo no he podido leer todavía pero creo que será más fácilmente localizable que otras obras de la escritora estadounidense.

Por su parte la editorial Robel, dirigida por Domingo Santos, escritor, editor y una de las figuras más importantes de la ciencia ficción de nuestro país, publicó en 2003 *El color de los ojos del Neandertal (The color of the Neanderthal Eyes, 1988)*, obra editada originalmente tras el fallecimiento de Tiptree, y que es más bien una novela corta. En ella, un explorador terrestre llega a un hermoso planeta habitado por una especie de sirenas, e inicia una relación sexual y amorosa con una de ellas, con la que tiene descendencia. Pero los habitantes alienígenas acuáticos están amenazados por otros pobladores del mundo, homínidos muy agresivos. La única solución que parece existir es la defensa violenta, frente a un posible pacifismo. La cuestión está en que ya el planteamiento de la historia hace considerar con única salida ese final: los enemigos no tienen una individualidad cons-



ciente y «humana» con la que poder comunicarse, solo cabe la guerra, y esa es la premisa que se establece en todos los conflictos bélicos al crear la idea de «el enemigo». Siempre me ha sorprendido que a pesar de su feminismo Tiptree no pudiera librarse de las creencias militaristas tan arraigadas en su país, justificando la guerra como una «defensa» frente a una agresión, y no por intereses bastante más espurios. Por otra parte, al leer esta novela, por lo demás muy agradable y entretenida, me sorprendió profundamente que el protagonista varón y terrestre abandonara el planeta tras ayudar a sus amigos pero perder a su amada, sin acordarse no obstante de que había sido padre. ¿Hasta ese punto fue capaz de imitar Tiptree la masculinidad más tradicional, la del viajero que procrea pero no se hace cargo de sus hijos sino que marcha a continuar con su vida?

La novela *En la cima del mundo*



Y por último voy a hablar de la novela *En la cima del mundo* (*Up the Walls of the World*, 1978), que tampoco es fácil de encontrar ya, pero caso de tener la oportunidad aconsejaría comprarla sin la menor duda. He encontrado alguna crítica muy negativa sobre el libro, que no comparto. Si se lee la novela demasiado deprisa, me parece normal que no se comprenda bien. A veces una lectura lenta merece la pena, lo mismo que escalar una montaña alta y abrupta, resulta fatigoso, pero luego tendremos el placer de contemplar un paisaje sorprendente. Este es el caso.

Hay tres acciones simultáneas: por un lado, una gigantesca criatura interestelar navega por el espacio destruyendo mundos, aunque no quedan muy claro sus motivos, por qué ella misma se considera «malvada». Por otro, en la Tierra, un grupo de personas con capacidades especiales como la telepatía y la telequinesia son reunidas y conducidas a un complejo al mando de militares, para realizar un experimento sobre telepatía. Son personas un tanto marginales, incluso desdichadas, por lo menos esa es la visión que tiene el doctor Daniel Dann, otro de los personajes masculinos de **Tiptree** muy alejados de los estereotipos, puesto que es un antihéroe, pero generoso y con indudable bondad, y capaz de amar (está enamorado de una mujer negra, otro planteamiento subversivo de **Tiptree**) y de ser solidario. Y en tercer lugar, la autora nos presenta el planeta Tyree, donde viven unas enormes criaturas voladoras, con toda su cultura y forma de vida, muy distinta a la nuestra. La especie alienígena está muy bien descrita y resulta en verdad seductora, posiblemente es una de las más memorables invenciones de extraterrestres de la ciencia ficción.

Tiptree no abandona aquí su feminismo, al incluir el tema de la mutilación genital femenina, y porque nos muestra cómo en este planeta son los padres, los machos, los que se dedican a la crianza de los hijos, mientras las hembras tienen otros trabajos como ser exploradoras. El sistema de allí es tan rígido como el nuestro, aunque haya algunas hembras que pretendan algo tan «inconcebible» para todos como cuidar

ellas también a las crías. En fin, la ironía elegante de **Alice Sheldon** se manifiesta una vez más. Solo por descubrir a estas hermosas y entrañables —como dijo **Miquel Barceló**— criaturas voladoras, merece la pena leer el libro, donde además la escritora nos ofrece un buen estilo, con imágenes asimismo muy bellas. Y estos tres tipos de seres se verán obligados a interactuar, a cambiarse sus cuerpos y sus mentes, y a intentar comprenderse en sus enormes diferencias y sobrevivir... Toda una odisea.

La biografía de Julie Phillips



Para conocer bien a **Sheldon**, me parece indispensable leer la biografía escrita por Julie Phillips, *Alice B. Sheldon: la doble vida de Alice B. Sheldon, James Tiptree, Jr.* (el título original es diferente, *James Tiptree Jr., the Double Life of Alice B. Sheldon*, 2006) editada por Circe en 2007. En todo caso Miquel Codony hizo una muy buena reseña del libro de Phillips, ganador en Estados Unidos del Premio Nacional de la Crítica, como biografía, y del premio Hugo 2007 en la categoría de No ficción.

Hay muy poco escrito en español sobre Alice Sheldon-James Tiptree Jr.

Reflexiones finales

Soy una enamorada, creo que es evidente, de la literatura de **Alice Sheldon-James Tiptree Jr.**, y me interesa también como feminista, por su tratamiento de las relaciones entre mujeres y varones. Desde luego creo que tiene otros muchos valores literarios, y espero haber dado una visión suficientemente amplia y atrayente de su obra. En todo caso aconsejo que la lean en directo para sacar sus propias interpretaciones y conclusiones, que me gustaría conocer. Pido disculpas también por mis posibles errores. Agradeceré enormemente que se me señalen, y también conocer todas las opiniones que se me quieran aportar sobre su ciencia ficción.

Y quiero terminar este artículo con una pregunta a las y los posibles lectores: ¿Podría una escritora actual hacerse pasar durante largo tiempo por escritor varón, mediante el uso de un seudónimo, o viceversa, un autor por escritora? ¿Podría crearse un perfil falso en las redes sociales, mantenerse de incógnito sin asistir a presentaciones de libros suyos o ajenos, ni a Encuentros y Congresos, y sin dar entrevistas salvo por correo electrónico? No se trata solo de utilizar un nombre, sino de inventar y mantener una personalidad del otro sexo y género, y que el público lector la crea. ¿Sería posible?

Bibliografía de Alice-Raccoona Sheldon-James Tiptree Jr. (USA, Chicago, 1915-1987)

Libros traducidos al español:

- *A diez mil años luz (Ten Thousand Light Years From Home, 1973)*, Granada,

AJEC, 2009, 254 p.

- *Cantos estelares de un viejo primate* (*Star Songs of an Old Primate*, 1978), Barcelona, Edhasa, 1980, 272 p., (Nebulae, 42). (Relatos contenidos en este libro: «Tu corazón haploide»; «Y así sucesivamente»; «Su humo se elevó para siempre»; «Un momentáneo sabor de existencia»; «Houston, Houston, ¿me recibe?»; «El psicólogo que no quería maltratar a las ratas»; «Ella espera a todos los nacidos»).
- *En la cima del mundo* (*Up the walls of the World*, 1978), Barcelona, Edhasa, 1979, (Nebulae, 37).
- *El color de los ojos del Neandertal* (*The color of the Neanderthal Eyes*, 1988). Madrid, Robel, 2003, p. 13–134, (El doble de ciencia ficción, 1), (publicado en el mismo volumen junto con *La plaga de Midas*, de **Frederik Pohl**).
- *Mundos cálidos y otros* (*Warm Worlds and Otherwise*, 1975). Barcelona, Edhasa, 1985, 242 p., (Nebulae, 67).

(Relatos contenidos en este libro: «Todas las clases de sí»; «La leche de Paraíso»; «Y he llegado a este lugar por caminos errados»; «El último vuelo del doctor Ain»; «Amberjack»; «A través de una chica, oscuramente»; «La muchacha que estaba conectada»; «Los saurios que florecen de noche»; «Las mujeres que los hombres no ven»; «Desliz»; «Amor es el plan el plan es la muerte»; «En la última tarde»).

RELATOS

- «Amar es el plan, el plan es morir», en *ficción 5*, Barcelona, Luis de Caralt, 1976, p. 197–217.
- «Carne de probada moralidad», en *Desde las fronteras de la mente femenina*, Barcelona, Ultramar, 1986, p. 269–300 (como Raccoona Sheldon).
- «El eslabón más débil», en *Nueva Dimensión* n° 116 (oct. 1979), p. 9–30 (como Raccoona Sheldon).
- «Houston, Houston, ¿me recibe?», en *Nueva Dimensión* n° 97 (enero–febrero 1978), p. 51–96.
- «Houston, Houston, ¿me recibe?», en *Los Premios Hugo 1976–1977*, Barcelona, Martínez Roca, 1989.
- «El humo de su cuerpo se elevó para siempre», en *Última etapa: antología de la ciencia ficción definitiva*, Barcelona, Bruguera, 1976, p. 301–331.
- «Lirios: (un relato de Quintana Roo)», en *Asimov Magazine*, n° 6 (1986), p. 31–61.
- «Los que robamos el sueño», en *Nueva Dimensión* n° 130 (en. 1981), p. 101–127.
- «Madre en el cielo con diamantes», en *Antología de novelas de anticipación:*

decimonovena selección, Barcelona, Acervo, 1973.

- «Un momento de pura esencia», en *Ciencia ficción 8*, Barcelona, Luis de Caralt, 1977, p. 105–221.
- «La muchacha que estaba conectada», en *Los Premios Hugo 1973–1975*, Barcelona, Martínez Roca, 1988, p. 161–194.
- «Las mujeres que los hombres no ven», en *Ciencia ficción 24*, Barcelona, Luis de Caralt, 1978, p. 171–201.
- «Las mujeres que los hombres no ven», en *Ciencia ficción. 39ª selección*, Barcelona, Bruguera, 1980, p. 97–148.
- «El oro y el moro», en *Asimov Magazine*, nº 13 (1987), p. 141–173.
- «Sabio en dolor», en *Ciencia ficción 23*, Barcelona, Luis de Caralt, 1978, p. 197–219.
- «Vuestro corazón haploide», en *Antología de novelas de anticipación*, Decimosexta selección, Barcelona, Acervo, 1972.
- «Y desperté y me encontré aquí en la fría ladera», en *Minotauro* (2ª época) (nov. 1983), p. 81–88.
- «Y desperté y me hallé aquí en el lado frío de la colina», en *Sexo alienígena*, Barcelona, Destino, 1992, p. 283–293.

Obras sobre Alice Sheldon-James Tiptree

- Codony, Miquel. «Reflexiones en torno a *James Tiptree Jr., the Double Life of Alice B. Sheldon* de Julie Phillips», en *El Fantascopio*, <http://elfantascopio.com/?p=507#more-507>, [última fecha de consulta, 6 de junio de 2015].
- PHILLIS, Julie. *Alice B. Sheldon: la doble vida de Alice B. Sheldon, James Tiptree, Jr. (James Tiptree Jr., the Double Life of Alice B. Sheldon, 2006)*, Barcelona, Circe, 2007.

Bibliografía básica en inglés de sus obras individuales

(Aparecen obras no traducidas al español).

Novelas

- *Up the Walls of the World* (1978)
- *Brightness Falls from the Air* (1985)
- *The Starry Rift* (1986)

Colecciones de relatos

- *Ten Thousand Light Years from Home* (1973)

- *Warm Worlds and Otherwise* (1975)
- *Star Songs of an Old Primate* (1978)
- *Out of Everywhere: And Other Extraordinary Visions* (1981)
- *Her Smoke Rose up Forever* (1985)
- *Byte Beautiful* (1985)
- *Tales of the Quintana Roo* (1986)
- *Crown of Stars* (1988)
- *Neat Sheets: The Poetry of James Tiptree, Jr.* (poems) (1998)
- *Meet Me at Infinity* (2000)

Música

Hay un álbum del compositor, guitarrista y pianista británico **James Blackshaw** donde versiona algunos relatos de **Tiptree**:

Love is the Plan, the Plan is Death (2012). Muy curioso. Para lectores fanáticos como yo.

Contiene estos títulos:

Love Is The Plan, The Plan Is Death.
Her Smoke Rose Up Forever.
And I Have Come Upon This Place By Lost Ways.
A Momentary Taste Of Being.
We Who Stole The Dream.
The Snows Are Melted, The Snows Are Gone.

© Lola Robles

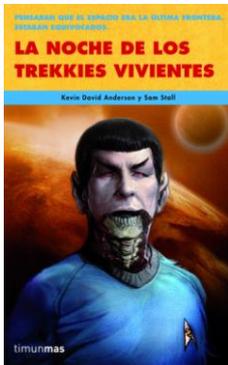
Madrileña, nacida en 1963. Es filóloga hispánica, escritora y una apasionada de la literatura. Desde 2006 imparte el taller Fantásticas de lectura y debate de textos, sobre todo de escritoras. Es coautora, junto a M^a Concepción Regueiro, de *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, Stonewall, 2013. También ha publicado tres novelas de ciencia ficción en solitario: *La rosa de las nieblas*, *El informe Monteverde* y *Flores de metal*.

RESEÑAS

LA NOCHE DE LOS TREKKIES VIVIENTES

por Ángel Rodríguez Sánchez - Angerues

Es interesante comprobar que si se encuentran ciertos libros de saldo, puede ser estimulante leerlos para desengrasar.



La noche de los Trekkies Vivientes

Autores: Kevin David Anderson y Sam Stall

Edición Española: Octubre 2011

Editorial: Timunmas

Colección: Gorgona, Ciencia Ficción

Encuadernación: rústica

Lengua: CASTELLANO

PVP: 5,72 €

ISBN: 978-84-480-4034-5

Asisto, ya como una obligación, aunque no es tal, a las tertulias de la TERBI, es casi un vicio el encontrarme con estos amigos. Y aprovechando ese día, voy de librerías, para ver muchos libros en físico, en vez de internet.

Suelo tener varios recorridos diferentes; en uno de ellos, hace meses, me acerque a una librería de libros de saldo, y me encontré con una portada que me llamo la atención y un título aún más llamativo «La noche de los Trekkies vivientes» y ¿cómo no? Se me fueron las manos a este, tras ojearlo y viendo que estaba barato, al final me lo compre y vino conmigo a casa «Al montón de libros a leer algún día»

Pasados varios meses, y tras haber leído dos libros, de historia bastante densos y duros de leer, me autoimpuse la obligación de leer algún libro de tema ligero y me vino a la memoria este. Lo volví a rescatar del montón y me dispuse a leer.

En un principio este primer autor, pensé que era **Kevin J. Anderson**, autor de múltiples continuaciones de series, pero me di cuenta que era otro.

Con capítulos cortos, mucho dialogo y poca profundidad psicológica de los personajes, nos adentramos en un argumento casi caótico.

En un hotel de baja categoría, nos encontramos con una convención de aficionados a la serie *Star Trek* (Trekkies) y la cual es invadida por una masa de Zombis, (no me miréis así, que no estoy loco) si zombis y Trekkies, juntos

Jim Pike, un veterano de la guerra de Afganistán, reconvertido en director adjun-

to de ese hotelucho, se debe de enfrentar a toda esa masa de zombis, con las armas de pega de los asistentes a esta convención y dos taser y ayudado por una enfermera vestida con las ropas de la Princesa Leila, si la de *Star Wars*, y alguno vestido de Trekkie, tienen que salvar a su hermana que está en los pisos superiores...

En pocas palabras, una novela del montón, que es muy parecida a las hamburguesas de los centros comerciales, que mientras la estás comiendo, te esta sabiendo muy bien, pero a las pocas horas, ni te acuerdas que la has comido.

En fin, por pocos euros, estuve unas horas entretenido y alejado de las preocupaciones.

Lo que si se nota es que los autores, lo pasaron de maravilla, mostrando su sapiencia en el mundo de *Star Trek* y en la visiones de muchas películas de Zombis.

Para terminar podríamos decir que si esta novela es comprada de saldo, no es un mal dinero invertido.

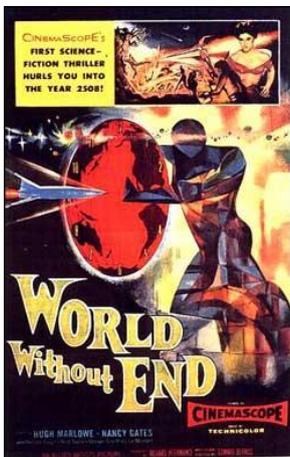
© Ángel Rodríguez Sánchez - Angerues

Ángel Rodríguez Sánchez - Angerues (23 de abril del 1958), afirma que sólo pudo tener los vicios de la lectura y el estudio de la historia. A los doce años se sintió influenciado por un libro de OVNI's y creó un grupo para estudiarlos. No sabemos si afortunadamente o desafortunadamente su primer caso resultó ser explicable por causas naturales. Durante un tiempo (desde 1984) realizó un programa con Luis Alfonso Gámez sobre este tema desde el lado escéptico del mismo. Asiduo fandomita contribuyó junto al estudio de la obra de Antonio Torres Quesada. Desde 1995 es asiduo de la TERBI, tertulia con la que ha colaborado mucho más. La brevedad de esta mini biografía no nos permite añadir más.

VISITANDO UN MUNDO SIN FIN

por Tony Jim

En la presente entrega, Tony Jim no sólo nos comparte una capitulación de la película norteamericana *Un mundo sin fin*, también nos hace partícipes de un conjunto de reflexiones, muchas de ellas producto de un agudo sentido del humor, que harán que más de un lector desee ver esta película.



Quisiera hablaros sobre un film de los años 50: *Mundo sin fin*, que no tiene nada que ver con la novela de **Ken Follet** que es continuación de *Los pilares de la Tierra*.

Este film es de 1956 aunque no sería exactamente de serie B, ya que es una producción en color y en espectacular CinemaScope, además de tener muchas escenas rodadas en exteriores, por no hablar de sus excelentes efectos especiales.

La primera escena del film es una explosión nuclear, que así de entrada no viene muy a cuento, ya que seguidamente se ven unos militares preocupados por haber perdido contacto con una misión a Marte. Aunque lo más trágico es ver la familia de uno de los astronautas llorar desconsoladamente.

Tras lo cual, se explica lo que le ocurre a la mencionada misión a Marte, formada por cuatro aguerridos astronautas americanos.

En este punto inicial del film me pareció curioso que se mencionaran los casquetes polares del planeta rojo, ya que por lo que tengo entendido la existencia de estos supuestos casquetes polares de Marte no se ha demostrado hasta hace muy poco.

Lo que le ocurre a la nave con destino a Marte es lo siguiente: se topan con la típica anomalía espacial que les hace aumentar su velocidad una barbaridad y han de realizar un aterrizaje de emergencia en la superficie nevada de un planeta.

Una vez aterrizados uno de los tripulantes parece que mira por la ventana y deduce que hay oxígeno y gravedad como la de la Tierra, así que se ponen ropa de abrigo y salen fuera. ¡Olé los astronautas machotes!

Al poco rato de caminar vemos que pasan a estar en una zona árida de montaña. Este cambio de paisaje puede chocar un poco pero nuestros astronautas se lo toman con naturalidad y comentan tranquilamente la distancia que han recorrido. No podía faltar en este punto un artilugio muy de las pelis de ciencia-ficción de los años 50: el contador Geiger, para saber la radiación de la zona.

Según se comenta la radiación del planeta es algo elevada pero no tan elevada como para preocupar en exceso a nuestros héroes, pues recordemos que se trata de

unos aguerridos astronautas americanos.

Y ya por fin llega la acción porque nuestros cuatro protagonistas se meten en una caverna, donde sufren el ataque de unas arañas gigantes.

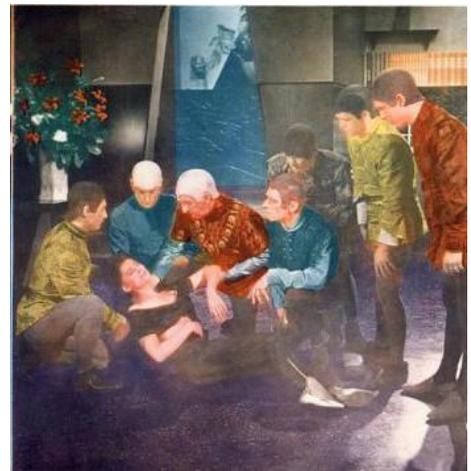


Después de este ataque, ya fuera de la caverna, continua la acción pues en esta ocasión son atacados por una especie de cavernícolas de cara desfigurada y de tan solo un ojo. Evidentemente nuestros héroes consiguen repeler el ataque. Es verdad que los cavernícolas son muchos más, pero los astronautas cuentan con armas de fuego. Tras la victoria, nuevamente vemos la gran preocupación de los héroes por su compañero casado y con hijos y se lamentan de que esté en una misión tan peligrosa teniendo su familia allá lejos en la Tierra.

milia allá lejos en la Tierra.

Claro que pronto encuentran otra preocupación, pues descubren para sorpresa nuestra que están en la Tierra, en una Tierra futura, eso sí. Lo que nos remite al clásico *El planeta de los simios*, donde ocurre exactamente lo mismo: unos astronautas americanos llegan a un extraño planeta, que resulta ser el planeta Tierra en el futuro. Lo que sucede es que en *El planeta de los simios* esto no se descubre hasta el final del film y aquí como vemos se averigua casi al principio de la película.

Nuestros héroes tras el ataque de los cavernícolas ciclópeos, buscan refugio nuevamente en una caverna (por lo visto no han tenido bastante con las arañas sobrealimentadas). Pero esta vez la jugada les sale bien, y descubren una civilización subterránea de humanos más o menos avanzados. Éstos les explican que hubo un gran cataclismo nuclear hace ya tiempo y a raíz de eso tenemos las arañas gigantes y los cavernícolas ciclópeos, que no son mas que humanos mutados por la radiación.



Así nos encontramos con una situación similar a lo que ocurre en *La máquina del tiempo* de **H.G. Wells**, pero al revés. En el clásico de Wells en el futuro los humanos «normales», llamados Eloi, viven en la superficie y los humanos deformes, los Morlocks, viven bajo tierra. Lo curioso del caso es que uno de los cuatro aguerridos astronautas americanos de *Mundo sin fin* está interpretado por **Rod Taylor**, que años después sería el protagonista de *El tiempo en sus manos*, una de las adaptaciones filmicas más conocidas de la novela de **Wells**.

Pero volvamos a un *Mundo sin fin* y su mundo subterráneo, donde resulta que está plagado de bellas muchachas ataviadas con minifalda. Todas menos una, que lleva pantalones y que luego explican que resulta que es una chica que proviene de la

superficie. Los hombres de bajo tierra son más feuchos, y llevan un casquete en la cabeza y mallas ajustadas. Lo típico que se suele llevar en el futuro, vamos.

En esta parte del film también descubrimos de boca de uno de los cuatro protagonistas más mayorcetes, que él tiene nietecitos y todo. ¿Cómo? ¿No estaban tan preocupados por el tripulante casado y con hijos? ¿Y que pasa con el abuelete? Claro, como ya tiene una edad, tanto da lo que le pase...

En este escenario del mundo subterráneo encontramos una de las geniales frases del film, pronunciada por uno de nuestros cuatro héroes y dirigida a los humanos del mundo subterráneo: «Venimos en son de paz, ¿nos devuelven nuestras armas?» Sí claro, que somos gente avanzada del futuro y no nos chupamos el dedo, aunque vayamos vestidos de esta manera tan ridícula...

Y claro nuestros protagonistas querrán volver a su tiempo aprovechando la tecnología avanzada de estos seres del futuro, aunque tendrán que hacer frente a la desconfianza de los humanos del mundo subterráneo (como hemos visto).

¿Podrán nuestros fornidos americanos volver a su tiempo? ¿Se ligaran a alguna de las minifalderas muchachas del mundo subterráneo en plan capitán Kirk de Star Trek? Seguro que sí.

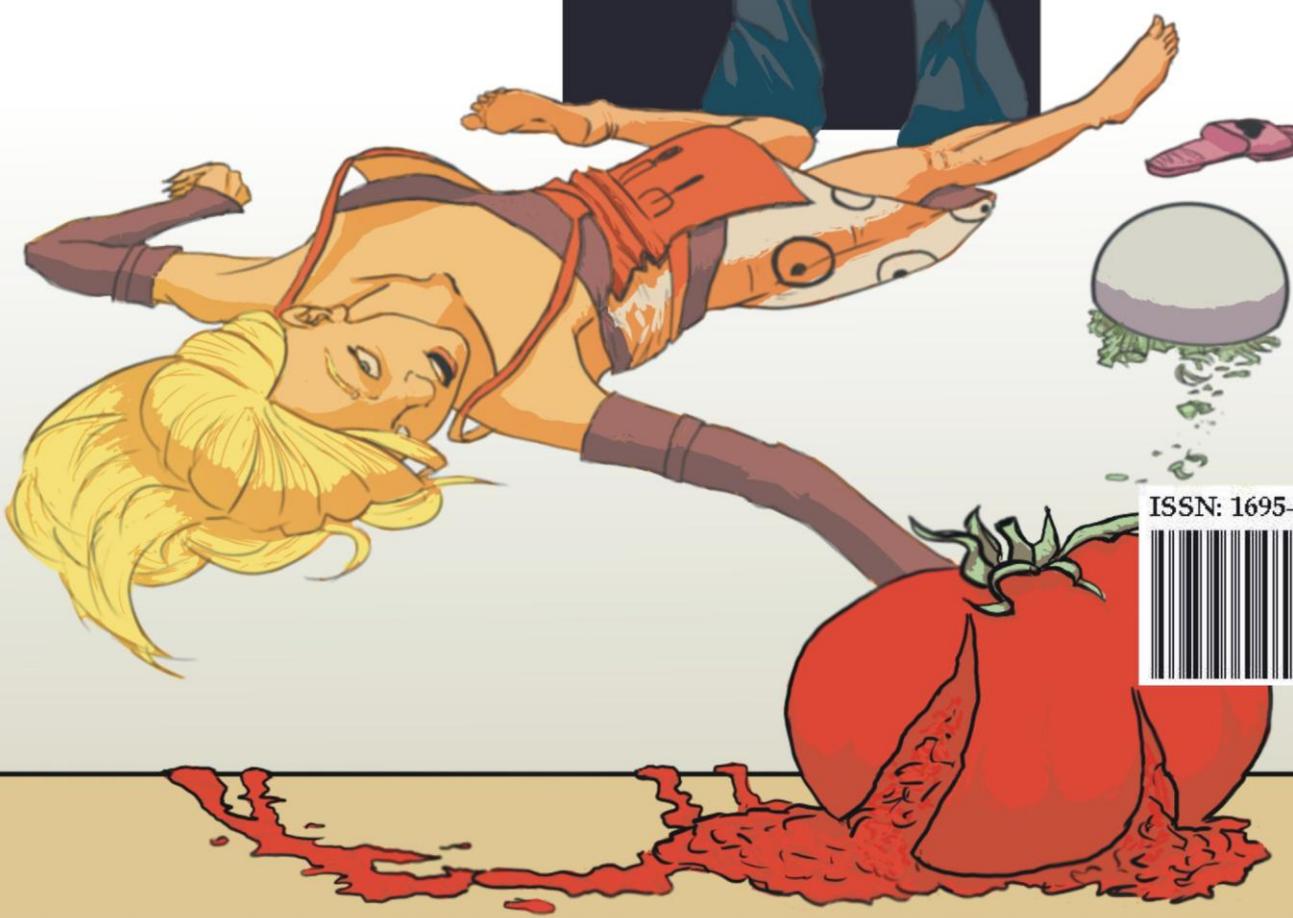
Así que en esta entretenida película tenemos de todo: acción, drama, humor, romance y sobre todo mucha ciencia-ficción «ligera».

© Tony Jim

Tony Jim es autor de ciencia-ficción ligera con toques de humor, creador del legendario piloto Jim, aventurero espacial. Le gusta aderezar sus historias cortas con referencias a la cultura pop. También tiene un blog personal en tonyjimjr.com donde habla de películas clásicas de ciencia-ficción, series de culto, sus relatos, etc. Podéis encontrar más información sobre él y su obra en facebook y twitter.

ALFA ERIDIANI

REVISTA DE CIENCIA FICCION



Número 26 - Tercera Época

ISSN: 1695-1859

